



© Fundación para la Cultura y las Artes, 2016

Colección *Mirando al tendido* - N° 17

Piezas del adiós

© NÉSTOR CABALLERO

Al cuidado de

HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general:

DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: lf 23420168001488

N° ISBN: 978-980-253-668-9

FUNDARTE

Av. Lecuna. Edif. Tajamar.

PH Zona Postal 1010,

Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Tel-fax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones

te

+ NÉSTOR CABALLERO

Piezas del adiós



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



Gobierno
del Distrito
CAPITAL

tea

+ NÉSTOR CABALLERO

Piezas del adiós

Desiertos del Paraíso

Desiertos del Paraíso

PERSONAJES

Bustrofedón

Ana Guadalupe

Enfermera

Carlos: El excombatiente.

Jerónimo: El mercenario.

Viernes: El mercenario mudo.

Cecilia: La drogadicta.

Roberto: El actor.

Lezama Lima: El poeta.

ESCENOGRAFÍA

Esta obra es solamente para diez espectadores, quienes llegarán a un inmenso *container* donde serán introducidos y encerrados mientras hacen los recorridos correspondientes por los seis cubículos, donde quedarán reclusos con los personajes de la obra. Bustrofedón, recibirá a los espectadores y los invitará a entrar y salir de los seis cubículos, cada vez que el personaje finalice su drama.

El inmenso container debe tener escrito, en la parte de afuera, HECHO EN AMÉRICA LATINA. DESTINO: ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.

EN EL ZAGUÁN DE LA CASA

Bustrofedón: *(Da la mano a los diez espectadores)* Bienvenido... Bienvenido al Paraíso. Sí, el Paraíso es el nombre de esta casa donde vive el poeta Lezama Lima. Quiero pedirles excusas a nombre de él por no recibirlos personalmente, pero es que se encuentra terminando su última novela. *Opiano Licario* es el nombre que piensa ponerle, Pero no se preocupen que él los recibirá más tarde. Mientras tanto me pidió que les mostrara el Paraíso. *(Pausa corta)* Saben... las habitaciones de las casas son como países... entrar a una habitación es viajar a otra parte. Como el baño, por ejemplo... pasen... pasen...

Abrirá la puerta que conduce al baño.

EN EL BAÑO

Desvencijado catre de burdel. Lavamanos. Papel tualé. A un costado del catre una botella de ron barato y dos pocillos de peltre. Una pequeña mesita que hace las veces de peinadora. Sobre un clavo: el vestido, colgado. Zapatos rojos, de tacones, gastados. En el catre, desnuda, cubierta por una corroída y húmeda sábana, está sentada Ana Guadalupe. Está cantando «Sombras».

Bustrofedón debe hacer que un espectador se siente al otro extremo del catre. Los demás espectadores se sentarán rodeando el catre, en improvisadas cajas. Huele a licor rancio. Iluminación a base de bombillos amarillentos mortecinos.

Ana Guadalupe: *(Después de cantar. Al espectador que está sentado en el catre)* Yo... yo siento, José Alberto, que ya no es lo mismo. Antes... antes durábamos toda la noche. Te inclinabas sobre mis senos y los besabas. Y yo sentía, José Alberto, que más que besarlos, rezabas. Me sentía una madre y una amada. *(Sonríe)* Sí, yo sé que no soy nadie. *(Pausa)* El ron está al lado de la cama... sírvete. *(Espera. Si el espectador no se sirve lo hace ella. Sirve en los dos pocillos. Le da al espectador)* Tienes que traerme más, ya aquí no se consigue. *(Bebe)* Amanda... Amanda ya no es una puta. Ahora es revolucionaria. *(Sonriendo)* Qué cosas tiene esa Amanda. *(Bebe. Pausa larga)* José Alberto, cada día me siento más sola. Antes, antes venías con más frecuencia. *(Pausa)* Ahora, cuando vienes callas. Callas, José Alberto, te montas sobre mí, me cabalgas, no me amas. Me cabalgas, me sacudes el cuerpo, no siento amor sino una orden de rabia, como cuando te diriges a tus soldados. No siento amor y tú no me dices nada, tú callas y siento tu silencio que me duele como si amara a un muro... y callas, como si estuviera haciendo el amor con un armario. *(Pausa)* Dicen cosas por ahí de ti. Que eres el comandante del Grupo Orden. Que aquí, en El Salvador, te llaman El Vampiro. Que secuestras campesinos... obreros... gente, pues. Que después las torturas, que las matas, que las arrojas en un camino... *(Imitando voz de hombre)* «Para escarmiento... para que aprendan quién manda». *(Como ella. Se aferra a las piernas del espectador)* Y a mí me da mucho miedo. Mucho miedo porque sé que no eres así. Que tú has cam-

biado, es verdad, pero que no puedes ser así. (*Lo va soltando lento. Pausa*) José Alberto, cuándo me sacarás de aquí... o es que... es que ya no me amas. (*Pausa corta*) Mi sexo ya está cansado. Es una hostia erizada. Antes, antes me decías que era tu altar, que cada labio de mi pubis se abría al acoso de tu espada, de tu pene de espumas. Ahora, mi vulva es un pesebre y tu pene un mástil vacilante. Ya no sé si gozas dentro de mí, o me maldices. (*Bebe*) Salud. Salud, José Alberto. (*Se levanta. Lava el pocillo de ron en el lavamanos, ahora se lava la cara*) No sé qué decirte. Ana Guadalupe no ha pasado por aquí. No ha pasado desde que Amanda se fue con ella. (*Se enjabona la cara*) Se fue, Ana Guadalupe dijo: (*Como Ana Guadalupe*) «Ustedes son seres humanos, rosas tentadas, sus vientres son para anunciar el gesto luminoso de un nuevo revolucionario». (*Se enjuaga la cara. Como Ana Guadalupe*) «Vamos, sígame. El Salvador dejará de ser un espejo en movimiento mudo hacia el abismo». (*Secándose el rostro con papel toilette. Como Ana Guadalupe*) «El Salvador tendrá el gran albedrío de vestir a su propio destino. ¡Ustedes no son putas, sino rosas tentadas por el hambre!» (*Va hacia la mesita y comienza a maquillarse. Como ella*) Yo la escuché, José Alberto, no te lo niego. La escuché y me pareció bonito todo eso. Amanda me dijo vámonos, vámonos con ella. Tu General Medrano no es más que un asesino, no escuchas a Ana Guadalupe. Es un asesino al servicio de las catorce familias que quieren acorralarnos al laberinto del vacío. Yo la cacheteé. Lo hice, José Alberto, porque te conoz-

co. Aprendí que tu amor es una gota lejana... pero que tienes amor... y... déjame decirte otra vez General, porque así fue que te conocí. (*Se acerca. Se sienta a su lado, muy cerca*) Déjame soñar que me sacarás de aquí y me despertaré en tu cuerpo y recogeré violetas para ti, te besaré en la oscuridad y dormirás tranquilo, sin tus sobresaltos de piedras, de manchas, sin tus sobresaltos en el rincón manso de un amanecer. (*Pausa corta*) General, aunque no te guste yo te amo y cuando otros hombres pasan sobre mí, con el sol en la carne, y les hago que me hablen para después decírtelo todo, siento que el infierno es tal vez este catre donde me condenas. (*Pausa se levanta y comienza a vestirse*) Mi cuerpo te aburre... pero yo te amo. Mi altar estará abierto siempre a tus preguntas. Tal vez... tal vez ya me he resignado. (*Pausa*) No, José Alberto. Ana Guadalupe no ha pasado por aquí hace tiempo. (*Termina de vestirse. Se calza*) Afuera... afuera esperan nuevos cuerpos que me entregarán sus sendas quebradas, sus palabras que te haré llegar. (*Se acerca. Lo besa en la boca*) Te quiero. (*Camina por entre el público y sale*)

Bustrofedón:

Un baño puede ser celda, sin dejar de ser mundo. Ahora quisiera que me acompañaran a la Habitación de Huéspedes. Vengan, por favor.

Los conduce a:

HABITACIÓN DE HUÉSPEDES

Está conformada por dos ambientes. En el primero, los espectadores se encontrarán con la Enfermera,

quien está sentada tras un escritorio, leyendo una revista. Diez sillas. Un cartel que reza: SILENCIO.

Enfermera:

(Después de hojear por un rato la revista) Esta es la primera visita que recibe Carlos. El último diagnóstico fue franca recuperación. Siéntanse orgullosos... Carlos es un héroe. Por favor, no lo alteren.

La Enfermera abre la puerta del segundo ambiente. El espectador se encontrará con un cuarto de hospitalización. Cama. Mesa de comer. Mesa de noche en la cual hay alcohol, algodón, termómetro, historia clínica. En la cama está Carlos, viste pantaloncillo corto camuflado y franelilla verde oliva. Colgada, en la pared, una guerrera militar que ostenta una medalla al heroísmo.

Carlos:

(Alegre) Gracias a Dios que vinieron. *(Observa hacia la puerta)* ¿Y Magda? ¿Magda no vino con ustedes? *(Pausa)* Vengan, déjenme abrazarlos. *(Reconocerá en los espectadores a sus familiares)* Siéntense... aquí... conmigo. *(Pausa corta)* Qué raro. Qué raro que Magda no haya venido. *(Pausa corta)* Qué raro. Que Magda no haya venido. *(Pausa corta)* Sabes, mamá, yo tenía más miedo al avión que a la guerra. Íbamos todos apretados, incómodos. Y Juan, ¿se acuerdan de Juan? Juan dijo, ustedes saben cómo era él, siempre echando bromas, Juan dijo: «No se quejen muchachos por la incomodidad, que a la vuelta vamos a venir mejor». Y yo le pregunté: ¿por qué, Juan? Y entonces Juan contestó: «Porque vamos a ser menos». *(Pausa)*

corta) Vamos a ser menos. Nadie, nadie se rio de la broma de Juan, ni yo. (*Sonríe*) Juan pensaba volver de la guerra con una boina roja de los ingleses. (*Pausa*) Tal vez Magda no vino porque ustedes nunca la quisieron. (*A un espectador*) Tú la llamabas la antipatriota. ¿Te acuerdas? Yo sí... yo sí. (*Incomodo*) El calor... el calor me molesta después del frío de la isla... y... y el estómago. No he podido hacer nada. Díganle a mi tía Esther que me prepare una infusión con esas yerbas que ella conoce. ¿Se lo dirán? Gracias (*Pausa corta*) ¿Y cómo está todo allá afuera? (*Espera*) Esa enfermera hablaba con otra y yo me hacía el dormido y le dijo que, cuando tengamos un Presidente, juzgarán al General y a todos los demás generales y almirantes y los mandarán a la cárcel. ¿Por qué? Por qué si todos ustedes estaban de acuerdo que fuésemos a la guerra. Bueno, todos no. Magda no. (*Sonríe*) ¿Saben que soy un héroe? Sí, claro que sí. Ya deben saberlo. Ahí... ahí, la medalla. Lo hice por Magda. Más que por Magda, por su hermano. Fíjate que el mismo General pasó por aquí, por el hospital, y me dio unas palmaditas en la espalda. ¡Y hasta nos tomaron una foto cuando él me daba la mano! Yo iba a hablarle del hermano en ese momento pero... los sedantes... los malditos sedantes. No pude hablarle al General y pedirle que ordenara a la policía que encontrara al hermano de Magda. Ahora que soy un héroe, cuando vuelva a visitarme y de nuevo me palmeé la espalda y me de la mano para fotografiarse conmigo, se lo pediré. ¡El hermano de Magda aparecerá! (*Pausa*) Pero, ¿cómo

creen ustedes que van a juzgar al General, si hasta ustedes estaban de acuerdo? Esa enfermera es una mentirosa. Pero dime, papá, ¿cómo van a haber treinta mil desaparecidos? ¿Dónde... dónde los van a meter? Yo le decía eso a Magda, pero ella hacía ese gestico con los labios... ese gestico... así raro... y no volvíamos a hablar más del asunto. (*Pausa corta*) Chocolates ¿No tienen chocolates? (*A uno de los espectadores, antes de entrar, Bustrofedón le ha entregado una barra de chocolate*) ¿Nadie tiene un chocolatico? (*Insiste hasta que el espectador le entregue la barra de chocolate*) Gracias. (*Lo abre con ansiedad*) Gracias. (*Come un pedazo. Feliz*) Saben, en la isla no había nada que comer. Algunas veces veíamos una oveja y la matábamos. Pero... pero... a veces ni eso. Sólo teníamos chocolates. Nos llevaron chocolates. (*Reparte pedacitos de chocolates a los espectadores que están sentados en su cama*) Estaban cinco en la barraca de adelante y... y yo... con Juan... en otra barraca más atrás. Hermana... mami... ¿Tú sabes qué son los visores y miras infrarrojos? Ellos... los ingleses, los tenían... y Juan... Juan estaba comiéndose la última barra de chocolate que nos quedaba. Mitad para él... mitad para mí... y teníamos que permanecer agachados por los *Sea Harrier*, los aviones que lanzaban unas bombas que estallaban en el aire y... agachados, comiéndonos la barrita de chocolate, después que habían pasado los aviones comiéndonosla y Juan... Juan mordió el chocolate y sonrió... se quedó quieto... y desde la sien... desde aquí le salió un chorrito de sangre... sonrió y quedó con

el chocolate en la mano y yo... yo... (*Agarra a un espectador*) Juan... Juan... no te juegues así, Juan... Juan, no me dejes solo. Juan, si quieres te regalo mi pedacito de chocolate. (*Pausa corta*) Lo toqué. Y... el chorrillo caliente, caliente, era lo único caliente que había en la isla y... mamá... un visor, las miras infrarrojas, no te dejan comer chocolate. (*Pausa*) Pero Magda. (*Tranquilo*) Magda, ¿cómo van a haber treinta mil desaparecidos? ¿En qué parte los van a meter? No, Magda. No. ¿Qué comen ellos, Magda? ¿Qué come tu hermano desaparecido? Desaparecido no. Ahora soy un héroe. Hablaré con el General. Tu hermano aparecerá... Ella no es antipatriota, como tú dices. Mira, es que Magda está confundida, ella no es comunista, ni guerrillera, ni nada. Magda es Magda. Así, con sus ideas. (*Pausa*) Magda, esa isla fue para mí, el último milagro. (*Pausa corta*) Antes de irme, Magda me besó... y yo desembarqué en ese beso sintiendo su equivocación. Sintiendo que recuperaba un pedazo de mi patria, que nadie... nadie podía arrebatarlos. (*Pausa corta*) ¿Cómo está todo, hermano? ¿Sigues en la fábrica? ¿Todavía están en huelga? Yo no vuelvo a la fábrica. Los héroes no van a las huelgas. (*Se inquieta*) Este suero... este suero... mamá, dile a Magda que venga. Que venga, que después que yo salga de aquí, todo se arreglará, que ya no habrá más madres en la Plaza de Mayo, los jueves. (*Pausa*) Después...después abracé a Juan y comenzaron los bombardeos de los barcos y... (*Transición*) Caen... caen bombas y vuelo por un momento y ni el beso de Magda me

pega a la tierra y caen, caen bombas, y grito, grito, tengo que gritar, grita Juan... (*Comienza a gritar*) Grita Juan porque si no te quedas sordo, grita Juan, grita chocolate, coño Juan, se derrite el chocolate en tu sien... grita, grita chocolate, Juan... grita...

Entra la enfermera.

Enfermera: ¿Qué ha pasado? No le dije que no lo alteraran.

Carlos: (*Forzado a recuperarse*) No. No estoy alterado, señorita enfermera. Es que el suero me molesta mucho.

Enfermera: (*Tomándole el pulso*) Pero es por su bien. (*A los espectadores*) No quiere comer nada sino chocolates.

Carlos: Le prometo, le prometo que hoy como. Pero por favor quíteme este suero. No aguanto el dolor en el brazo.

Enfermera: (*Anotando el pulso en la historia*) Lo importante ahora es que se calme. Recuerde que usted es un héroe.

Carlos: Entonces, como héroe, le pido que me quite este suero.

Enfermera: (*Le coloca el termómetro en la boca*) Debajo de la lengua. (*Pausa. Espera. Saca el termómetro*) Treinta y siete y medio... bien. (*Anota*) Prometa delante de sus familiares que va a comer.

Carlos: Sí, lo prometo.

Enfermera:

Ustedes son testigos. (*Quita el suero*) Tome... usted... tome este algodón y frótele el brazo suavemente. (*Empieza a salir*) Está prohibido sentarse en la cama del paciente. (*Sale*)

Carlos:

(*A un espectador*) Acércate a la puerta. Acércate. Ella lo vigila todo... lo escucha todo. ¿No escuchas nada? Está bien. (*Pausa*) ¡Esa enfermera es una tremenda puta! Perdóname mamá. Pero es verdad. (*Pausa corta*) Muchas veces, en la noche, tardísimo, ella entra y me toma la temperatura. Yo me hago el dormido. Me llama y cree que estoy dormido por los tranquilizantes, pero... (*Sonríe. Saca debajo de la funda un papel toilette que envuelve varias pastillas*) Miren... yo me los pongo aquí, bajo la lengua y no me los tomo. No quiero dormir. Duermo y vuelven los disparos. Vuelven los gritos... vuelven y se atrincheran todos los otros chicos, aquí, en mi cabeza y no reciben órdenes de nadie. De nadie. Se rinden y sonríen. Se rinden y se hacen estanques de agua... se hacen ramas y algunos se rinden y se hacen sol y... y regresa el calor. Sí, es un calor tibio... un... un calor como de alones de ángeles que nos cubren el pecho. Todo se vuelve tibio y es cuando, ahí, en esa isla, mis compañeros, los otros chicos, llaman... llaman a Dios a gritos. Y me despierto aquí... y en los otros cuartos de este hospital, los chicos continuaban llamando a Dios. Y... no sé si es un sueño... no sé... pero pienso que cada uno se mete en el sueño del otro para darse calor. (*Pausa corta*) Sabes, mami, allá, en esa isla, cuando nos disparaban, cuando caían heridos, gritaban a Dios. Sí, mami, sí mamá, allá, en la isla, Dios es

muy popular. *(Pausa)* ¡Esa enfermera es una puta! Después que me toma la temperatura... que me llama... que me mueve a ver si estoy dormido... mete la mano debajo de mis sábanas y comienza a tocarme. Y yo... yo me resisto... me resisto pero no sé cómo viene Magda en esa mano ajena y me siento el último sobreviviente de la isla y... y me vuelvo humo... y mi pene se levanta soberbio... y sin gemir... me riego como una profecía sobre el colchón. *(Pausa corta)* Y siento que he acampado en el vientre de Magda con mi fusil al hombro. *(Pausa corta)* Después... después un desierto... un desierto en el paraíso. *(Se alegra de repente)* Necesito que me hagas un favor, hermanita. *(Saca debajo de la funda una carta)* Entrégale esto a Magda. No te preocupes, ella te encontrará. Léelo. Léelo en voz baja. Aquí, siéntate a mi lado. Lee.

Espectadora: Magda, no creas que olvidé lo que hablamos. Yo cumplí. He regresado aunque tú...

Carlos: *(De memoria)* ...no querías que yo fuese. Aún recuerdo tus palabras, el último día de mi partida. Las recuerdo. Dijiste: «Carlos, esa guerra no tiene coherencia con los intereses del país. Quieren tapar con un golpe de fortuna, los crímenes cometidos durante seis años al poder». Las recuerdo. *(A la espectadora)* Sigue, sigue.

Espectadora: *(Lee)* Tú pediste un café bien oscuro, bien caliente y yo una Pepsi cola con mucho hielo...

Carlos: *(De memoria)* No te entendía, Magda, aún no te entiendo, pero te amo. Me dijiste: «El amor es

más amplio que dos cuerpos en una cama». Yo reí, porque tú, la antipatriota, como te llamaban, siempre andabas colocándole frases a las cosas más simples de la vida. No te entendí, porque tu cuerpo, en la cama, era todo un país, Magda, donde celebráramos nuestra propia guerra y nunca te quejaste. *(A la espectadora)* Sigue.

Espectadora: *(Lee)* Carlos, ustedes son un ejército cubierto con la sangre del pueblo.

Carlos: *(Interrumpiéndola bruscamente)* No, Magda, no. Solamente cumplimos órdenes. Son los comunistas, Magda, los comunistas que quieren apoderarse del país. Por eso las huelgas, las manifestaciones, yo sólo soy un soldado. *(Le hace señas a la espectadora para que continúe leyendo)*

Espectadora: No, me dijiste, tú eres pueblo. El primer interés nacional no es esa isla, sino la reorganización de la clase obrera y sus aliados como la única fuerza capaz de defender hasta el fin y sin compromiso los intereses de la nación. En la escuela la prioridad nacional es infinitamente más urgente. Los obreros tienen que recuperar sus sindicatos antes que los militares recuperen esa isla.

Carlos: *(Interrumpiendo bruscamente)* Magda, Magda, tú no entiendes. Es nuestro territorio invadido por el extranjero. Eso es importante. Te levantaste, me besaste, me dijiste: «El que no entiendes eres tú». Te fuiste, Magda. El café... el café se había enfriado, la Pepsi cola no sabía a nada con el hielo derretido.

Te grité: volveré como un héroe. Tu hermano aparecerá. Y caminaste, caminaste sin voltear hasta que te perdiste por la calle Corrientes hacia abajo. Pero ahora estoy aquí, Magda, esperándote. Ya no hables como un libro, Magda. Háblame en besos, Magda, porque si uno habla como libros, pierde, pierde Magda el sentimiento de amar. Ven, Magda. Yo te amo. Carlos. (*Pausa*) Entrégasela a Magda, por favor. (*Pausa corta. Señala la guerrera*) Pásame la guerrera. (*La toma. Muestra la medalla colgada en la pechera*) ¿No es hermosa? (*Acaricia la medalla*) Esta medalla, esta medalla son catorce soldados. Esta medalla eran esos soldados que me disparaban... (*Se coloca, sentado, la guerrera*) Venían... venían disparándome. Eran como robots. Pisaban una mina y volaban y al que venía atrás no le importaba y seguía disparándome y... y salió un soldado nuestro y lo degollaron... y salió un sargento de los nuestros y se rindió y le dispararon y lo picaron con unos cuchillos largos y torcidos y quedaba Juan con su chorrillo, con su chocolate y yo no salvé a Juan... avancé sobre mi rabia sin soltar a Juan y maté a uno y a otro y a otro, y a otro sin soltar a Juan. Disparé, disparé, hasta que estaba rodeado por ellos y los pateaba y no soltaba a Juan, no lo soltaba, ellos no lo iban a degollar, yo no los iba a dejar y grité, grité, grité, y trataban de quitármelo y grité, grité y me quitaron a Juan, me lo quitaron pero voy a volver, voy a volver, mamá, porque Juan, bajo la tierra de esa isla aún tiene frío. Voy a volver, Juan, Juan, oíste, voy a volver por tu última barrita de chocolate. Voy, Juan. Voy, espérame. Magda, no

te levantes que ahí vienen los Gurkas y sus cuchillos curvos. Magda, agáchate Magda, ahí vienen los aviones, Magda, atrinchérate, Magda, Magda mi chocolate, Magda... (*Gritando*) Magda... Magda... el chocolate. (*Grita de manera incontrolable*)

Enfermera: (*Entrando*) Otro ataque.

Carlos se debate en alucinaciones. La enfermera lo inyecta. Carlos divaga. Se duerme profundamente.

Enfermera: No se preocupen. He visto casos peores. Se recuperará. Además, él es un héroe. Salgan, por favor, la visita ha terminado.

La Enfermera hace que los espectadores salgan y cierra la puerta tras de ellos. Afuera espera Bustrofedón.

Bustrofedón: A veces, una habitación de huéspedes, encierra la posibilidad de que cada uno encuentre su guerra. Esa habitación, en el mundo entero, nunca está sola. Pero por favor, síganme, es hora que les muestre la cocina.

Bustrofedón conduce a los espectadores a la cocina.

EN LA COCINA

Diez pupitres. Las sillas de éstos son giratorias. Dentro los pupitres: un walkman y un revólver. A la derecha, en la pared, una sirena. Tras los pupitres, la silueta de un hombre dibujada con los puntos claves para una muerte instantánea. Frente a los pupitres, en el lugar que ocupa el fogón de

la cocina, sobre éste, una moderna consola de luces. En la pared un pizarrón. Sobre éste: monitor de televisión. Jerónimo está vestido con traje de combate. Cuchillo. Pistola. Viernes viste igual que Jerónimo. Viernes es muy joven. Jerónimo, desde su sitio, impávido, sin moverse, observa a los espectadores. Viernes siempre cerca de él. *Bustrofedón cierra la puerta.*

Jerónimo:

Mi nombre es Jerónimo. Soy el gran maestro. Han llegado al final de la jornada para aprender la última y principal lección, sin la cual toda labor que emprendan será inútil. *(Los observa. Se pasea alrededor de ellos. Igual Viernes, que nunca denotara ninguna emoción)* De trescientos aspirantes, ustedes han sido elegidos por sus innegables cualidades para el arte del mercenario. *(Jerónimo en la mano izquierda carga un revólver)* Ya poco es lo que hay que enseñarles. Sus altas puntuaciones en kárate, paracaidismo, armamento, sobrevivencia en tierra y mar, el dominio de diferentes idiomas, tácticas para guerrillas urbanas, relaciones de desestabilización de gobiernos, la pericia para construir armas primitivas y demás materias, que ya sería reiterativos repetir las, los hacen acreedores a estar en este salón. *(Pausa. Los ve a la cara)* Atención, todo lo que suceden aquí, aquí debe quedarse. Hay que callar, soportar el dolor sin que el otro compañero se dé cuenta. Pueden sentarse. *(Jerónimo va a la tarima una vez sentado el espectador)* Última lección: Jamás hay que confiar en otro mercenario. Su nueva identidad, por la cual serán llamados para las misiones es la

siguiente. (*Se acerca a un espectador. Al oído*) Nombre clave: Robinson Crusoe. (*Al otro espectador al oído*) Nombre clave: Billy The Kid. (*Igual con el otro espectador*) Nombre clave: Olafo el Amargado. (*Igual con otro espectador*) Nombre clave: Mandrake el Mago. (*Igual con otro espectador*) Nombre clave: Popeye. (*Igual con otro espectador*) Nombre clave: Superman. (*Igual con otro espectador*) Nombre clave: Batman y Robin. (*Igual con otro espectador*) Nombre clave: Lorenzo y Pepita. (*Igual con otro espectador*) Nombre clave: Simbad el Marino. (*Viernes siempre cerca de Jerónimo*) Ninguno puede conocer el nombre del otro. Sólo, la organización. No debe haber intimidad entre ustedes. No deben saber sus problemas, de sus familias. Ninguna intimidad. Tal vez algún día su misión sea la de eliminar a uno de ustedes. No somos amigos... o... lo somos más de lo que ustedes suponen. No siéndolo, al eliminarlos, al caer uno de ustedes en una misión la muerte será solo un rostro contraído. (*Silencio*) El final del hastío. (*Vuelve al ritmo de la clase*) Nunca más podrán abandonar esta profesión... pero, como los boxeadores, también deben saber el tiempo en que hay que retirarse y... tal vez, el retiro sea la supresión de pseudónimo que acabo de darles por un trazo rojo en su expediente o... tal vez... (*Ve el arma*) Un disparo... en el momento menos esperado. La muerte les llegará como la vida, inexplicablemente. Serán extraños caminantes que van recreando el rastro de una nueva aventura cada vez más y más peligrosa, donde nos jugamos

la vida. Ser amigos significaría tratar de explicarse la incomprensión de la existencia. Pero, alégrese, juglares del vacío, les ha sido dado el oficio de Dios: poder sobre la vida y la muerte. Son una suerte de Júpiter que merienda con sus hijos. (*Ve a Viernes*) ¿Verdad? Este es Viernes. Mi obra maestra. Es mudo... mudo... yo mismo le corté la lengua. En una misión, en un país hice de jardinero de niños, perdí la cuenta de los que tuve que eliminar. Nada es terrible, pues hemos sido entrenados para no sentir en ese momento la sangre, ni el cuerpo, sólo una sensación de agua oscurecida. Con él fue distinto. Se quedaba viendo, tranquilo, sin parpadear siquiera, cómo iba degollando a sus hermanitos, cómo los iba plantando en la madrugada, en un cementerio de una sola fosa. Lo tomé de la mano y lo llevé para que presenciara como seguía degollando niños. Él, igual, impávido. Entonces, por dentro sonreí y me dije que lo dejaría de último. Que sería el último niño que iba a degollar, para saber si en ese momento temblaría, lloraría, parpadearía. Finalizada la degollina, cerca de la fosa común donde se apilaban los cadáveres de los otros niños, lo llamé. Se acercó sabiendo lo que le esperaba me miró... y yo me pregunté, ¿dónde, dónde estaba su vida, para poder matarlo? No la encontré. Le corté la lengua. El me mantiene despierto. No sé lo que piensa. A veces... creo que me ama pero lejos... desde un horizonte que humea. A veces, a veces creo que me odia, pero más lejos aún, como desde Dios. Sí, desde Dios. Pero de un Dios mercenario que sonrío de rodillas.

Que me odia desde una púrpura llama, que se ha apagado en su boca para siempre. Entonces... entonces lo hice mercenario... Creo que lo ha aprendido todo. (*Transición*) Acuérdense, no hay que confiar en un mercenario. No le tengan lástima a Viernes pues él es un mercenario, he visto su eficacia. Podría matarlos, uno a uno sin que en su rostro exista un gesto de perplejidad. (*Se acerca a un espectador. En la mano derecha tiene un pequeño aparato de cuerda que al dar la mano produce una sensación extraña. No es corriente. Depende de la reacción del espectador*) Lo ve. No hay que confiar en un mercenario. No lo olvide. (*Se quita el aparato. Lo muestra*) Un pequeño juego de los sentidos... pero... pero pudo costarle la vida. (*Coloca el aparatico en la mesa. Sigue con el revólver en la mano*) Como se habrán dado cuenta, la silla es giratoria. Ahora. Ahora, por favor giren hacia atrás y vean la silueta del hombre dibujada. Tiene los puntos vitales para el disparo perfecto. Traten de memorizarlo. Ya es suficiente, vuelvan a girar hacia acá. Levante, la tapa del pupitre, véanse el rostro, nada más véanselo. Ya es suficiente. Bajen la tapa. Pudieron observar que dentro del pupitre hay un walkman, que en este momento no debe interesarnos. Hay un revólver sobre el cual vamos a trabajar. Vean a su derecha, arriba, esa sirena sonará en el momento preciso, es parte del curso. Ahora présteme mucha atención. Han tenido varias imágenes, la del rostro, la silueta del hombre con los puntos vitales de muerte instantánea, el revólver, la sirena. Va a empezar la prueba. Viernes,

las luces. (*Queda iluminada la sirena. Atrás la silueta del hombre y cenital sobre cada pupitre*) Ahora. Vean la sirena, véanla, no es una sirena, es una playa, un *restaurant*, una reunión familiar, es una alarma, pero también un alma ansiosa que desea acabar con ustedes. Sigán viéndola, sonrían, no se olviden de sonreír. Sigán viendo la sirena... ahora muy lentamente levanten sólo un poco la tapa del pupitre, que sea algo imperceptible, muy lentamente, conservando la sonrisa, conservando la tranquilidad la mirada en esa sirena. Ahora... ahora toquen el revólver. Silencio, se acerca el enemigo. La silueta que está detrás de ustedes. No volteen, sigan viendo la sirena y palpando el revólver, su temperatura, sigan sonrientes, pendientes de la sirena, cuando ella suene, ustedes girarán y dispararán sobre los puntos vitales de la silueta. Sientan el revólver, él y ustedes son uno, la diferencia entre la supresión de sus sentidos o los de su enemigo... ella es el pase hacia el abismo, ahora sólo importa ella y ustedes. Tengan preparado el revólver... y la sonrisa, la sirena está a punto de sonar, el enemigo, con paso de gato, se acerca para eliminarlos. Preparados a disparar. (*Suena la sirena*) ¡Giren y disparen! (*Deja de sonar la sirena. Alegre*) Muy bien... muy bien... Viernes, las luces. (*Se encienden las luces*) Viernes, cuente los puntos. (*Viernes va y lo hace. Al espectador*) Guarden el revólver en el mismo lugar. Vean a Viernes ahora, por favor. Viernes, (*Viernes gira y queda en el lugar de la silueta*) Viernes, quédate ahí, no te muevas. (*Pausa*) Quiero que entiendas,

Viernes, que tú, mi obra maestra, mi insomnio perpetuo, el no saber qué esperar de ti, ni en qué momento, me hace obligatorio que te elimine. ¿Lo entiendes? (*Viernes afirma imperturbable*) Sé que lo entiendes, eres tú... o... mi vida. (*Lo apunta. Viernes imperturbable. Sigue apuntando y dispara. Viernes no se mueve. Hay un gran silencio. Viernes sube lentamente la mano hacia la oreja, se la toca. Ve su mano, está manchada de sangre. Voltea y sigue contando los puntos de los disparos*) Lo vieron, el mercenario perfecto. Mi obra maestra. Si hubiese querido, su cabeza estuviese hecha un gesto ebrio y Viernes no estaría entre nosotros. Viernes hacia el ocaso. (*Viernes va hacia Jerónimo y le lleva anotaciones*) Muy bien, muy bien, voy a anotar las puntuaciones en sus expedientes. Mientras tanto, ahora vean la pantalla. Viernes, prepara todo.

Se apagan las luces. Se escucha una música de propaganda. Un coro. Se enciende la pantalla, gran título: Merceca. Sobre la música que queda baja se escucha la voz de una mujer.

Locutora:

(*Voz*) La organización les da la bienvenida pues ya son miembros de la revista *Merceca* «Mercenarios Compañía Anónima». Esta revista, a todo color, les llegará al apartado de correos que hemos escogido para ustedes. La suscripción es totalmente gratuita. (*En la pantalla van pasando imágenes turísticas, atractivas. Voz ríe*) Bueno, no tan gratuita, pero una nimiedad si se quiere. Se le descontará un pequeño porcentaje de sus honorarios, una cuota

mínima, insignificante, por todas las ventajas que ofrece *Merceca*. En ella encontrarán una sección de trabajos donde ustedes puede escribir, le llaman y feliz viaje a cualquier parte del mundo. Claro, que nunca conocerán a sus contratantes, pero lo importante es que con *Merceca* sus honorarios están completamente asegurados. (*Imagen de una pistola Astra 80*) Queremos recomendarles la Pistola Astra 80, calibre 9 mm, *Parabellum*. Cargador con capacidad de quince cartuchos. (*Cambia la imagen por la de escenas de soldados disparando, mercenarios utilizando la Astra 80. La imagen de la matanza de Mai-Lai*) Doble acción, revolucionario sistema de seguro, (*Todo esto mientras pasan escenas de matanzas terribles*) que la hace tan eficaz como un revólver. (*Ríe*) Ah, y la posibilidad de adaptar el sistema a tiradores zurdos. Ligera de peso, inferior a un kilogramo. Desmontaje sencillo. (*Vuelve imagen de la pistola Astra 80*) Extraordinariamente compacta. Recuerde, la pistola Astra 80 es la nueva pistola... cargada de posibilidades. (*Música. Imagen de un fusil M-16*) Otra exclusiva recomendación es el fusil de asalto M-16, de fabricación norteamericana. Con una capacidad de cargadores de veinte, treinta, cuarenta, setenta y cinco cartuchos. (*Sonríe*) Depende de la misión. La culata del M-16 está fabricada en policarbonato reforzado, de alta resistencia, cuando se trata de desnucar al contrincante de un solo culatazo. (*Cambia imagen hacia una película donde guardia nacional dispara a quemarropa*) Es apropiada para la lucha en la jungla, apropiada

para los países latinoamericanos, por ejemplo en Nicaragua se hizo reglamentaria ya que su versatilidad y poco peso la hacen increíblemente útil para combatientes de escasa corpulencia. También puede transformarse a versión reducida con culatín telescópico. (*Vuelve imagen del M-16*) Recuerde, el éxito tiene nombre propio: Fusil de Asalto M-16. (*Imagen de ballesta con mira telescópica*) Y... para esos trabajitos silenciosos, la ballesta Barnett Comando, con mira telescópica. Ballesta Comando, una joya de armería. (*Imagen de mujer voluptuosa, una modelo*) Otro servicio brindado por Merceca está en nuestras chicas de penetración. Véanla, obsérvenla. ¿No es deliciosa? Magnífica para los procesos de desestabilización de un país. Usted puede alquilarlas. Se estarán preguntando... ¿qué tienen de importante? Pues nada más y nada menos que la T de cobre 60, la cual posee una sustancia especial hecha por nuestros científicos, inofensiva para la chica penetración, pero no para su interrogado. Una vez seducido el ministro, el presidente, el militar, cosa sumamente fácil debido al entrenamiento de nuestras mercenarias, van a la cama con el amado. Acostadas, penetradas, ya no por un hombre sino por el poderío del complejo industrial militar que domina al mundo, comienzan los efectos de la T de cobre 60. El amado en cuestión pasará una hora, sesenta minutos, de ahí el nombre de la T de cobre 60, siendo interrogado por nuestra chica y él... amorosamente, lo dirá todo. Todo, y después de esa noche de placer... ¡no recordará nada!

(Otra foto de modelo con inmensos glúteos) Esta otra chica penetración complace a los amantes de la sodomización. Los efectos son los mismos, aunque el gusto... sea otro (*Imagen de modelo varonil atractivo*) Sobre nuestro chico penetración existió un trabajo más profundo. Está preparado tanto para dar como para recibir. Nunca se sabe. La liberación de la mujer la lleva a altos cargos o... algún que otro militar, o político amante del agujijón de Tauro o de, como decía Góngora: «La parte donde la columna pierde su hermoso nombre». Se acabaron los tiempos de la Mata Hari o de los interrogatorios fatigosos. La T de cobre 60, para esos pequeños placeres... que derrumban imperios.

Música. Se encienden las luces.

Jerónimo:

Ahora, por favor, levanten la tapa del pupitre. Al principio les dije que se vieran el rostro. Pero, ¿realmente se lo han visto? ¿Cuántas veces al día está con su rostro sin darse cuenta de ello? Ahora, colóquense los audífonos, Viernes los ayudará. Véanse el rostro y escuchen, véanselo y escuchen, es el momento para estar con ustedes mismos.

Se apagan las luces. Sólo luz sobre el espejo. Viernes enciende el Walkman de cada espectador. Música suave en cada uno.

Walkman 1 y 2:

Véase su rostro, conózcaselo. Reconózcase por un momento. Su rostro vive con usted pero a lo mejor ese rostro no conserva su nombre. Ha cambiado, seguirá cambiando con los años... pero,

su nombre es el mismo. Rostro y nombre, muchas veces pueden estorbarse. Rostro, nombre, mentira, en un mercenario puede ser una sola cosa, aunque vistamos ropas de furor o de delirio. El rostro tiene que tener el paso tranquilo de la mentira del tiempo, el peso del reloj de una torre o la liviandad de una esponja en el entresueño. Hoy ¿quién... quién es usted? ¿Quién es su rostro? ¿Quién es? ¿Quién? Tal vez el dueño de un casco dorado... o el rostro de la muerte violenta. ¿Cuál es el rostro de nuestro pueblo? ¿Será el suyo? Véanse, reconózcase. Trate de parecerse a usted mismo, que quizás, es la mejor manera de parecerse a... a una larga escalera que se quiebra ante el peso del cartero con citas, gordas, de injusticia. Quítese los audífonos.

Walkman 3 y 4:

Véase el rostro, reconózcalo. Reconózcase por un momento. Su rostro vive con usted, pero a lo mejor ese rostro no conserva su nombre. Ha cambiado, seguirá cambiando con los años... pero su nombre es el mismo. Sus ojos, véase a los ojos... bien, bien profundos, véase, en ellos hay vientres diarios que pasan a su lado con los últimos lamentos. Ojos y vientres, a quienes les han sido arrebatadas las promesas del paraíso. Los ojos son el espejo del alma, dice la Biblia. El alma es un sol que se aburre ante tanta indiferencia, ante tantas sienas devoradas por una legión de buitres que no nos dejan mirar. Hoy... ¿de quién son sus ojos? ¿Quiénes son sus ojos? Tal vez el de un milenarismo error. Véaselo, trate de que sus ojos sean usted mismo y quizás encuentre el último homenaje de una rosa que se abre para decir: basta. Quítese los audífonos.

Walkman 5 y 6: Véase su rostro. Reconózcaselo. Reconózcase un momento. Su rostro vive con usted, pero a lo mejor ese rostro no conserva su nombre. Ha cambiado, seguirá cambiando con los años con los años... pero su nombre es el mismo. Su labios... véase sus labios adentro, muy adentro, esperan las palabras y salen a través de ellos. Puede salir una fiesta de sexo, una oración, el mar... la Biblia dice que la muerte y la vida están en poder de la lengua. Sus labios, con sus palabras, pueden dejar crecer el arroyo de la vida, su verdad, pueden hacer que las cosas que murieron resuciten con una señal eterna de libertad. ¿De quién son sus labios? Tal vez necesitamos que griten el dolor de los que yacen enterrados en la llovizna verde de un fusilamiento en la madrugada. Que griten... para que entienda el tumulto de banderas que nos rodea, que ahora, aguardaremos, sin callar. Quítese los audífonos.

Walkman 7 y 8: Véase su rostro. Reconózcaselo. Reconózcase por un momento. Su rostro vive con usted pero a lo mejor, ese rostro no conserva su nombre. Ha cambiado con los años... pero su nombre es el mismo. Sus orejas, su escuchar... ¿pueden oír la ráfaga de cada existir que se apaga? ¿De cada torbellino que trata de disolver la dureza del que lo oprime...? ¿Escuchan la triste monotonía de la servidumbre diaria? ¿Son sus orejas? ¿Es su escuchar? ¿De quién son? ¿Escuchaban la extinción lenta de los altares de metal que se erigen en el crepúsculo? ¿Son suyas? Pueden escuchar la garganta que se estremece defendiendo a los pájaros para que éstos puedan pasar con cantos de

esperanza y no afónicos, cantando lúgubrementemente para que usted se eleve y, al escuchar esto lleno de indignación, tome el arco iris y lo utilice como un arma, de amor, a la hora de la cita final. Quítese los audífonos.

Walkman 9 y 10: Véase su rostro. Reconózcaselo. Reconózcase por un momento. Su rostro vive con usted, pero a lo mejor, ese rostro no conserva su nombre. Ha cambiado, seguirá cambiando con los años, pero su nombre es el mismo. Su nariz... véasela... es su nariz. Puede oler las agujas que se clavan en el viento cuando éste trata de no pasar por los bolsillos, pero camarotes de capitanes piratas con su precioso botín de dientes, de plátanos, de collares de huesos que sacaron de almas frágiles que sólo conocían la guía de su memoria, y era una memoria libre, a luna llena. ¿Es su nariz? ¿Su respirar? ¿Puede ella oler que de un momento a otro lloverá para todos? Va a llover sin marcha atrás y hay que tener buen olfato, para actuar. Quítese los audífonos.

Se encienden las luces. Viernes cierra los escritorios. Apaga los walkmans. Jerónimo está al lado de la bomba en el escritorio.

Jerónimo: Esto es una bomba. Se desconecta fácilmente. (*La muestra. No ha dejado el revólver*) Está preparada para estallar en tres minutos. Yo, con una sola mano, la puedo desarmar en sólo seis segundos. Vean. (*La desarma*) Es fácil. Cinco mercenarios juntos pueden hacerlo más rápido. (*Golpea la bomba contra el escritorio*) Vean... vean... es

completamente inofensiva. (*Llama*) Viernes... llévala al recipiente. (*Viernes lo hace*) Como pueden observar... como pueden observar... ése... ése es un recipiente... donde... si su pericia no es tal... pueden... introducirla y hacerla estallar... Pero en este caso no hace falta. Sólo es por medidas de seguridad del curso. (*Viernes ha introducido la bomba. Esta estalla*) No sé... no sé... qué pudo haber pasado... ah... ah... ahora me lo explico... era... era una bomba con doble mecanismo. Eso... eso... era... discúlpeme... es... que estoy... un poco cansado... (*Se sienta a un costado del escritorio. Silencio*) Ya... ya...no soy el mismo... sé que la organización lo sabe... por eso... por eso... es que no me han dado más misiones... y... y... estoy aquí, aquí con ustedes, dando clases... sé... sé... que... que es por eso... (*Viernes se ha ido acercando y se sienta a su lado*) Uno... uno debe saber cuándo... cuando retirarse... creo... que ésta ha sido mi última clase... ya... debo retirarme... un mercenario, sin misiones está muerto. Yo... no... No... Me siento bien...hace tiempo... yo... (*Sonríe*) Me... me molestan las gotas... pero déjenme explicarles para que me entiendan... yo... admiro a los chinos, a los de la antigüedad... me hice mercenario, admirando a los chinos... sus torturas. Era todo un arte. La tortura como sustento de la justicia...los doce meridianos y la muerte... los bastonazos con vara de bambú...marcar la frente con un hierro en rojo... cortar la nariz... la castración... pero por sobre todo, la gota de agua. (*Deja el revólver a un lado*) Dejaban caer una gota de agua en la cabeza

del prisionero. Una gota siempre, siempre en el mismo sitio. (*Se toca la cabeza*) Una y otra vez... una y otra vez... y... y el sonido, en el cerebro del prisionero se multiplicaba... se hacía grande... grande como la Muralla China y los recuerdos le crecían y comenzaban a hablar... a confesarlo todo. Era arte. La tecnología lo echó todo a perder. Mis métodos son caducos... caducos... por eso me tienen aquí... gota a gota... una gota grande... grande... y... esta mañana, esta mañana, esta mañana precisamente me encontré con mi cepillo de dientes... Sí, esta mañana, antes de venir aquí me encontré con él. ¿No entienden? Con mi cepillo de dientes... lo vi... lo vi... a mi cepillo de dientes y... y era lo más parecido a mí, es... es que al usar tantos nombres... tantos rostros... tanta muerte, ya no podía recordarme, me era completamente irreconocible, no tenía nombre pero él sí... él... él era... la familia que no tuve... los hijos... que... no supe si tuve...él, él no había cambiado, él era yo... mi cepillo de dientes era yo. Y entonces aprendí que Dios y un mercenario eran lo mismo, que se parecían y mi cepillo de dientes, era yo y era Dios. Y volvieron los dolores en la cabeza, la gota que comenzaba a hacerme en el mismo sitio, pero, no era una sola, sino miles y miles de gotas de lluvia que caían sobre mi cabeza y entendí que estaba... ya en el momento de...

Viernes dispara sobre él. Jerónimo cae en sus piernas, muerto. Viernes ve a cada uno de los espectadores sin inmutarse. Silencio.

Viernes:

Jerónimo vivía equivocado, por ello estaba muerto desde hace tiempo. Dios y un mercenario no tienen nada en común. Un mercenario es más completo. Dios necesita de predicados, sí, de predicados para explicarse. Dios es omnipotente. Dios es omnisciente. Dios está en todas partes. Un mercenario no necesita de nada. Decir mercenario es ya explicarse por sí mismo. La patria, la familia, los hijos, sólo son meros nombres, palabras que confunden el lenguaje. Yo soy su obra maestra. El mercenario perfecto. Mi hablar, el corte de mi lengua, es el deber que tienen de entender que nunca, nunca, jamás, se debe confiar en un mercenario. Y yo, lo soy. (*Se levanta. Entrega a los espectadores un diploma*) Los felicito, creo que han aprendido la lección. Ahora cada uno de ustedes estará lleno de un desfile de rostros, de cadáveres, de misiones sin fin. Ya pueden irse. Soy Viernes, el Gran Maestro.

Abre la puerta. Afuera está Bustrofedón.

Viernes:

Bustrofedón, se han graduado con honores.

Bustrofedón:

Mis felicitaciones a todos. Me alegro mucho por ustedes pues ya han dejado de ser simples espectadores y, aparte de ello, tienen una nueva profesión.

Viernes cierra la puerta tras de sí.

Bustrofedón:

Sigamos con nuestra diversión en el Paraíso, en la casa del poeta Lezama Lima. Él ya ha avanzado bastante en su novela, aunque no ha terminado

pues pasé por su habitación y escuché el teclear de su máquina de escribir. Le daremos algo más de tiempo. Pero, sonrían, arriba corazones, les tengo más esparcimiento. Por ejemplo: La Habitación Oculta. Sí, así como lo oyen. Así se llama: La Habitación Oculta. Toda casa tiene una habitación que oculta y que pudo haber sido bella, pero tan bella, que el soñar siquiera en habitarla sería un sacrilegio. Vengan. La pasarán muy bien.

Bustrofedón los conduce hacia la puerta de La Habitación Oculta, la abre y hace pasar a los espectadores, entrando él también y cerrando la puerta tras de sí.

EN LA HABITACIÓN OCULTA

La habitación es estrecha. Tanto sus paredes como su techo son acolchados y blancos. Al centro de esta agobiante habitación está Cecilia. Viste uniforme de colegiala. Observa a los espectadores y se prepara a cantar.

Cecilia:

(Canta) «Al árbol debemos solícito amor. Jamás, olvidemos que es obra de Dios». Bis. *(A un espectador)* ¿Te gusta el Hombre Cohete? Sí, te gusta, sé que te gusta. ¡Eres músico! Yo soy cantante. ¿Por qué no me escribes una canción? *(Se acerca al espectador)* ¿Qué signo eres? *(Espera respuesta)* Yo soy Leo... *(Ahora se referirá al signo del espectador)* y Leo, en el zodiaco, no son afines. *(Se aleja apenada)* Afines... esa palabra. Cuando la dijiste me mirabas perdido... perdido. Siempre que escucho esa palabra estás ahí, con tu saxo, perdido y

yo esperando. Esperando que escribas una canción para mí. (*Pausa corta*) Afín, afín, es perdido para mí. (*Pausa corta*) Te voy a cantar bajito... bajito, porque Juan Bautista duerme. Juan Bautista, nuestro bebé es... con ascendente en Leo. ¿Qué dices a eso, Ícaro? Juan Bautista es un no afín que no está perdido. (*Molesta*) Ya no compones nada, Ícaro. Ya no hay canción en ti para la nueva gente, para los nuevos niños, para el nuevo mundo que iba a salir de tu saxo. Sólo te inyectas, miras fijo, y tu saxo calla. (*Canta por lo bajo*) «Al árbol debemos solícito amor...» (*Se desespera*) No te inyectes tanto... no... de ahí sólo salen sueños de saña... de ahí salen pesadillas que secretamente pudren el mar. ¡Pero tú no me oíste! (*Pausa corta*) Escribiste mi canción. Sí, me la escribiste. Mi canción: Albatros. Yo entendí el título como muy lindo. Como esa ave que va en picada contra el tiempo y se zambulle y rompe una ola de peces... y come... y no molesta. Pero no era así, Ícaro Albatros no era Albatros. (*Se acerca al espectador. Toma la mano de éste. Se acaricia la cara. Ahora, muy cuidadosamente toma un dedo del espectador y lo utiliza en su brazo como una jeringa*) Te inyectaste y Dios fue bajando por esa jeringa. Dios de 5 cc. Dios de 4 cc. Dios de 3 cc. Dios de 2 cc. Dios de 1 cc. Dios jeringa en blanco y tú quieto, callado, mirándome... sin respirar. Miré la jeringa por largo rato. Tú no estabas en ella... tampoco Dios. (*Suelta al espectador*) Amanecía. Tomé a Juan Bautista entre mis brazos, el disco del Hombre Cohete y la letra de tu última canción. Eso, eso me dejaste, Ícaro. Un niño, un disco y la

letra de tu última canción, Amanecía y lo entendí. Albatros no era Albatros... sino un alba... atroz... un alba atroz. (*Canta entre el público la canción del principio, pero esta vez la canción se torna lujuriosa, al igual que su contacto con el público. Se rechaza a sí misma, asqueada y cae a los pies de un espectador*) Padre... yo quiero confesarme. Soy Cecilia Torres. Soy Cecilia Torres y tengo un hijo... Juan Bautista. Sí, como el que bautizó a Jesús. Padre, yo me siento cercana a Jesús. Entiendo, le aseguro que entiendo que él es el hijo de Dios, pero también lo siento como un hombre con alma. Y Padre, cuando él dice que confiemos porque en el mundo tendremos aflicción, pero que confiemos porque él ha vencido al mundo, yo confío. Yo confío, Padre, pero es muy duro. Muy duro. Ícaro, el papá de Juan Bautista murió. Una sobredosis. Ícaro no es su nombre, él se llamaba Ismael... pero no es de eso de lo que quería hablarle. Es... es que yo también me drogo y no quiero, no quiero por Juan Bautista. Porque después que murió Ícaro yo, Padre, he pasado de hombre en hombre para conseguir... bueno, usted sabe. Antes la conseguía Ícaro, pero ahora yo... estoy sola y tengo a Juan Bautista y... y lo que quiero es una oración, un perdón., por todos esos hombres que se hospedan en mi cuerpo y dejan un rumor, no un rumor, no, un abismo en la piel. Y me levanto, me limpio, me froto duro, duro para poder sacármelos y así poder tocar a Juan Bautista porque sus lenguas, sus salivas, sus abrazos, son verdugos que empiezan a convertirme en cadáver, en mole espesa, como si todo mi

cuerpo fuese una semana de carroña. Y me limpio. Y me lavo. Pero siento que un día el agua no va a poder quitarme tanta sombra, tantos pasos de sopor... tanto residuo de veneno y me van a nombrar reina y me van a colocar la corona de lagartos. Entonces no voy a poder tocar a Juan Bautista. No, no voy a poder. Padre, absuélvame, absuélvame... porque quiero tocarlo limpia... y cantarle... cantarle... porque yo soy cantante. (*Susurra la canción del árbol. Se levanta. Le comienza a dar la mano con mucho respeto a los espectadores mientras se disculpa*) Discúlpeme... discúlpeme por favor... discúlpeme, ¿sí...? discúlpeme... (*A un espectador. Lo invita a que la acompañe. Hace que este espectador se separe de los demás y quede al centro de la habitación con ella*) Discúlpeme... por favor ayúdeme... ayúdeme a caminar hasta ahí... es que no me siento bien... gracias... gracias... (*Una vez que el espectador la acompañe no lo dejará ir. Caminará a su alrededor*) Es que han pasado más de tres meses y no me han llamado. Hice de todo en ese concurso. Sé que es un buen comienzo. Que el programa lo ve todo el país. Yo me gané el concurso de canto. Lo sé. Después y que iba a venir la fama. Los contratos. Luis, entiéndame, yo tengo que triunfar. Yo me siento frente al televisor y veo a otras y te veo animando tu programa y la gente baila y baila con una cucharilla en la boca y en la cucharilla una papa y otros imitan al galán y otros suben y alcanzan la felicidad de una nevera y después tu programa para descubrir a la nueva estrella y ahí comienzo a sentirme mal porque yo, Luis, ya

pasé por eso y canté en la primera eliminatoria y en la segunda eliminatoria y en mi barrio ya la gente me reconocía y empezaban a mirarme con respeto y tú me buscabas y me dijiste quédate conmigo y me quedé y me dijiste te voy a convertir en estrella y lo creí. Y me dijiste no soporto a los niños y dejé a Juan Bautista en la casa de mi padres y... (*Grita*) Y la coca... ¿y la coca? ¿Qué hiciste con la coca? No. No estoy nerviosa. Es mucho tiempo esperando y ahora me pides que esté separada de ti. No entiendes que no puedo. Que en mi barrio ya no me respetan. Que ahora cuando voy a ver a Juan Bautista se ríen. Me ven y se ríen. Y ahí va la gran cantante, dicen y se ríen. Se ríen. (*Comienza a darse golpes contra la pared*) La coca. Dónde está la coca. La coca.

Bustrofedón: (*Desde el público*) ¿Cómo te sientes después de haber ganado el concurso de «Buscando una Estrella»?

Cecilia: (*Nerviosa. Toma la actitud de estar frente a cámaras de televisión*) Muy... muy emocionada.

Bustrofedón: (*Se dirige a donde está el espectador y lo trae hacia el grupo*) Muy emocionada. Así sale todo el mundo de nuestro programa. ¿Quieres decir algo más?

Cecilia: Bueno, no sé. Saludos. Saludos a todos. A Juan Bautista... a todos.

Bustrofedón: ¿Y qué te parece si para despedir el programa nos cantas nuevamente tu interpretación que te ha llevado a ser una gran estrella?

Cecilia: Sí... claro que sí. (*Se prepara a cantar. Hace esfuerzos por cantar y no lo logra, sólo sale un quejido de su garganta*)

Bustrofedón: Por favor, ayudémosla con un fuerte aplauso. (*Aplaude*)

Cecilia: (*Vuelve a intentar cantar pero sólo le salen lágrimas. Pausa*) Papá... ¿por qué callas, papá? (*Se acerca a los espectadores*) Ícaro ya no es un Albatros, sino una alondra, un Hombre Cohete, una avenida que camina con su saxo. Ya no hay fiesta de luto en sus ojos. Ícaro duerme, el limbo adivina su melancolía. Ya no hay lobos, ya no hay cuervos, ya no espera a Dios. Yo sí lo espero, sólo que lo espero llorando. (*Se acerca a los espectadores*) Mírenme... mírenme... me habían maquillado...me habían regalado un vestido nuevo... había ganado el concurso. Mírenme... mírenme... me vistieron de una hora distinta... me dieron otra memoria... todo el país tenía mi edad. ¡Cámara! ¡Luces! Tantas luces y yo tengo frío, papá tengo tanto frío. ¿Juan Bautista? ¿Tienes frío Juan Bautista?

Bustrofedón le entrega una camisa de fuerza que deberá estar doblada como si fuese un niño.

Cecilia: Me voy... me voy con Juan Bautista. Quiero un hábito. Una oración sin ruidos. Aquí, en mi cabeza, quiero un Ángel de la Guarda para Juan Bautista. (*Mece y arrulla la camisa*) A los Ángeles de la Guarda, en este barrio ya nadie los respeta. Les pisan las alas cuando cruzan las calles. Los semáforos, a propósito, se ponen en verde. Pierden día

a día sus plumas. Ya no hay rezos para ellos. Los utilizan para llevar carritos en los supermercados. Los Ángeles de la Guarda están vendiendo calcomanías en las autopistas, vendiendo toallas sanitarias. Sus alas. Sus alas se manchan...se manchan con tu signo, Ícaro... y con el mío. (*Busca la cara del niño. Se da cuenta. Arroja la camisa al suelo*) ¿Dónde está Juan Bautista? ¿Adónde se lo llevaron? Quiero que se asome al mañana con sus alas limpias. ¡Devuélvanmelo! ¿Acaso quieren envejecerlo antes de tiempo? (*Saca una hojilla del bolsillo de su falda y mira amenazante a los espectadores*) Yo... yo no vuelvo a ese hospital. (*Se lanza contra los espectadores hojilla en mano*)

Bustrofedón:

Cecilia.

Cecilia:

Me corto las venas antes.

Bustrofedón:

No, Cecilia, soy yo, Ícaro.

Cecilia:

(*Se calma*) ¿Ícaro?

Bustrofedón:

Sí. Soy yo. Te escribí una canción. Vamos, suelta la hojilla que Juan Bautista nos espera. Tu público espera.

Cecilia:

(*Suelta la hojilla*) Sí... sí... los escucho.

Bustrofedón:

(*Recoge la camisa de fuerza y la abre*) Ven... ven... te tengo un traje nuevo.

Cecilia:

¿Nuevo?

Bustrofedón: (*Colocándole la camisa de fuerza*) Sí. Un traje para tu canción. Para nuestra canción. Nuestro traje. Ahora ven. Tu público espera.

Cecilia: ¿Y hay fotografías?

Bustrofedón: Sí. Muchos.

Cecilia: ¿Y público? ¿Hay público?

Bustrofedón: Miles... miles... y todos se parecen a ti.

Cecilia: ¿Y Juan Bautista?

Bustrofedón: (*Llevándole hacia un rincón del cuarto*) Esperándote. Quiere que cantes a su lado.

Cecilia: ¿Tus canciones, Ícaro?

Bustrofedón: Sí... sí mis canciones.

Cecilia: Pero... ¿dónde? ¿Dónde está la letra?

Bustrofedón: Adentro... adentro.

Cecilia: Sí... sí... la escucho... (*Cae de rodillas al fondo de la pared. Canta quedo la canción del principio*)

Bustrofedón: (*Al público*) Dejémosla. Ahora ella canta... ella descansa. Salgamos.

*Conduce al público fuera de la Habitación Oculta.
Los llevará a la puerta de la Habitación Alquilada.*

Bustrofedón: Esta habitación de la casa, pronto se desocupará. Tras esta puerta hay fiesta. Quien no tiene en

su corazón una habitación para alquilar, deja su mirada sin albergue. (*Le entrega a un espectador una botella de ron. A otro una carta. A otro una flor*) Es de muy mal gusto llegar a una fiesta con las manos vacías. Al entrar, entréguenselos. Son un regalo para él... para Roberto. (*Abre la puerta de la Habitación Alquilada*) Pasen. (*Bustrofedón queda fuera*)

EN LA HABITACIÓN ALQUILADA

Es el cuarto de una pensión. Una pared impecablemente blanca, sin ningún adorno. Otra pared sobre la cual cuelgan reproducciones de los siguientes cuadros: Naturaleza con cupido de yeso de Paul Cezanne, Girasoles de Vincent Van Gogh, y Crucifixión blanca de Marc Chagall. Una cama, pequeña. Guacales pintados de vivos colores y franjas, sirven de muebles, sillas, biblioteca, mesa de comer. Una maleta. Un radio reproductor. Cajas ya cerradas, listas para ser enviadas. Aquí vive un artista que la miseria no le ha minado, en lo absoluto, la visión hermosa de las cosas.

Roberto:

(*Alegre por verlos*) Bienvenidos... bienvenidos. Gracias por venir. Los estaba esperando. (*Observando los regalos*) No debieron haberse molestado. De verdad, gracias por venir. Esta es su casa. Su casa, ya no será más la mía. (*Observa a un espectador*) Señor Crítico, dueño de la divina memoria donde se mezclan larvas, polvos, ademanes y hábitos del suplicio de ser actor, su sola presencia ya es un regalo para mí. Venga, siéntese aquí, es mi me-

por mueble. (*Al espectador que trajo la flor*) «Acusadme de esta suerte que he despilfarrado todo lo que debiera haberme servido para recompensar vuestros grandes merecimientos; que sobre ello he olvidado acudir a vuestro dulcísimo amor, al que me unen día en día, tantos deberes». (*Le toma la mano*) Desconocido, que me miraste asombrado en la calle cuando te dije que era un actor en el exilio, que hoy haría una fiesta de despedida con invitados escogidos, el poema que recité, de Shakespeare, es para ti. Y tú ya me traes una flor. Gracias. Una flor, un aplauso, repara la gloria que no es más que un fantasma libre, consolado, de pie, ante la bocanada de un telón que abre y cierra sus fauces. Un telón que baja y sube. Hoy te aplaudo a ti. (*Lo hace*) Y sobre las palmas de mi mano no sé qué hacer con mi próximo aplauso. Siéntate, aquí, mi cama. Mi cama. Donde forjé tantos jinetes que querían capturar los viajes de los distintos personajes que interpreté. Mi cama es tuya. (*Al espectador que traía la carta*) Querido Jefe. Vencedor de Los Persas. Vulcano que concibes la belleza en un producto cualquiera y logras venderlo. Para ti no hay puertas de hierro. Entras con tus *slogans*, con tus *jingles*, y el mundo se apresura a comprar la libertad escondida en un detergente. Corre a embriagarse copiosamente con las caderas, con los senos, con la vulva tiernamente tapada por el bikini, que anuncia los atributos del ron más suave. Del cigarrillo donde la salud es como una ola de efebos y vestales prometidas en la fumada con filtro de carbón absorbente y donde nada cuenta y

una puesta de sol guarda esa criatura humana que compra, compra y compra con una especie de mudez inescrutable. (*Toma la carta*) Una carta. Esta será la última carta que recibo de mi país. Una carta en el exilio, es como la superficie de un ataúd. Ya no habrá más cartas, Jefe. Gracias por la molestia que se tomó en traerla. Esta carta trae todos los olores y promesas de mi padre que me anuncia que ya hay democracia en mi país. Ya se ha ido Juan el pintor, con su discurso de anciano, él ya llegó. Pedro, el poeta, siempre perdido en el signo de la ausencia, ya está allá. Los vi en los periódicos. (*Pausa corta*) Vamos, esta es una fiesta para vencer al olvido. ¡Vuelvo a mi país! A mi país, inédito. A mi ciudad donde tuvieron en penitencia a la imaginación por tanto tiempo. Ya no más militares. Se ha decretado una Amnistía Generosa. Sí, así la llaman: Amnistía Generosa. De modo que quise compartir esta última noche en su país, que ha sido el mío porque también lo amo. Aún aquí hay tiempo. No se ha perdido el origen celeste de la reunión de amigos sin advenimientos de amenazas. Sí, ha sido apacible, aunque he tenido que pagar la sanción irrevocable de mi destierro. Pero... pero para bien... ahora volveré, volveré a mi origen, a ese reino de tradiciones y ruinas, de mujeres en barrancos, de trato plácido. De mujeres con clamor de pájaros. ¡Voy a rodear, cuando regrese, el bosque entero con mis brazos! (*Pausa corta*) No, no estoy desterrado. Soy un viajero que aún no se ha desplomado. Me espera el trabajo de construir cada lago que haya dejado estéril el monarca de mi triste

terruño. (*Pausa corta*) Ese viaje de regreso será un himno. (*Al espectador que trajo el ron*) Mi director... mi director. Ron, qué maravilla. Ahora podremos brindar. (*Comienza a servir el ron y lo repartirá entre los espectadores*) No tenía nada que ofrecerles sino el estampido de mis palabras. Mi director, sí que fui un caso difícil para ti... lo sé. Tú no tenías el reino ideal, el escenario, y yo sólo traía una corona de espinas. Ah, pero eso ya pasó. Saben, les voy a confesar algo. Mi papá es un artista. Un músico. Un músico que nunca aprendió a tocar bien el acordeón. Él tocaba, sí, pero era ruido. Pero para mí no había música más bella que el estruendo de su acordeón. (*Pausa corta*) Somos muy amigos, aunque rivales. Tenemos una rivalidad en el fútbol. Yo soy fanático del Equipo Municipal y el del Equipo Universitario. Esa rivalidad siempre nos unió. Sus cartas, como ésa que me ha traído el Jefe, siempre me hablan de las posiciones de los equipos. (*Pausa corta*) Qué país el mío ¿no? La nación puede estarse desangrando pero un gol del equipo contrario nos conmueve más que un preso desaparecido. Ah, pero no es de eso de lo que quería hablarles. Especialmente a ti, que fuiste mi Director. Yo estudiaba sexto grado. Siempre fui tímido. Y en sexto grado había una muchacha... Elsy... Elsy Cristancho. Estaba enamorado de ella desde kínder y nunca me atreví a decirle nada. Entonces una vez se hizo un acto cultural en el colegio en homenaje a Simón Bolívar. Se iban a pintar cuadros, se iban a recitar poemas. Algunos alumnos leerían composiciones. La profesora me preguntó

qué iba a hacer yo e inmediatamente le dije que una obra de teatro sobre Bolívar. Perfecto, dijo la profesora. En cambio Torres, que era mi mejor amigo me dijo: «Estás loco de bolas». Y dije para mis adentros, sí lo estoy. El asunto es que la escribí. La dirigí. Yo iba a ser Bolívar y... Manuelita Sáenz, Elsy Cristancho. La cosa fue cogiendo auge y todos en el colegio querían participar. Todos, menos Torres. Para él la cultura era cosa de maricones. (*Imi-ta*) «La cultura mariquea, Roberto. Ten cuidado». (*Ríe*) Lo de él era el boxeo, el atletismo, el lanzamiento de bala y era bueno, llegó a ser campeón en los juegos interescolares. Llegó el día del homenaje a Bolívar que... también sería el último día de clases. El último día en que nos volveríamos a ver. Bueno, Bolívar vencía en todas las batallas, las cinco naciones eran las cinco niñas más bonitas del colegio. Las cinco niñas tenían tapados los ojos con una cintica roja que Bolívar les iba quitando a medida que las libertaba. Por último me acercaba como Bolívar a Manuelita Sáenz pero... pero no morí recitando la Última Proclama del Libertador, no. Me levanté sobre mi lecho de muerte, me acerqué a Manuelita Sáenz y le dije: Elsy Cristancho tú me gustas desde que estaba en kínder. Toda la gente se echó a reír. Pero me aplaudieron. Cayó el telón. La profesora se me acercó y me recriminó: «Qué se podía esperar de un muchacho cuyo papá toca el acordeón en el mercado». Torres me llamó aparte hizo un amago con la izquierda y me dio un puñetazo en el estómago que me dejó privado. Esa... esa fue mi primera crítica de teatro. (*Pausa*

corta) A Elsy Cristancho no la volví a ver más. Mi papá... mi papá me abrazó durísimo y me dijo: «Hijo, nunca vi a un Bolívar más humano». Y me inscribió en la escuela de teatro. (*Pausa*) Comprendí que uno escribe, que uno actúa, para que lo amen, ¡Salud, por mi retorno! (*Beben*) Bien bueno. El ron le da un hálito de gallo a la vida. De gallo que vuelve a cantar. (*Pausa corta*) Saben, uno regresa para saber si lo que ha dejado atrás se parece a sus recuerdos. (*Pausa. Observa las reproducciones*) Cezanne, Van Gogh, Chagall, los amados. Ustedes han sido testigos de una ilusión anulada. Yo pude escuchar sus lamentaciones. Las escuché cuando no tenía nada que comer sino caramelos. Bebía agua y chupaba caramelos, esperando, esperando el papel que me merecía. (*Al espectador que llama Director*) No creíste en mí. (*Apaga las luces y enciende una vela. Transición: como Hamlet*) «Ser o no ser, he ahí el dilema». ¿Qué es más elevado para el espíritu? ¿Sufrir los dolores y dardos de la insultante fortuna, o tomar las armas contra un piélagos de calamidades y... haciéndoles frente acabar con ellas? Morir... dormir no más. Y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne. He aquí un término devotamente apetecido. Morir... dormir... dormir... Tal vez soñar. Sí, sí, ese es el obstáculo. Porque es forzoso que uno se detenga en considerar, cuáles son los sueños de la muerte, cuando nos hayamos librado del torbellino de la vida. He aquí la reflexión que da existencia tan larga al infortunio. Porque... ¿quién aguantaría

los ultrajes y desdenes del mundo... la injuria del opresor... la afrenta del soberbio... los congojas del amor desairado... las tardanzas de justicia... las insolencias del poder y las vejaciones que el paciente mérito recibe del hombre indigno? ¿Quién? Cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple estilete. ¿Quién quería llevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo más allá se la muerte? La muerte. Esa ignorada región de cuyos confines no regresa viajero alguno. Temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen, antes que lanzarnos a otros que desconocemos. Así, la conciencia hace de nosotros unos cobardes; y así los primitivos matices de la resolución desmayan bajo los pálidos toques del pensamiento, y las empresas de mayores alientos e importancia por esta consideración tuercen su curso... y dejan de tener nombre de acción. Pero... silencio. Se acerca la hermosa Ofelia. Ninfa, en tus plegarias acuérdate de mis pecados. (*Sopla apagando la vela. Pausa. Enciende las luces. Al Director*) Yo pude haber hecho Hamlet y me diste un simple papel de soldado. Conocías de mi talento pero yo nunca jugué a las adulaciones. Qué oscuro y vano se hace un artista cuando necesita de ellas para reconocer, en los otros, el talento. Por eso me acompañan Cezanne, Van Gogh y Chagall. (*Observa los cuadros*) Cezanne, mil trecientas pinturas y una muerte por diabetes. Nunca antes ni después ningún objeto de uso ordinario como botellas, cuchillos de cocina, frutas, han co-

brado una dignidad tan inatacable. Manzanas... manzanas. (*Pausa corta*) Van Gogh, mediante el resplandor de su luz colorida esperaba salvar a otros. Sus girasoles tenían el poder de sostener al desesperado y consolar al solitario. Girasoles... Girasoles... (*Pausa corta*) Chagall, después de la Revolución de Octubre fue nombrado Comisario de Bellas Artes en Vítebsk. Reorganizó la Escuela de Artes. Encargó a los pintores de la ciudad a hacer banderas para un festival revolucionario. Pero sus vacas verdes y caballos boca arriba asustaron a los miembros del Comité Político local y fue destituido. La fantasía no era una característica revolucionaria. «Crucifixión Blanca... Crucifixión Blanca» (*Pausa corta. Al Director*) Son mis regalos para ti. (*Hacia el crítico*) De usted no me he olvidado. Tengo que explicarte mi regalo. Esa pared blanca. Tengo que explicártelo porque ustedes, los críticos, quieren llegar abruptamente a las costas silenciosas de la creación, pero la creación es una magia con intensidad fija en un paraje fuera del universo. Esa pared blanca que te regalo es por el gran acto de creación, el único, que llegó a hacer mi madre. (*Pausa corta*) En mi casa llegaba mucha gente, muchos artistas amigos de papá. Se reunían, cantaban, hablaban y había una pared donde cada uno de ellos, antes de irse, dejaba un recuerdo. Guaya-samín dibujó un puño grande. García Márquez escribió una frase: «Mujeres no se peinen de noche porque se pierden los navegantes». Cortázar pintó una rayuela y firmó como Bebé Rocamadour y así muchos otros. Esa pared era el orgullo de papá. Y

digo era porque un día en que mamá descubrió que papá se las entendía con la mujer que cantaba boleros en el bar. Mamá agarró una brocha y pintó la pared de blanco. Ella había sido tocada en su alma y tocaba en la pared que era el alma de papá. Mi papá la llamó fascista y dejaron de hablarse por un tiempo. Yo... yo le dije a papá, que ellos, los que ahora estaban tachados en esa pared se sentirían orgullosos al verse borrados por un acto de amor. Esa pared mía es blanca para tener siempre vivo ese recuerdo, ese homenaje al arte, porque detrás de esa pared tachada, con furia, de blanco, está el arte y detrás del arte mi mamá sonrío con dulzura su acto feroz para algunos, pero justo y lleno de vida para mí. La pared es suya, señor Crítico. Seguramente usted le dará el nombre de Arte Conceptual. (*Al espectador que ha llamado Jefe*) Estimado Jefe. (*Agarra una caja pequeña y se la coloca al jefe en las piernas*) Aquí, en esta caja, están todos los productos que tuve que anunciar en sus cuñas para poder vivir. Está llena de desodorantes que para sus creativos son sensacionales pero que producen escozor, irritación. Que la bolita no es para la protección sino para que la asocien con el pene ideal. Y... sobre todos esos desodorantes están mis apuntes de actuación, el *Sí Mágico* de Stanislavski que usted no podrá meter en su billetera. Eso. Eso le dejo. (*Pausa corta*) Se está haciendo tarde y mañana tengo que madrugar. (*Observa la carta*) La carta. Antes de irse quiero que compartamos las puntuaciones de los equipos de fútbol. Tenía tiempo que no recibía cartas de él. Bueno, no tanto. Aun-

que las últimas dos fueron muy extrañas. Siempre me escribe a mano y... ahora le dio por escribirme a máquina. Bueno, tal vez sea el proceso. Ah, quiero que escuchen la voz de mi padre. Hace un año me envió un *casete* con su última composición. (*Busca el casete y lo coloca en el pequeño radio reproductor*)

Voz del padre: Querido Bobi.

Roberto: (*Detiene el aparato*) Bobi, así me llamaba mi papá. (*Enciende nuevamente el aparato*)

Voz del padre: Después de saludarte espero que te encuentres bien. Por aquí todos bien. Parece que el año que viene va a haber elecciones. Este... este... Bobi es que es boludo hablar ante un aparato de estos... tengo tantas cosas que decirte... tu jardín... mamá... tu mamá lo ha cuidado... está verde... todo florido... mamá dice que la grama presiente que vas a regresar... Mira... Bobi, mira, tu mamá quiere saludarte.

Voz de madre: ¿Hablo? (*Pausa corta*) ¿Hablo?

Voz del padre: Claro mujer, no ves que está grabando. No ves esa agujita roja que se mueve... (*Silencio*) Pero bueno, habla...

Voz de madre: Bobi... ¿me oyes? Es tu mamá, Bobi... este mira... Bobi... que Dios te bendiga.

Voz del padre: (*Silencio*) ¿Eso es todo?

Voz de madre: Bueno yo no sé hablar por esos bichos, habla tú... él sabe que lo quiero y que su jardín está arreglado... Bobi... la bendición otra vez y... pórtate bien... Bueno ya está... ya está...

Voz del padre: Bueno, Bobi... tú sabes cómo es tu mamá. Ah Bobi, te nació una sobrinita. Eres tío. Acerquen... acerquen a Gabrielita. Gabrielita, saluda a tu tío Roberto... anda saluda. (*Silencio*) Bueno, es que está muy chiquita, apenas tiene quince días y todo le da pena. Bobi, este año nos vamos a titular campeones. El Equipo Universitario quedará invicto ante tu Equipo Municipal. Ese equipo tuyo no es más que una manga de viejos. Bobi... Bobi... este... te voy a tocar mi última composición... es una canción por tu regreso... te la voy a tocar porque creo que la cinta se va a acabar.

Suena el acordeón. Roberto baja un poco el volumen. La música del acordeón debe seguirse oyendo, por lo bajo.

Roberto: ¿No es bello mi padre? Una canción para mí. Ah, la carta. (*Lee*) «Querido Bobi... el Equipo Municipal se coronó campeón frente al Universitario». (*Deja de leer y salta de alegría*) Se los dije... se los dije... Mi papá estará rabioso. (*Vuelve a leer*) «Las elecciones se celebraron con toda normalidad y ahora tenemos Presidente. Han sido más de diez años. (*Pausa*) Bobi... es tu mamá la que escribe. Yo te escribo desde hace tres meses... porque papá... se fue... se fue... ¿entiendes, Bobi? Se fue con su acordeón y se fue feliz. Feliz porque tú regresabas.

Pero se fue. Se fue. ¿Lo entiendes? No queríamos decírtelo para que no sufrieras. Él... él estaba muy enfermo... pero no podíamos darte otro sufrimiento. Bobi, no podíamos. Él no quería que supieras. Él... él no sufrió, Bobi. Fue una muerte muy tranquila. Perdónanos por no habértelo dicho antes. Yo... yo... escribía las cartas tratando de que se pareciesen a él... pero... pero se fue... se fue su acordeón. Aquí te extrañamos mucho. Vente. Vente para abrazarte y llorar juntos. Bueno, Bobi, no sé qué decirte... sólo que te extrañamos y entiéndenos, no queríamos que sufrieras, sólo por allá. Él te quiso mucho, como yo te quiero ahorita. Ven, Bobi. Te adora. Tu mamá».

Gran silencio.

Roberto abraza al grabador. Llora quedo.

Roberto:

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién podrá pagarme estos diez años? (*Pausa corta. Como niño*) ¿Quién, papá? (*Sube el volumen del grabador para apagar su llanto. Baja el volumen que deberá oírse muy bajito*) Ya no está su acordeón. ¿Quién me devuelve la grama verde de mi niñez? ¿Quién me dejó esta grama ensangrentada? La... la grama... verde... en las teclas de tu acordeón y... las soñaba... papá... toca tus canciones, papá... son... son más de diez años y ahora aunque la grama esté verde seguirá siendo púrpura... ¿Dónde? ¿Dónde se habrán quedado en estos diez años el abrazo, mi Bolívar de niño, mi grama, tu acordeón? ¿Dónde? ¿Dónde? (*Pausa corta*) Por favor, déjenme solo. Por favor.

(Abre la puerta) Gracias por todo... por favor... necesito estar solo... salgan por favor... gracias... gracias... (Cierra la puerta tras los espectadores. Se escucha un desconsolado llanto)

Bustrofedón los observa. Gran silencio.

Bustrofedón:

El poeta está terminando de escribir. Por favor, les voy a pedir que no se sienten hasta que él les diga. Que guarden silencio porque si está escribiendo es que el poeta escucha su pasado. Entraremos a la Sala del Paraíso. La sala, es la sombra del cuerpo. Pasen, por favor. *(Abre la puerta que da a la sala)*

EN LA SALA DEL PARAÍSO

Sala de casa en la ciudad de La Habana, Cuba. Todo parece haberse detenido en la década de los años cincuenta. La habitación está rodeada de libros. Teléfono negro, en sitio preferencial. Sobre un mueble la foto de la madre; la de Eloísa; la de Rosita y la del poeta Lezama Lima. Sofá. Poltronas. Escritorio, televisor tapado con pañito y que hace las veces de bar. Tocabiscos y muebles deben denotar pulcritud y una inmensa nostalgia por el pasado. Sobre la ventana un gran caracol. Un inhalador para el asma sobre el escritorio. Un par de inhaladores más en los muebles. Es una casa cerca al Malecón de La Habana. Al entrar los espectadores se estará escuchando la Sinfonía Número Siete de Beethoven. El poeta con un fajo de papeles mira distraído por la ventana, casi absorto. Bustrofedón cierra la puerta y queda afuera. Después de un momento, Lezama Lima se

da cuenta de los espectadores. Se arregla la bata de casa que trae puesta.

Lezama:

Buenas noches. (*Como pidiendo disculpas*) Beethoven... Beethoven. Hizo de su sordera una indiferencia vagabunda que punteó la corteza de los universales. (*Pausa corta*) *Sinfonía Número Siete*, lejanía, máscara artificial que recorre una ausencia que conduce al peregrino inmóvil que soy, a la impalpable madrugada habanera. A mí dorada muerte de dos lunas. (*Acercándose y dándole la mano a cada uno de los espectadores*) Mucho gusto. Bienvenido. Bienvenido a mi santuario de Delfos, un poco desarreglado... trenzado por las ninfas de la muerte y de la gracia. Mucho gusto. José María Andrés Fernando Lezama Lima, un nombre un poco largo como un lebrel en una oscura caja de cristales. Nombre de anillos y fragmentos de nubes. Mucho gusto. Pueden llamarme el Etrusco de La Habana o Jocelyn, la abreviatura familiar de mi cansado nombre. Pero siéntense. Siéntense, por favor, mi casa es suya. (*Le da un ataque de asma. Busca el inhalador. Se va calmando lento*) El asma... el asma... (*Como pidiendo excusas por su ataque de asma*) Los hombres devuelven el aire en forma de divinidad. La palabra es el don divino que expresamos en la respiración. Cada vez que respiramos nos expresamos en un lenguaje oculto y maravilloso. Respirar es ya hablar. (*Gran silencio. No sabe qué hacer*) Perdónenme, es que tengo mucho tiempo sin conversar. (*Gran silencio*) ¿Cuál es su primer nombre? (*Espera respuesta*) Suena a doctrina que recoge en espiral la mirada para transfor-

marla en mármol. ¿Y el suyo? (*Espera respuesta. Saborea el nombre*) Nombre rápido, como imán untado de luna fría. A tierra navegada por el sueño de un pájaro dormido. (*A otro espectador*) ¿Y el suyo, por favor? (*Espera respuesta*) A cuerpo de flujo calmoso, a aire escogido como un hacha de piedra. (*Igual con otro espectador*) A semilla de lino. Al símbolo de la dádiva. A flota de vino que desea un ángel que lo interprete. (*A otro espectador*) A sorpresa mordida por la luz. A cultivante del rocío. A pianola en el naufragio. A brisa como el Espíritu Santo. Los últimos serán los primeros. (*Va hacia el teléfono. Se cerciora de que esté bien. Se tranquiliza*) Estoy esperando llamada de Eloísa. Tiene tiempo que no me escribe... a lo mejor lo ha hecho. Las cartas se pierden, hacen una transición entre el ciervo y el caballo y a veces no llegan. Hoy espero su llamada. (*Va hacia las fotos*) Esta es mi hermana Eloísa. Ella y yo buscamos, quizá no lo encontremos nunca, el nexo de los prodigios. Lo que yo llamo las excepciones morfológicas que forman parte del rostro de lo invisible. Digo que quizá no lo encontremos porque somos tan sólo dueños de la mitad de cada uno. Yo tengo la mitad que representa las coordenadas o fuerza asociativa de reminiscencias. Ella la visión de reconstruir los fragmentos de un todo. Si yo lograra el nexus de la reminiscencia en el devenir y ella pudiera recordar en su totalidad la fatalidad de cada movimiento, o la necesidad invariable de lo que sucede, lograríamos como una especie de esfera transparente. (*Pausa. Observando la foto de su madre. La toma y*

va con ella hacia la mecedora. Se sienta y se mece. Se detiene) Esta es mi mamá. (*Pausa*) Murió. (*Pausa corta*) El día de las madres nos sentábamos frente al televisor para oír las canciones y el consabido poema de Tejera sobre las madres. Siempre le decía a mamá que era un día que no debía haberse desaparecido, pues en un mismo día ponían a frente de la tristeza de los que lloran la ausencia de su madre y la alegría de los que aún la tienen en la mejor de las compañías. Mamá me decía que siempre las madres ausentes sentirían alegría al ver a sus hijos recordándolas con la fina flor alusiva. (*Pausa corta*) No le faltan nunca flores a su tumba. Todos los domingos le llevo flores, como un homenaje a su pureza y a su virtud. (*Se levanta y va llevando la foto a su sitio*) Yo le decía, qué haré yo sin ti, madre, cuando mueras. Y ella con voz firme me contestaba: «Escribir. Escribir pues naciste para eso». Escribir. (*Coloca la foto. Observa la de Rosita*) Esta era Rosita. Ahora que está muerta, su figura sencilla cobra inusitado tamaño. Qué vida de sacrificio. Qué honda capacidad para soportar el dolor. Desde muy joven empezó a sufrir y a desgarrarse, a chocar con la más despiadada vulgaridad. ¡Ella, que tenía la pureza de una mañana tropical! Ahora es cuando empiezo a darme cuenta del tamaño exquisito de su bondad. Ese fue el misterio de su vida, su depurada capacidad de sacrificio. Como toda persona que actúa dentro de la gracia de la bondad, se llevó para la vida extraterrena tantos signos indescifrables. (*Se abstrae*) El exilio para ella, tanto como para ti, Eloísa, no es la vida que se

muere, es la muerte vivida como un Apocalipsis. (*Va hacia el escritorio. Se sienta*) Al fondo... al fondo estoy yo. (*Toma los papeles sobre los que estaba escribiendo*) Estos... estos son algunos fragmentos de mi *Oppiano Licario*. Será como la segunda parte de mi *Paradiso*. Continúo trabajando... continúo trabajando pero tengo tan pocos estímulos. El mundo entero se ha aprovechado de que en Cuba no existen derechos de autor, para llenarse los bolsillos a costa de mi trabajo intelectual. Todos, desde el dueño de la corneta con toque de queda, hasta el dueño de la roca cortada por el helecho. También el dueño del quitasol, el dueño con paso lento de tango. El dueño que lanza las ediciones de mi *Paradiso* es un nuevo bucanero que rompe las olas en un movimiento mudo de escalpelo. (*Golpea el escritorio y camina molesto hacia la ventana. Pausa*) Yo me quedo encima de esta teja para llenar el azul de mi distancia. (*Toma el caracol. Le pasa la mano. Ahora se lo coloca al oído y mira feliz por la ventana*) Pero... pero a veces quisiera viajar. Viajar y volver porque yo no podría escribir fuera de La Habana. Viajar, pegar mi rostro a la cola del viento para ir donde bailan los delfines con su proa fálica. Ir en la agujeta de un rayo a rozar con mis labios la toronja que avisa una mañana con Dios. Viajar, viajar con mi sonrisa a dar consejos y suspiros. Hacer crecer los montes, los patios, los algarrobos, sí, hacerlos crecer en mi verbo con amarillos, inmensos pájaros irrecuperables del soplo. Rezar, rezar con mi hermana Eloísa. Verla y reírnos sentados en un carrusel de almendras, con pequeños animales de

juguetes... calamares con plumas... pulpitos con cielos en cada pezón... caracoles con campanillas en desbandada y... y... (*Comienza a sacudir el caracol, como si éste se hubiese quedado sin sonido. Pausa. Camina por la habitación*) Pero... pero no me dejan. ¡No me deja Goliat desde su guarida! Ni el gnomo desde su amargor de perro esculpido por la tinta. No me deja el arquero vigilante que ronda a las afuera de la isla y que a cada movimiento de mis párpados prepara sus flechas. ¡No me dejan los que crujen en los sillones! ¡Se desgarran los chales! ¡Los astros se reúnen y consulta el *I Ching* y el *18 Brumario*! ¡Hasta el malecón se inmiscuye! Y dan como veredicto, de que no es marea apropiada para que zarpe... que aún no he sacudido las almohadas... que no he aprendido a seguir el hilo de mi imagen y por último, lo cual es requisito indispensable, que no he logrado fortalecer la mañana habanera porque siempre dejo una nube colgada en mi ventana. (*Le da el ataque de asma. Utiliza el inhalador. Se calma*) Eso... eso han dicho mis escarneadores y yo... yo no tengo más nada que decirles. (*Vuelve a colocar el caracol en su sitio*) Tendré que quedarme en mi casita hasta que Dios mande. (*Pausa corta*) De la visita a Cuba para ver a los familiares, no se ha vuelto a hablar más. Figúrese el alegrón que sería para mí volver a ver a Eloísa en su casita de Trocadero. Pero las visitas de los exiliados están muy lejanas. Cómo disfrutaría hablando con Eloísa de tantas cosas de cielo y tierra. (*Pausa*) Pero permítanme ofrecerles algo. ¿Ron? Sí. Un poquito de ron. Quisiera ofrecerles café,

pero ustedes ya saben. De todos modos el ron es lo único barroco que nos queda. (*Sirve ron a todos. En una copita coloca ron junto a las fotos. Él no bebe*) Existen los cubanos que sufren afuera y los que sufren aún más estando adentro de la quemazón y la pavorosa inquietud de un destino incierto. ¿Tengo algo que ver con los disparates históricos los cuales he tenido que sufrir toda la vida? (*Pausa corta*) Sí, supongo que sí. (*Les convida a brindar*) ¡Por Góngora! (*Pausa corta*) ¿Qué tal? Barroco, no se los dije. Se le aviva a uno la tribu y el español con una jabalina de oro. (*Va al escritorio. Se sienta. Toma los papeles*) Voy a leerles, pero no se preocupen. Seguramente es malo, pero es corto. (*Lee*) «Licario gustaba de una de las delicias de La Habana, darse un paseo en la medianoche por la avenida de El Puerto, cuando había pasado del cuarto copetín. Delicia centifolia si la caminata es por nuestro inviernito. El parque está por entero vacío, los árboles chispean casi en danza el vapor líquido. El paseo comanda cierto aire jupiterino, pues la soledad brincaba si se excepcionaba es para la centella o la muerte». (*Se levanta y camina leyendo*) «La noche como un bulto inapresable se sienta en los bancos, tenaz como una medusa de una nalga, blandura de aurora boreal. Se oyen la boca de los peces en los arrecifes, ingurgitando, tragando y devolviendo. Licario sólo hacía ese paseo, esa prueba, dos o tres veces al año. Necesitaba un aire de invierno, la impulsión báquica, desatada llama sexual, indiferencia por la muerte, verificación, pero el año en que le era imposible su cumplimiento lo

notaba tergiversado, simplón, vacilante. Licario en su juventud, después de su madurez, atravesaba ese parque como si estuviera muerto. Licario pensaba en el Varón de Dios, en San Benito, Patriarca de los monjes de occidente, el que se adhería a la madera cada vez que veía un relámpago. En tiempo de escasez, con una botella de cristal con un poco de aceite, el Varón de Dios ordenó entregar un poco de aceite. Pero el mayordomo en secreto se negó a cumplir la orden. Fue preguntando si había entregado el aceite y dijo que no. Que si lo hubiera entregado todo...» (*Piensa. Emocionado se sienta y escribe*) Que si lo hubiera entregado toda la comunidad hubiera pasado hambre. (*Deja de escribir. Feliz. Ordena los papeles*) Oppiano... Oppiano Licario me falta poco para terminar. (*Suena el teléfono. El poeta Lezama, emocionadísimo, contesta*) Aló... sí... comuníqueme por favor... sí... sí. (*Escucha*) ¡Eloísa, gracias a Dios, eres tú...bien, estoy bien, dime cómo está tu hijo Orlandito! Sí... sí... dile que voy a bajar la luna para que juegue pelota... aló... aló... es que se va la comunicación... sí... sí... Eloísa, es Jocelyn, tu hermano... sí... cómo están todos... Eloy, mándame inhaladores para el asma... aló... aló... (*Grita*) Eloísa, cada día te extraño más... aló... (*Se molesta. Habla con otra persona*) Pero si acaban de comunicarme. (*Irritadísimo*) ¿Que no es culpa de ustedes sino de las líneas que están malas? ¡Comuníqueme! (*Escucha. Se vuelve humilde*) Por favor, comuníqueme... sólo un minuto más... por favor... por favor... sí... entiendo... discúlpeme... (*Cuelga apesadumbrado el teléfono.*)

Le da un feroz ataque de asma que le priva moverse. Pide con gestos el inhalador. Inhala. Se calma un poco. Reprime un gran grito y llora quedo. Gran silencio) Las arañas... las arañas segregan su tela igual que los poetas para crearse un espacio y así se acercan al hombre para escucharles sus conversaciones. Yo... yo tengo mi araña... que me acompaña, geometrizando mi angustia. Yo... yo le hablo. Yo la he bautizado Ecohé. Le hablo y le digo: Ecohé... ¿qué es una revolución? ¿Qué es un homosexual? ¿Qué es una revolución y un homosexual, Ecohé? Y... y ella calla... y en su silencio me dice que revolución y homosexualidad es el suplicio de un caballo que sopla a las lluvias, que se recorren dos cuerpos iguales en la sorpresa de una nueva dialéctica y... eso. ¿Eso no es un cambio, Ecohé? ¿Una transformación, Ecohé? La revolución en dos pechos humanos con signos de destierro. El escoger, Ecohé, escoger, el cuerpo y el amor que se harán llave breve y llama suave, amarse a escondidas de un préstamo de gloria y bifurcarse y acogernos a nuestra propia mansión en esa piel... en ese río o en ese pene que te conduce a una extensión más ciega del imperio, a un sigiloso juego de timbres y de jarras, arenado, hinchado, excitados los escrotos como dos campanas que tocan *Hosannas*. ¡Eso, eso Ecohé, escoger a quien lanzarle nuestra brizna de amor con techo de pesadumbres! ¡Eso es una revolución y un homosexual, eso, ya no estar mudo! No ser un huerto cerrado de tantos abismos y alcanzar el cuerpo de Cristo que no nos rehúye, sino que nos recibe como amantes. Eso es revolu-

ción y homosexualidad... tomar a puños las estrellas y dárnosla en copitos de arena sobre una playa en corto viaje hacia la eternidad... eso... eso. (*Pausa. Comienza a golpearse el pecho*) *Agnus Dei. Qui tollis peccata mundi. Miserere Nobis. (Llora) Agnus Dei. Qui Tollis Peccata Mundi. Miserere Nobis. (Se golpea más fuerte) Agnus Dei. Qui Tollis Peccata Mundi. (Se calma) Dona Nobis Pacem. (Gran silencio. Pide algo inexplicable con las manos. Ahora va hacia el tocadiscos. Vuelve a colocar la música del principio. Se dirige a una espectadora)* Por favor... por favor... baila conmigo... (*Baila con la espectadora la música de Beethoven. Recita*) La música divide las hojas, el otoño condecora al organillero. De pronto, el hormiguero sonríe, para que escojas. (*Bailando se dirige al retrato de la madre*) Es el baile para mi soledad, mamá. (*Baila un poco más. Suelta a la espectadora*) No somos dioses y temblamos. Temblamos porque nos pesa el cáliz que hemos tenido que apurar. No podemos apoderarnos de su profundo sentido y nos derrumbamos y... y... ahora, como curar un corazón herido. (*El poeta abre la puerta y les indica la salida*) Recen... recen... porque pueda vencer esta tristeza... recen... recen...

El poeta Lezama deja la puerta abierta. Va hacia el tocadiscos y le da todo el volumen. Camina ahora hacia la ventana, observa por un momento. Va ahora hacia su mecedora y se sienta a contemplar el techo. Bustrofedón cierra la puerta del poeta.

Bustrofedon:

La madre fue nuestro primer Paraíso... y ahora, la casa... la casa está sin llaves... nuestro nuevo Paraíso tiene desiertos... la casa está sin llaves, al fondo la cerradura murmura... y nos dicen: Vengan, vengan porque desde estos Desiertos del Paraíso se puede ver el respirar del mundo... (*Abre la puerta que da a la calle*) Gracias... gracias por visitarnos.

FIN

Hay que comerse a Rita

*Para Luciana, por esta Pandilla
del Buen Comer.*

Hay que comerse a Rita

PERSONAJES

Gerry

Antonio

Yuleisi

Luciana

Graciela

ESCENOGRAFÍA

El escenario estará dividido por áreas que se iluminarán a su debido tiempo, para que la acción no se detenga y todo transcurra sin interrupción.

Área 1:

Se llevarán a cabo las escenas 1, 2, 3, 16, 17, 18, 19, 20 y 21; correspondientes al 11 de abril del 2002. Es la casa de Graciela, ubicada en una colina. Comedor, sala de recibo. Un gran televisor que mira hacia el espectador. Cerca, un teléfono inalámbrico que tiene altavoz para manos libres. En sitio privilegiado para que pueda ser visto por el espectador, un tubo para pole dance, de los utilizados en el ámbito de los strip clubs. El tubo ya está deteriorado por la falta de uso. Un pasillo que dará hacia la cocina, el baño y la habitación de Graciela. Otro pasillo que conducirá hacia la puerta de la calle. Ventanal que da hacia el aeropuerto de La Carlota y se puede ver la ciudad

de Caracas. Todo indica un hogar de clase media alta. Atención, no debe haber cuadros ni retratos en las paredes, pues retardarían la acción. Es de día.

En esa misma área 1 se desarrollarán las escenas 6, 7, 10, 11, 12, 13 y 14: correspondientes al martes 4 de febrero de 1992. En estas escenas, salvo el tubo de pole dance, no habrá muebles y todo será cajas de mudanza reciente. Es de noche.

Area 2:

Se llevará a cabo la escena 4, correspondiente al 6 de agosto de 1982. En el fondo, sólo habrá una bandera de Venezuela con las siete estrellas y, adelante, un pódium con su respectivo micrófono para dictar una conferencia. Es de día.

En esa misma área 2 se escenificará la escena 15, correspondiente al 4 de febrero de 1999. Ahora será un cementerio. Todo verde. Solamente se ve la lápida de Gerry. Está limpia. Tiene un jarrón con flores frescas. Es de día.

Area 3:

Se llevarán a cabo las escenas 5, 8 y 9 en la misma fecha del 6 de agosto de 1982. Es solamente la fachada de un edificio de clase media, de cuatro pisos, donde se pueden ver las ventanas. Es de noche.

ESCENA 1

ÁREA 1

11 DE ABRIL DEL 2002

Es de día. Antonio, Luciana y Yuleisi estarán estáticos en su sitio con sus respectivos movimientos congelados.

Antonio, sentado frente a un atril con una partitura, tiene colocados unos audífonos. Lleva una bufanda y un traje informal. Luciana viene de la cocina con una bandeja de exquisitos manjares, hacia la mesa del comedor. Viste pantalón, camisa y corbata de piloto de avión. Sobre un perchero el paltó y la gorra de capitán de aviación. Yuleisi está sentada al piso, envolviendo regalos. Viste de manera sencilla con una amplia falda de flores y blusa blanca. Lleva collares y pulseras de las que venden las tiendas esotéricas.

En el piso hay un cochecito de niña, de última moda.

ESCENA 2

De la habitación de Graciela, entra Gerry al centro de la escena. Viste bluejeans y franela.

Gerry: *(Al público)* Bienvenidos a la historia de la Pandilla Del Buen Comer. Hoy se ha reunido para el baby shower de Graciela, mi más íntima y querida amiga más allá del tiempo... de la distancia... de la muerte. En este momento ella está en su cuarto, reposando

porque ya entró al noveno mes de embarazo. ¡Por fin voy a ser tío! ¡La Pandilla del Buen Comer! Así nos hemos llamado desde que estudiábamos en la universidad. Siempre visitábamos los mejores restaurantes. Apenas inauguraban uno, ahí estábamos degustando y... criticando, por supuesto. Siempre teníamos alguna excusa para ir a comer todos juntos, que si un viaje, que si las notas de la universidad. Ah, y los cumpleaños no es que los celebrábamos el mismo día, comenzábamos una semana antes a reunirnos para comer. Era como una fiesta patronal de cumpleaños. Cuando no íbamos a un restaurant, nos reuníamos en casa de alguno de nosotros y cocinábamos. Somos habitantes del país de la buena mesa. Eso de que todos cocinábamos, es un decir. En realidad, la que mejor cocina es Rita, tanto así que montó un restaurant. Ese que ven ahí es Antonio, no cocina ni agua hervida. Ella es Luciana, es de origen italiano y por ello se aplica en lo que son las pastas, salsas y las respectivas bebidas para su acompañamiento; es experta en los maridajes de licores con cualquier tipo de comida. Ella es Yuleisi y su especialidad son las ensaladas según el color que corresponda a ese día; es una esotérica de los vegetales y sus vibraciones cósmicas en nuestro cuerpo. Graciela es más bien de entremeses, de tapas, de refrigerios rápidos. Y yo, más o menos le doy a la pastelería, a los dulces. Claro, con la receta en mano. *(Pausa)* Hoy, once de abril del año dos mil dos, será la última vez que se reunirá La Pandilla del Buen Comer, aunque ellos aún no lo saben. Después de

este día, ninguno volverá a ser el mismo. ¿Yo? Yo soy simplemente Gerry. Ahora, que comience la historia y buen provecho.

Inmediatamente se escucha «La donna è mobile», aria de la ópera Rigoletto de Giuseppe Verdi (1851) en la voz de Luciano Pavarotti. Los personajes recobran su movilidad y desplazamientos. Antonio, concentrado, canta en silencio y estudia el aria mientras dirige con una pequeña batuta. Luciana coloca la bandeja sobre la mesa y busca que armonice con las otras. Agarra una botella de vino y termina de llenar una copa tipo flauta que ya estaba ahí. Se bebe el vino de una sola vez. Al terminar, comienza nuevamente a servirse para continuar bebiendo. Yuleisi permanece sentada al suelo envolviendo regalos. Gerry, como tratando de que no lo vean, va hacia el pasador del aire acondicionado y lo pone al máximo frío. Antonio, de inmediato, comienza a sentir la molestia del aire acondicionado. Gerry huye, sonriendo, y entra a la habitación de Graciela, dejando la puerta abierta.

El frío es tan intenso para Antonio que se protege el cuello con la bufanda. No aguanta más y se quita los audífonos. Al quitárselos, de inmediato dejamos de escuchar el aria.

Antonio: (Alzando la voz) Luciana, ¿podrías bajar la temperatura del aire acondicionado?

Luciana: No grites, Antonio. No quiero que Graciela se despierte sobresaltada de su siesta.

Yuleisi: *(Deja lo que está haciendo y se levanta del piso)*
Ay, el escalofrío. No se alarmen, pero me ha estremecido un presentimiento de que algo terrible va a pasar, pero no lo ubico. Siento que la vejiga se me va a empezar a llenar.

Yuleisi camina un poco, respira profundo y dice por lo bajo, tres veces «om», hasta que deja de sentir el malestar.

Antonio: *(Yendo hacia donde está la bandeja con manjares)*
No grité. Es la costumbre de proyectar la voz. *(A Yuleisi)* Con tal de que no te vuelvas a hacer pipí encima, todo está bien.

Yuleisi: No lo hago porque quiero, es parte de mis vaticinios.

Antonio: Tú y tus vaticinios y adivinaciones. Deberías ir más bien a un urólogo. *(Come de las diferentes bandejas, con gula)*

Luciana: O tomarte un whisky en las rocas, a mí de inmediato me relaja y me quita cualquiera angustia. Listo, ya lo coloqué al mínimo. *(A Yuleisi)* ¡Salud, Monique, que se vayan todos los malos augurios! *(Bebe)*

Antonio: *(Murmura por la bajo)* Monique. Qué ridiculez. *(Come)*

Yuleisi ha llegado donde está el atril con la partitura y se queda mirándola.

Yuleisi: Toñito, cuando lees ahí, ¿entiendes?

- Antonio:** (*Comiendo*) Por supuesto, para eso estudié italiano.
- Luciana:** Y lo estudió conmigo, yo le enseñé.
- Yuleisi:** No me refiero a eso. Sino a lo otro, a lo que está entre las líneas, a esos signos.
- Antonio:** Evidentemente. Cómo puede un tenor no saber teoría y solfeo.
- Yuleisi:** Así que estos símbolos, también están escritos en italiano.
- Antonio:** No, pero qué barbaridad estás diciendo.
- Luciana:** Está escrito en música. (*A Yuleisi*) ¡Salud! (*Bebe*)
- Yuleisi:** ¿En música?
- Antonio:** En notas musicales. Si has estudiado música, así seas alemán, inglés o ruso, las vas a comprender. La música es un lenguaje universal. Una fusa, una corchea, una clave de sol, es lo mismo aquí que en la Conchinchina. Valen lo mismo. ¿Entendiste?
- Yuleisi:** (*Pausa corta*) Este... Sí.
- Antonio:** (*Ríe*) Ese sí, parece más bien un no.
- Luciana:** Estas copas tipo flauta las están haciendo cada día más pequeñas.
- Descorcha otra botella y ahora se sirve en una copa de las llamadas estilo balón hasta llenarla casi a ras. Bebe.*

- Yuleisi:** Es que estoy pensando una cosa.
- Antonio:** ¿Qué cosa?
- Yuleisi:** En que si es un lenguaje universal, como dices, todos en la tierra deberían hablar música. ¿Te imaginas si todas las personas, los políticos, los militares, toda la gente de esos países que se la pasan guerreando hablaran música? Estoy segura que se entenderían y habría paz en el mundo.
- Antonio:** Se te ocurren unas cosas más... extrañas.
- Luciana:** ¿Extrañas? Hermosísimas diría yo.
- Antonio:** Hermosísimas. Sí, seguro, luego de beberte ya dos botellas de vino, todo se vuelve hermosísimo para ti.
- Luciana:** Yo no vigilo cuando te atiborras de comida como un troglodita. Yo siempre he controlado la bebida y no ella a mí. Además, no tengo ningún vuelo sino hasta dentro de una semana. Tres días antes de pilotear, ni huelo el licor. Soy muy responsable.
- Antonio:** (*Tirita de frío*) Esto sigue como un congelador.
- Luciana:** Listo. Ya lo apagué para que no te quejes.
- Yuleisi:** Por mí que permanezca apagado y abramos las ventanas. El aire acondicionado daña la capa de ozono.
- Antonio:** Y sobre todo perjudica la coloratura de mi voz.

Yuleisi: ¡Coloratura, qué palabra tan linda! ¿Es una palabra del lenguaje musical universal, verdad?

Antonio: (*A Yuleisi*) Luego te la explico, ahorita tengo un ataque feroz de hambre. Debió ser el frío del aire acondicionado. (*Come*)

Yuleisi: ¿Qué te parece, Luciana? Nuestro Toñito, de Ingeniero Civil a cantante que habla música con coloratura.

Antonio: ¡Tenor, Yuleisi! ¡Tenor de ópera! Cantante es cualquiera.

Yuleisi: Yuleisi no. Monique.

Antonio: Qué manía la tuya de cambiarte de nombre. Eso sólo lo hacemos nosotros los artistas.

Luciana: Ella también es una artista.

Antonio: ¿Artista? Discúlpame, pero ella de químico pasó a espiritista.

Yuleisi: Ninguna espiritista. ¡Alquimista! Luego aprendí astrología, después experimenté con la acupuntura y posteriormente imposición de manos para la curación. Me especialicé en la lectura del Tarot y, por si eso fuera poco, permíteme decirte que soy la única acreditada en este país para hacer regresiones a vidas pasadas. Así que ninguna espiritista. Estaba esperando que estuviésemos todos para anunciarles lo que voy a hacer, pero ya que me llamaste despectivamente espiritista, te adelanto que la otra semana me voy al Amazonas

a estudiar los fenómenos de ufología. Ya es algo documentado que los ovnis están apareciendo mucho por allá.

Luciana: ¿Lo ves? Ella es una artista astral. (*Brinda*) ¡Salud!

Antonio: (*A Luciana*) Artista astral, no hayas que inventarle. (*A Yuleisi*) ¿Al Amazonas? Te voy a decir algo porque sabes muy bien que te quiero y no deseo que te engañen, pero eso de los platillos voladores, de los marcianos, todas esas cosas no son más que patrañas.

Yuleisi: ¿Patrañas? Pues te diré que ya está comprobado que los ovnis son ángeles. Aparecen en la Biblia y, lo que es más importante, ya hay reportajes científicos en History Channel.

Luciana: Aquí les serví un vinito que traje de Italia, un Prosecco, es una maravilla cuando se trata de hablar de seres de otros planetas. (*Bebe toda su copa balón y las otras dos copas, estilo flauta, quedan servidas en la mesa*)

Antonio: Sí, me imagino que ya andas por Júpiter con todo el vino que has tragado. Además, Luciana, eso de artista astral no existe, así que lo de cambiarse el nombre por el de Monique, es un disparate. Los verdaderos artistas somos los únicos que podemos cambiarnos el nombre porque, sobre el escenario, somos otros, somos titanes, únicos.

Yuleisi: En realidad me cambié el nombre porque mi Ángel Guía me lo recomendó.

Luciana: Bueno, ya que no quieren, me beberé el Prosecco de ustedes, no quiero que se pierda. *(Se va bebiendo las dos copas que les ofreció)*

Antonio: ¿Un ángel te lo recomendó? ¡Qué locura! ¿Y se puede saber por qué ese ángel te invitó cambiarte el nombre?

Yuleisi: Pues mi Ángel Guía me dijo en una revelación mientras yo dormía, que, para todo lo que es esotérico, en este país no es lo mismo llamarse Yuleisi que Monique. Me dijo, llámame Monique y ya verás. Y así lo hice. Fíjate que como Yuleisi nadie iba a mis consultas. Pero bastó y sobró que le cambiara el nombre a mi consultorio por el de Monique Proyecciones Astrales, y de seguidas no me di abasto con tantas consultas. Artistas, médicos, políticos, militares y hasta exministros tengo como pacientes y en lista de espera muchos más. Ahora soy independiente económicamente. Le monté una casa con platabanda y todo a mis abuelos en Barlovento y puedo viajar a cualquier congreso espiritual del mundo, sin tener que pedirle prestado a ustedes.

Luciana: La verdad es una cosa y no se puede negar. Ese ángel tuyo tiene muy buen gusto para los nombres. Monique a mí me suena encantador, tiene lo que dicen los franceses... *charme, bon goût, raffinement*. ¡Viva la Revolución Francesa! ¡Salud! *(Bebe)* Por cierto, que también traje un vinito francés, creo que un tinto de Burdeos, no recuerdo. Por aquí abajo debe estar. *(Se agacha a buscar debajo de la mesa)*

Cada quien sigue en lo suyo. Antonio vuelve a su atril, pero esta vez no se coloca los audífonos. Canta, en voz baja, una parte del aria.

Luciana: *(Saliendo debajo de la mesa y comenzando a descorchar)* Listo. Este es. ¿Quieres una copita, Antonio?

Antonio: No, gracias, no quiero llegar hoy a Los Ángeles y mañana no poder cantar en la audición que van a hacer Luciano Pavarotti, Plácido Domingo y... y... el otro... qué vaina...

Luciana: José Carreras.

Antonio: Siempre se me olvida su nombre.

Luciana: A ti solamente no, a todo el mundo. Este es un Medoc, Grand Cru De Bordeaux. Se dice que el gran tenor Enrico Caruso, se tomaba media copita antes de salir a cantar.

Antonio: Nunca oí nada de eso. Además, Caruso era italiano, de Nápoles, por qué iba a estar bebiendo un vino francés. Esos son mitos que inventa la gente. ¡Pero qué hambre! Espero que Rita traiga de una buena vez ese pato laqueado que prometió. Si se retrasa, como siempre, hay que comerse a Rita para que aprenda a llegar a tiempo.

Luciana: Pero come de estos entremeses que preparó Graciela y lo degustas con el Medoc. Te aseguro que este caldo Medoc, tiene un color, una textura, un olor y un saborcillo que complacería a los dioses.

- Yuleisi:** ¿No escuchaste que no puede beber? Le afectaría la coloratura del lenguaje musical. Ah, Toñito, pero esta ensalada de rúcula con piña y almendras tostadas, te aplacarán el hambre. Y luego bebes de este jugo de limón con jengibre y agua de rosas.
- Antonio:** Sí, picaré alguito de cada cosa. (*Comiendo mucho. Luego bebe jugo*) El jugo es una maravilla, exquisito. Además no hay nada mejor que el jengibre para las cuerdas bucales.
- Yuleisi:** Ni para la coloratura, la desinfecta en un dos por tres.
- Antonio:** En verdad que, al apenas tener tiempo, me sentaré a explicarte lo de la coloratura porque no estás utilizando la palabra muy bien que digamos. ¡Qué broma con Rita que no llega!
- Yuleisi:** Le mandaré vibraciones mentales para que se venga ya.
- Antonio:** (*Comiendo*) Yo creo que mejor la llamas a su celular, porque Rita debe tener sus vibraciones en modo de espera. (*Ríe. Come*)
- Luciana:** Ella está cerca, ahí mismo, en la concentración.
- Antonio:** (*Comiendo*) ¿Cuál concentración?
- Luciana:** La concentración que tienen en PdVSA por los despidos de los gerentes petroleros que hizo el presidente Chávez por televisión.

- Antonio:** ¿Y qué tiene que ver Rita con los gerentes petroleros? (*Sigue comiendo*)
- Yuleisi:** Fue a llevarle comida a Rigoberto, quien es uno de los que expulsaron. De ahí se venía para acá. (*Bebe*)
- Antonio:** ¿A Rigoberto? ¿Al anterior esposo de Graciela?
- Luciana:** Sí, a la bestia.
- Antonio:** Rita tiene que definirse. No se puede ser amigo de alguien que le hizo tanto daño a un ser tan bueno como Graciela.
- Luciana:** Estoy de acuerdo contigo, pero Rita no me hace caso.
- Antonio:** Así sería el daño que le hizo, que jamás Graciela habló de ello. Al menos a mí no me contó nada ¿y a ti?
- Luciana:** (*Brinda*) ¡Salud! (*Bebe*) Ni una palabra. Cuando lo supe, ya Graciela había echado a Rigoberto a la calle, le había lanzado todas sus cosas por la ventana y buscó a la hermana de Rita que es abogado para que le hiciera el divorcio.
- Antonio:** Así que despidieron a Rigoberto. Bien hecho. ¿Por qué no me pasas ese rollito de jamón pata negra con trufas que luce apetitoso? Yo no sabía nada de esos despidos. Como me radiqué en Miami, con Green Card y demás, me desprendí de este país y estoy dedicado a mi Bel Canto. Sólo vengo por ustedes y a cobrar lo que produce la hacienda que

heredé de papá. Desde un principio supe que un tipo tan de mal gusto, tan mal vestido y sobre todo tan mal hablado, como presidente, no le traería nada bueno a Venezuela. (*Come*) Por cierto, el señor ese, el nuevo esposo de Graciela, ¿no viene al Baby Shower de su propia hija?

Luciana: (*Riendo*) Felipe... Felipe Madrid.

Yuleisi: (*Riendo*) Deja ya los celos, Toñito.

Antonio: ¡Ningunos celos! Es que aquí entre nos, ella merecía otro esposo... uno con más futuro, no un fotógrafo de fiestas de cumpleaños que no tiene dónde caerse muerto, mientras que Graciela es una empresaria exitosa.

Luciana: Toñito, no hables de lo que no sabes. Graciela lo ama y quería casarse y más cuando supo que estaba embarazada.

Yuleisi: Él aceptó con la única condición de que se casarían con separación de bienes.

Luciana: Además, él no es fotógrafo de fiestas de cumpleaños, es reportero gráfico. ¡Final del Medoc! Me voy a dar un respirito porque tomar sola es un fastidio. Esperaré a Rita que es de buen beber, pero mientras un shot de Grappa para hacer llevadera la espera. (*Se lo sirve y comienza a tomárselo lentamente*)

Antonio: A mí me parece un tipo descortés. Ni siquiera nos preguntó qué nos parecía el nombre para la niña, sino que listo, le puso Esperanza.

- Luciana:** Él nada tuvo que ver con el nombre. Fue Graciela quien le manifestó de manera tajante: «Se llamará Esperanza». Y listo. Él ni discutió.
- Yuleisi:** Tú sabes cómo es Graciela, si ya lo había decidido no habría forma de hacerla cambiar de parecer.
- Suena el teléfono. Luciana contesta.*
- Luciana:** ¿Aló? (*Escucha*) Rita, hija, por fin. Te e... esta... (*Escucha*) ¿Qué? (*Escucha*) Cálmate... cálmate... si hablas así de rápido no te entiendo...
- Yuleisi:** Ay, ay, se me está llenando la vejiga. Me estoy sintiendo mal. ¡Om!
- Antonio:** ¡Dile que traiga de una buena vez el pato laqueado!
- Luciana:** (*Escucha*) No, no estoy bebiendo. Te lo juro. Es que Antonio y Monique, no me dejan oír. (*Escucha*) ¿Qué? ¿Estás llegando al hospital? ¿Qué? No puede ser... ¿le dispararon?
- Antonio:** ¿A quién le dispararon?
- Luciana:** (*Escucha*) ¿En la televisión? (*A Antonio*) Prende la televisión, parece que los chavistas le están disparando a la concentración.
- Antonio:** ¿Los chavistas se vinieron para Chuao a dispararles a los gerentes petroleros? ¡Son unos desgraciados! ¡Pura chusma! (*Va hacia la mesa y trae una bandeja grande de entremeses y se sienta a comer frente al televisor apagado*)

Yuleisi: Om... Om... Om, no aguanto la vejiga... Om.

Luciana: Un momento, Rita, coloco el teléfono en manos libres porque aquí no hay nadie que encienda el televisor.

Luciana coloca el teléfono en manos libres. Enciende el televisor. Antonio mira la televisión mientras come con gula.

Yuleisi camina repitiendo el mantra «om» y luego se sienta al lado de Antonio, con las piernas entrecruzadas y haciendo un esfuerzo grande para no orinarse.

En la televisión vemos la imagen de una multitud en el centro de Caracas. Vemos la secuencia donde el fotógrafo Tortosa cae fatalmente herido por un francotirador. De seguidas, una persona disparando y protegiéndose junto con otras desde el puente Llaguno. Inmediatamente repiten la imagen del fotógrafo Tortosa cayendo muerto. De nuevo repiten la imagen de una persona disparando y protegiéndose junto con otras en el puente Llaguno. Luego vemos a una mujer con franela amarilla a quien el cabello se le vuela hacia atrás y cae víctima de otro disparo. De inmediato, retoman la misma imagen del hombre disparando y protegiéndose junto con otras desde puente Llaguno. Mientras Rita, desde el teléfono, dice insistente: «Aló, aló».

Rita: (Voz desde el teléfono) ¿Aló? ¿Aló? ¿Lo están viendo? Lo pasan a cada rato. ¿Ven cómo le disparan a la gente desarmada? ¿Ven cómo mataron a ese señor fotógrafo?

Antonio: ¡Coño, que alguien haga algo! Esos zarrapastrosos chavistas están matando a todos. (*Come desafortadamente*)

Luciana: Pero no sale Felipe. ¿Cómo sabes que también le dispararon a Felipe?

Rita: (*Voz desde el teléfono*) Bueno, es que yo llamé a Felipe para saber cómo estaba, pero me contestó una periodista que andaba con él. Me dijo que a Felipe le dispararon en la cabeza y que lo habían llevado al hospital de Catia, sobre una moto. Pobrecito.

Yuleisi: Ay, ay, ay, tengo que ir al baño. Tengo que orinar. Ya yo tenía un presentimiento terrible desde que llegué. Felipe murió. Los espíritus me lo acaban de decir. (*Corriendo hacia el baño*) Me orino, me orino, me orino. (*Sale*)

Rita: (*Voz desde el teléfono*) Ya llegué al hospital de Catia. Esto es una loquetera de gente corriendo y ambulancias y motos. Ojala la periodista se haya equivocado. Ay... ay... (*Grita de dolor*) Ay, Felipe... Felipe...

ESCENA 3

Entra Graciela, que se queda parada a la entrada de la habitación sin entender lo que sucede. Está embarazada y se soba el vientre con una mano y con la otra se sostiene en el umbral de la puerta.

Graciela: ¿Qué pasa con Felipe?

Se congela la escena 3.

Apagón rápido en área 1.

ESCENA 4

ÁREA 2

6 de agosto de 1982. Se ilumina de inmediato área 2. Es de día. Entra Gerry, con toga, birrete y medalla. Lleva una pequeña, labrada y exquisita, botella de plata en una mano y en la otra una carpeta con los papeles de su discurso. Camina erguido hacia el pódium, pero se puede notar que ha bebido. Se escuchan aplausos. Se coloca tras el pódium, revisa micrófono.

Gerry:

Aló... aló... probando... Gracias... gracias... (*Abre la carpeta con los papeles del discurso. Lee*) Ilustre presidente de la República de Venezuela, admirado Rector y autoridades que lo acompañan; condiscípulos que hoy 6 de agosto de 1982 nos estamos graduando de ingenieros, amigos todos. Por haberme graduado Suma Cum Laude, me toca a mí decir el discurso a nombre de todos mis condiscípulos. (*Lee*) «¿Qué es un ingeniero? Existe una pequeña controversia en cuanto se refiere al término ingeniero. Algunos dicen que viene de “ingenioso”, en un sentido de capacidad mental de innovación, mientras otros afirman que proviene de constructores italianos de “ingenios” (máquinas de guerra). Algunos sostienen que deriva de la palabra en latín...» (*Da un traspie, se le caen los papeles del discurso. Se agacha a recogerlos.*

Aprovecha para beber de la pequeña botella de plata. Trata de ordenar los papeles en la carpeta mientras permanece hablando) Sí, me gradué Suma Cum Laude, yo, que nunca me gustó la ingeniería ni para remedio. Me gradué porque tenía que seguir la tradición familiar por parte de mi padre... pero más que eso, se lo había prometido a mi madre. Mi madre era una santa. Ella dio a luz, seguiditos, a dos varones, a una hembra, y a mí. *(Se escuchan carcajadas)* ¿No entiendo por qué se ríen? Ah, sí claro, ahora sí entiendo. *(Ríe)* En realidad no quise decir eso. *(Bebe)* Le prometí a mi mamá que me graduaría y aquí estoy. Ya cumplí. Mi madre murió el año pasado. *(Bebe)* Disculpen... es para darme valor... no acostumbro a hablar en público... *(Risas del público)* En realidad jamás lo había hecho. Mi papá sí. Él es, como todos ustedes saben, el Rector. Bendición, papá. Sí, ese es mi papá... es un gran ingeniero y arquitecto, como lo fueron mi abuelo, mi bisabuelo, mi tatarabuelo, y hasta mis tíos. Pero mi papá creo que es mejor que todos ellos juntos, pues ha diseñado y construido palacios, edificios, casas, urbanizaciones y hasta mansiones para cuando los presidentes de Venezuela se retiran, no aquí, en otras partes del mundo. Mi papá, toda su vida ha estado construyendo algo... creo que hasta construyó las Cuevas de Altamira. *(Se escuchan risas. Bebe)* Nunca estaba en casa. *(Arreglando los papeles)* Es que, como mi papa estaba construyendo el mundo, nunca lo veía. A mi mamá sí. Se murió el año pasado. Creo que ya lo dije. *(Bebe. Se levanta y se*

fija en alguien del público) Hola Luciana. Se graduó de ingeniero aeronáutico. Ella ama volar. Ya pronto estudiará para piloto. ¿A quién más logro ver? Sí, ahí está. Se llama Graciela. Es mi más grande amiga, nos queremos como hermanas, digo, como hermanos. *(Risas. Bebe)* Se está graduando de ingeniero civil. Ah, y a su lado, Rigoberto Mujica, su novio. Ella lo llama su Príncipe Azul. Él se gradúa de ingeniero petrolero. Mujica, eres igualítico a tu papá, no en lo físico, no, no te pareces mucho. Sino en lo apendejeado que estás. Tú sabes que en el petróleo es que está el biyuyo. Estás agüevoniaíto, Mujica. *(Ríe. Se escuchan risas)* El papá de Rigoberto, quien hoy nos hace el honor de acompañarnos, es el ministro del Petróleo. ¡Salud, ministro! *(Bebe)* ¡Un aplauso para el ministro! *(Se escuchan risas. Uno que otro aplauso. Toses que denotan incomodidad)* A ver, a ver, ingeniero Graciela e ingeniero Rigoberto Mujica, ya que la próxima semana se casarán, deberían saber la respuesta a esta pregunta para que su matrimonio sea feliz. ¿Cuál es la diferencia entre los ingenieros mecánicos y los ingenieros civiles? *(Espera)* Ya Rigoberto se rindió y me está diciendo con la cabeza que no sabe. Ah, pero el ingeniero Graciela me está amenazando con el puño. Así es ella. Prepárate Rigoberto, lo que te espera. Mi amiga es de armas tomar. Es buzo, cinta negra en karate, se lanza en Ícaro, esquía en nieve desde montañas altísimas, maneja bicicleta montañera, hace rapel, y pronto será paracaidista. Para Graciela ningún deporte de riesgo le es ajeno.

(Risas del público) Es muy fácil saber la diferencia entre los ingenieros mecánicos y los ingenieros civiles. Los ingenieros mecánicos construyen armas y los ingenieros civiles construyen los blancos. *(Risas del público. Nota a alguien entre el público)* Ahí está la ingeniero químico Yuleisi Pérez. Ella, más que yo, se merece estar aquí arriba hablándoles a ustedes. Yuleisi es de Barlovento. Estudió en una escuela y un liceo público y optó por una beca para esta carísima universidad y la ganó. Que ella sea de Barlovento es importante por el esfuerzo. ¿Ustedes se imaginan levantarse de madrugada y venir a Caracas, a la universidad, sin faltar ni un solo día? Y no sólo eso, al mediodía trabaja en el cafetín de la universidad. Solamente por dos puntos que saqué en mis notas más que ella, es que estoy hoy acá. Te regalo mis puntos, Yuleisi. Tú eres mejor que yo. Mejor que todos los que nos estamos graduando. Ajá, no te me escondas, Antonio, que ya te vi. Antonio es mi mejor amigo. Sí, ese, el que casi se está hundiendo en la butaca para que yo no hable de él. Canta como un canario. Se graduó de ingeniero civil. No, no te escondas, no te haré ninguna pregunta, yo respeto tu seriedad. *(El público ríe. Bebe)* Ah, Antonio, yo sabía que tenía que contarte algo. Fíjate que el otro día defendí nuestra profesión porque, en la plaza del rectorado, estaban discutiendo, sobre Dios y el diseño del cuerpo humano, un estudiante de ingeniería mecánica y otro de ingeniería eléctrica. Uno afirmaba que Dios era un ingeniero mecánico, que se diera

cuenta de lo perfecto de las articulaciones, de los huesos, de las manos, del esqueleto. Ah, pero el estudiante de ingeniería eléctrica le replicaba que no, que Dios era un ingeniero eléctrico, que se fijara en el sistema nervioso, en lo complejo del cerebro. Entonces yo intervine, Antonio, y les dije que no, que Dios era un ingeniero civil pues a quién más se le podía ocurrir poner un desagüe tóxico al lado de un área recreativa. (*Risas. Aplausos. Más risas. Toma los papeles, los utiliza como visor. Llama*) ¡Rita! ¡Rita! ¡Ingeniero Rita! (*Bebe*) Ni para su graduación llega a tiempo. Seguro que terminó tarde de cocinar. Esta noche vamos a comer a su casa para celebrar. Es una cena exclusiva para La Pandilla del Buen Comer, para nosotros pues. Así nos llamamos. La Pandilla del Buen Comer. Somos como usted, excelentísimo presidente de la República. Sí, miren cómo se ríe, picarón. Todos saben que usted no lo piensa dos veces cuando de comer se trata. Es más, mi papá, cuando usted lo va a visitar, llama a tres chefs porque usted le da duro a la papa. Fíjense que una vez, el señor presidente nos visitó en la hacienda y mi papá mandó a sacrificar una ternera y de vainitas no se la comió él solo. Digo, de vainitas no se la comió el presidente, no mi papá. (*Se escuchan risas, carcajadas. Gerry aprovecha y se toma un trago largo*) A ver, a ver. (*Llama*) ¡Rita! (*Espera. Bebe*) Cocina divino, la ingeniero Rita. Pero, más que eso, tiene un cuerpazo Rita. Ella... ella es como la definición matemática de lo que es una mujer. Ella es un conjunto de curvas peligrosas que ponen

recta una parábola. (Más risas. Aplausos) Bueno, ahora sí. Voy a seguir, porque Rita no aparece y todos queremos irnos a celebrar. (Lee) «¿Qué es un ingeniero? Existe una pequeña controversia en cuanto se refiere al término Ingeniero...» (Lanza los papeles al aire) ¡Pura paja! (Bebe) ¿Sabén en verdad qué somos los ingenieros? ¡Prostitutas! Sí, es verdad, fíjense, trabajamos en horas extrañas. Trabajamos hasta tarde. Generalmente somos más productivos por la noche y nos pagan para mantener al cliente feliz. ¡Como las prostitutas! El cliente paga mucho más, pero nuestro jefe se queda con casi todo el dinero. ¡Como las prostitutas! Nos recompensan por satisfacer las fantasías de los clientes. Tienes que brindarles servicios gratis a tu jefe, amigos y familiares. ¡Como las prostitutas! (Risas. Aplausos) Hey, hey, señor presidente, para dónde va, la cosa no es con usted. Usted no es ingeniero, usted es abogado. No se vaya. Pero... pero presidente, quédese, no se ofenda conmigo, en todo caso oféndase con mi papá que le puso el sobre nombre de Toronto. Sí, fue él, dice que a usted no se le puede abrazar porque en el lado izquierdo del paltó guarda como cien torontos y si uno lo abraza se le aplastan. Oye, Toronto, no te vayas, mi presi, tranquilo, aquí todos somos amigos. Toronto, Torontico, quédate, épale. (Se oye un gran revuelo. Después silencio. Al público) Coño, como que se arrechó, y mi papá también porque va corriendo tras él. Bueno, salud. Felicitaciones, colegas. (Gerry lanza el birrete al aire. Aplausos. Bebe. Ahora con la botella hacia los

espectadores) ¡Salud! (Da un gran traspié y se cae aparatosamente. Risas. Aplausos. Rechiflas. Gran escándalo y apagón rápido en el área 2)

ESCENA 5

ÁREA 3

Rápidamente se enciende el área 3. 6 de agosto de 1982. Es de noche. Entra Antonio, con toga y birrete, llevando un minicomponente de sonido. Tras de él, también con toga y birrete, Luciana, agotada, carga con dificultad una caja con botellas de vino, otra con copas y varias bandejas envueltas en papel celofán que contienen infinidad de pasapalos. Casi no se le ve la cara por todo lo que lleva.

Antonio: Al paso que vas, no vamos a llegar nunca.

Luciana: Pero bueno, ayúdame.

Antonio: Jamás. Tú misma me has exigido que haya igualdad en los sexos. Que nada de mujer débil y hombre fuerte. Te estoy apoyando en tus ideas. Si te ayudo te estaría humillando.

Luciana: Pues, humíllame, porque se me va a caer todo esto.

Antonio: Está bien, está bien. ¡Qué fastidio! Luego se quejan y hablan de la liberación femenina. *(Antonio toma la bolsa más pequeña, casi mínima, que lleva Luciana y continúa caminando)*

Luciana: Pero, Antonio, esa es la bolsa de servilletas.

Antonio: Ah, no, exigencias no.

Luciana: Es que ya no puedo.

Antonio: Yo cargo este minicomponente de sonido que compré en Miami y no me quejo. Lo último en tecnología. Funciona con pilas. Es que Rita con ese pickup del año de la pera y que todavía usa discos de acetato, nos iba a arruinar la fiesta. De todas formas ya llegamos.

Antonio lanza la bolsa pequeña al pie de la escalera que conduce a la puerta del edificio. Luciana hace maromas para que no se le caiga lo que lleva. Antonio se sienta y coloca con gran cuidado el minicomponente sobre sus piernas y comienza a revisarlo. Luciana, agotadísima, decide agacharse y ubicar todo al pie de la escalera.

Antonio: *(Reclamándole)* ¡Por fin! Aunque no entiendo para qué colocas todo ahí, si tienes que levantarlo de nuevo para subirlos donde Rita.

Luciana: Los pongo aquí, para poder tocar el timbre del intercomunicador. Porque ni te mueves para eso.

Antonio: *(Casi cantado y revisando el minicomponente)* Violencia, violencia, tu nombre es mujer.

Luciana toca insistentemente el timbre. Nadie responde.

Luciana: No entiendo. Ya Rita debería estar acá. ¿Será que se quedó dormida? Cuando duerme no hay forma ni manera de despertarla. Cae como una piedra.

Antonio: Hagamos un dueto y verás que se despierta.

Luciana: No voy a hacer ningún dueto contigo.

Antonio: Si lo haces te ayudo a subir las cosas.

Antonio pone el minicomponente en su punto. Le da play y corre y se coloca al otro extremo de donde está Luciana. Se comienza a oír, a todo volumen: el dueto Papageno-Papagena, de la ópera La flauta mágica de Wolfgang Amadeus Mozart. Antonio se luce haciendo todos los movimientos y bailes de Papageno, mientras que Luciana se sienta a reírse y a mirar a Antonio que, extasiado, hace la mímica de la voz y baila como Papageno. Termina el dueto. Antonio hace una reverencia al público imaginario y de inmediato le cae encima una gran cantidad de agua. Luciana ríe a más no poder. De todo el edificio mandan a hacer silencio. Protestan. Alguien grita: «Anda con esa música de mierda a otra parte».

Antonio: *(Ofuscado. Hacia el edificio)* ¿Música de mierda? Es La flauta mágica de Wolfgang Amadeus Mozart. ¿Oíste? ¡Es Mozart, ignorante!

La furia desde el edificio se intensifica y comienzan a arrojarle cosas. Antonio, corriendo, toma el minicomponente y se refugia pegándose a la puerta de entrada. Luciana no para de reír. Las personas siguen lanzando cosas y gritándole: «Borracho» «Desgraciado», «Coño de tu madre» y alguien amenaza con llamar a la policía. Luego se hace silencio. Antonio deja el minicomponente a la

puerta de entrada del edificio. Se acerca a Luciana quien lucha por no reír. Se sienta a su lado.

Antonio: *(En voz baja)* ¿Te das cuenta? Por eso es que este país no progresa, por la ignorancia, por la falta de cultura.

Luciana: Déjame pasarte esta toallita, te salpicaron toda la toga.

Antonio: Un país que no conozca el dúo de Papageno y Papagena, siempre será subdesarrollado.

Luciana: Es que ya son las nueve de la noche, mañana tienen que trabajar.

Antonio: No es eso. Es que seguro están pegados viendo la telenovela. Esa es la máxima expresión de cultura de este pueblo.

Luciana: Bueno, ya cálmate.

Antonio: Cómo puede vivir Rita en este edificio de marginales.

Luciana: Has una respiración profunda como dice siempre Yuleisi.

Antonio: El día comenzó mal desde que Gerry nos puso a todos en ridículo con ese discurso.

Luciana: A mí me pareció divertido.

Antonio: Ofensivo diría yo, y no sólo para nosotros sino hasta para el presidente, que se marchó en pleno

acto con el ministro del Petróleo y todos sus séquitos. Gerry está cada día peor. No sé cómo Yuleisi puede estar enamorada de él.

Luciana: Es que él es considerado, amable, solidario, y sobre todo siempre la trata como una dama, pero hasta ahí.

Antonio: Cómo qué hasta ahí.

Luciana: Que nunca han intimado.

Antonio: ¿En todos estos cinco años, nada? Ni un besito.

Luciana: Sí, besitos sí... un piquito o dos, y eso porque ella se los robó.

Antonio: ¡Él es así como excéntrico... medio raro, diría yo!

Luciana: No, sino que Yuleisi me contó que él le dijo que aún no está preparado para una relación. Que cuando él lo esté, ella será la primera en saberlo.

Antonio: Discúlpame, pero para mí, Gerry es un raro.

Luciana: No. Es un romántico.

Antonio: Un raro de los más raros.

Luciana: Ese machismo tuyo, Antonio. Cualquier hombre que sea delicado con una dama, que quiera esperar y conocerla más para hacer el amor con ella, para ti es un raro.

Antonio: Fíjate que, luego de la natación, jamás se ha bañado en las duchas. Yo, en mi vida, le he visto desnudo.

Luciana: Entonces el raro eres tú.

Antonio: ¿Yo, por qué yo?

Luciana: Porque quieres bañarte en las duchas con él y verlo desnudo.

Antonio: Muy graciosa. Yo con eso nada que ver. Es una cuestión de formas, de diseño, por eso soy ingeniero civil.

Luciana: Ay, Antonio, el amor tiene muchas formas.

Antonio: Un hombre y una mujer, es el único diseño válido para mí.

Luciana: Como por ejemplo, Antonio y Graciela.

Antonio: Exacto. Lástima que ella escogió a ese patán de Rigoberto Mujica. Ese es un burro con plata, sólo eso. Además, tú que dices ser mi amiga, nunca me ayudaste con ella.

Luciana: Sí lo hice, Antonio. Y ella hasta te invitó a salir.

Antonio: ¿A salir? Tú llamas salir a encaramarse en una bicicleta y recorrer carreteras de tierra y subir cuevas y peñascos y ser perseguidos por los perros. Con el perdón de la palabra, el culo y las bolas me dolieron un mes. Luego la invité a la ópera y se durmió. Se fastidió. La semana siguiente me invitó a hacer un curso para volar en Ícaro y que así la acompañaría en sus vuelos. ¡Ni de vainas acepté! El volar es para los pájaros. Mira, por qué no aprovechamos y me sigues enseñando italiano.

Luciana: Pero antes voy a destapar esta botella de Prosecco, tengo una sed.

Antonio: Está bien, destápala y de paso me sirves uno de esos pasapalos y cremitas que hace Graciela y que le quedan tan ricos. Me muero de hambre.

Antonio se sienta al pie de la escalera. Luciana descorcha la botella. Apagón rápido en el área 3.

ESCENA 6

ÁREA 1

Martes 4 de febrero de 1992. Es de noche. De inmediato se escucha, a todo volumen, desde un pequeño equipo portátil, «Non, je ne regrette rien» en la voz de Édith Piaf. De espaldas al público, vemos a Édith Piaf, cantando. Casi para terminar la canción, se gira y podemos ver que es Gerry, con peluca de mujer y perfectamente maquillado como la cantante.

ESCENA 7

De su habitación entra Graciela hecha una furia y hablando por celular. Viste pantaletas, sostén, chancletas y lleva rollos en la cabeza con ganchos de diferentes colores. A su paso, gritando por el celular, de un manotazo apaga el pequeño equipo de sonido y se deja de escuchar la música.

Graciela: *(Hablando por el celular)* ¡Bestia, contesta! ¡Sé que estás ahí! ¡Contesta el teléfono! No encuentro mi peluca plateada en ninguna de las cajas, ni

tampoco las chapaletas, ni el tanque de buceo. ¡No encuentro nada! Si no quieres que me aparezca donde vives ahora con la carajita esa que es veinte años menor tú, evítate líos conmigo y devuélveme mis cosas. Estoy dispuesta a contarle a ella el por qué nos divorciamos. ¡No me provoques! ¡Enfermo sexual! ¡Bestia! ¡Voy a volver a llamar en un rato y espero que contestes! ¡Bestia! (*Cuelga y camina enfurecida*)

Gerry: (*Pausa corta*) Me imagino que contarle a esa muchacha el por qué se divorciaron, lo dijiste sólo para asustar a la Bestia.

Graciela: Por supuesto. La Bestia tiembla cuando le digo eso. En el tribunal no dijo ni media palabra. Aceptó todas mis condiciones. Pero, ¿por qué lloras?

Gerry: Es que yo... todavía... me siento culpable.

Graciela: No, Gerry, ya te lo dijo el psiquiatra. Nada de sentirnos culpables, nosotros fuimos las víctimas.

Gerry: Si yo no hubiese vivido contigo, nada habría sucedido.

Graciela: Antes que te mudaras con nosotros yo ya me sentía rara.

Gerry: ¿Rara?

Graciela: Sí, como atontada en las mañanas y con dolorcito de cabeza.

Gerry: ¿Ya te lo hacía?

Graciela: Antonio me contó que lo había visto de madrugada en una discoteca, besándose con una muchacha. ¡Y no le creí!

Gerry: Normal que no le creíste, pues siempre ha estado enamorado de ti.

Graciela: Es que no fue sólo Antonio, hasta Luciana me comentó que una vez lo había visto en el aeropuerto, también de madrugada, recibiendo a beso tendido a una muchacha mucho más joven que él. Le dije a Luciana que eso era imposible, que Rigoberto no salía de casa y menos de madrugada. Que si hubiese sido él lo habría sabido porque siempre dormíamos abrazados y así nos despertábamos. ¡Me abrazaba el muy canalla! Pero Luciana insistió y lo que más me enerva es que lo defendí y le reproché a ella que si en verdad era Rigoberto, por qué no se había acercado a él, por qué no lo había desenmascarado ahí mismo. Hasta quise terminar mi amistad con ella por mentirosa. Pobrecita. Ella me contestó que no se acercó a él, que no le reclamó, porque ya estaba retardada y que tenía que abordar el avión en la que iba como copiloto.

Gerry: Luciana es fuerte. Si no hubiese sido por eso, lo confronta.

Graciela: Después que le dije a Rigoberto que te venías a vivir un tiempo con nosotros, él se opuso. Claro, si tú vivías aquí te podías dar cuenta. Pero yo le insistí y me impuse porque no te iba a dejar que te quedaras viviendo en la calle como un mendigo.

Gerry: Y desheredado, Graciela. Cuando le conté a mi papá que yo en el fondo era una mujer y que me convertiría en una, se enfureció, se puso como loco y me echó de la casa, en plena noche y sin ningún dinero. Mientras me empujaba y me sacaba de la casa me gritaba: «Prefiero tener un hijo ladrón, que marico». Fue horrible. Pasé la noche en el parque, llorando. Al otro día fui a sacar dinero, pero ya él había bloqueado mis tarjetas. Si no hubiese sido por ti que me ayudaste, no sé qué habría hecho. Y que desgracia que vino a pasar... lo que pasó.

Graciela: No llores más. Lo lamento.

Gerry: Yo soy quien lo lamenta.

Graciela: No. Tú eres una víctima.

Gerry: Gracias, eres un amor.

Graciela: No, tú eres un amor. Eres muy especial.

Gerry: No soy especial, sólo soy de edición limitada.

Rien. Se abrazan.

Graciela: Eres la hermana que no tuve. (*Camina molesta*)
¿Dónde habrá metido la Bestia mi peluca plateada?
¡Me enfurece! Ese degenerado, esa bestia... ese burro con plata, como le dice Antonio. Fui una estúpida. ¡Una estúpida!

Gerry: Estúpida no. Estabas enamorada, eso es todo.

Graciela: Eso verdad. Cuando una está enamorada, no logra ver. Jamás me volverá a pasar. Si no hubiese sido

por Yuleisi que me dijo que lo vio en el Ávila donde ella había ido a meditar, saliendo abrazadito del monte con una muchacha que podía ser su hija, ya no tuve dudas.

Gerry: Sí. Yuleisi nunca miente. Ella está muy comprometida con eso del espiritismo, de los cultos, de... no sé cómo llamarlo porque salta de una religión a otra.

Graciela: Lo que no entendía era cómo yo no lo sentía irse. Empecé a pensar y me di cuenta. Ah, la bendita infusión de toronjil de las nueve de la noche.

Gerry: Y yo también, con mi ingenuidad, me pareció un gesto tan lindo de su parte que hasta a mí me la sirviera. Ahora no la puedo ni oler.

Graciela: Ese día le dije que me la tomaría en mi habitación, pero no lo hice. La boté toda en la poceta y me acosté.

Gerry: Yo sí me la tomé hasta el fondo. Y repetí tres veces más.

Graciela: Se desvistió, se acostó y me abrazó, como siempre. Me quedé despierta. Sin moverme. Luego de las diez de la noche empezó a dejar de abrazarme. Me movió. Me sacudió un poco más fuerte y hasta me habló al oído: «Graciela, Graciela, mi amor». Como yo no me moví, se confió. Lo sentí levantarse. Me puse atenta a ver si se vestía, pero no lo hizo. Pensé, claro, es que guarda en el vestier del pasillo la ropa con la que va a salir. Me puse más atenta aún para

escuchar cuando estuviera abriendo la puerta de la calle y ahí me iba a levantar de un salto. Pero nada. Entonces me levanté en silencio y cuando iba a la sala lo vi en tu cuarto... sobre ti.

Gerry: ¡Qué vergüenza! ¡Qué pena contigo! ¡Te juro que no sentí nada!

Graciela: Qué ibas a sentir con la cantidad de Rophinol molido que te echó en la infusión. No le bastaba con las secretarias, con las empleadas que eran todas unas carajitas, sino que contigo también. Ahí mismo le brinqué y lo pateé hasta por el blanco del ojo, pero la arrechera no se me pasaba. Corrí a buscar el arpón de buceo para matarlo y cuando me vio que lo apuntaba salió a la calle desnudo y pidiendo auxilio.

Gerry: Y yo durmiendo. Todo ese dolor tuyo y yo durmiendo. Jamás llegué a sentir nada. El mareíto en las mañanas sí, y claro, cierto dolorcito atrás también, como un pesito. Ay, no, ya no recordemos más.

Graciela: Tienes razón. Hoy es un día para celebrar. Ya me salió el divorcio y hoy, a las 12 y un minuto del 4 de febrero del 2002, inauguraremos esta nueva casa con una fiesta de pre carnaval con toda La Pandilla del Buen Comer. Aquí seremos felices y comenzaremos una nueva vida.

Gerry: Sí, porque hoy también les anunció a toda La Pandilla del Buen Comer, mi decisión de cambio total de sexo.

- Graciela:** No, no, y no.
- Gerry:** ¿Pero por qué no? Desde que se lo dije a mi papá, lo asumí. Además es parte de las diferentes etapas por las que tengo que pasar antes de la operación. Decirles a mis amigos que seré una mujer. Que empezaré a vestirme ya como mujer, que comenzaré mañana el tratamiento con hormonas. Mi psiquiatra está de acuerdo.
- Graciela:** Y yo también, pero hoy no. Le haría mucho daño a Yuleisi. Ella me llamó feliz porque piensa que hoy vas a anunciar que te casarás con ella.
- Gerry:** Te juro por este puño de cruces que no le dije eso. Le comenté que hoy iba a aprovechar la inauguración de esta casa y la celebración de tu divorcio, para anunciar la decisión más importante de mi vida.
- Graciela:** Pues, para Yuleisi, esa decisión es que anunciarás tu matrimonio con ella. Así que mejor, mañana la invitas a salir a almorzar y hablas con ella en privado. Ah, pero te vistes como hombrecito aunque sea por última vez. Te prometo que luego haremos una cena especial, solamente para que se lo comuniques a los demás.
- Gerry:** Tienes razón. Ay, pero no traje ningún disfraz, pensaba recibirlos con este fabuloso vestido tuyo... y cantando como Édith Piaf.
- Graciela:** No te preocupes. Anda a mi habitación y te pones el uniforme camuflado, el de cazador, el que usé cuando fui de safari a África. Está sobre la cama.

- Gerry:** Está bien. ¿Te gustaron mis regalos de divorcio?
- Graciela:** La colección de salsa con las canciones de Rubén Blades, Héctor Lavoe, Willie Colón, en fin, la de todos ellos me encantó.
- Gerry:** ¿Y los de Édith Piaf?
- Graciela:** Esa me mató. Es una belleza.
- Silencio.*
- Gerry:** ¿Y lo otro?
- Graciela:** (*Ríe*) Sabía que querías llegar a eso. Pues te diré que... (*Acercándose al tubo para hacer pole dance*) el poste para Pole Dance... ¡Me fascinó! Es más, mañana mismo comienzo a practicar. Quiero estar en forma para la próxima vez que me case, pues no pienso quedarme para vestir santos, y menos sin hijos. Y si no me caso, luego de los treinta tendré un hijo aunque sea yo sola. Me busco un hombre para eso y ya.
- Gerry:** Conmigo no cuentes.
- Ríen. Pausa larga.*
- Gerry:** ¿Sabes? Lo único malo es que, aunque me opere, nunca seré una mujer completa. Nunca seré mamá.
- Graciela:** Pero cuando yo lo tenga, serás tía.
- Gerry:** Sí, qué felicidad.

- Graciela:** Si pudieras tener hijos, ¿cómo los llamarías?
- Gerry:** Eso sí que lo he pensado bastantísimo. Si fuera mujer, mujer completa me refiero y pudiera tener un hijo, lo llamaría Richard. Como Richard Gere. ¿Verdad que él es bello?
- Graciela:** Súper. ¿Y si fuera niña?
- Gerry:** La llamaría Esperanza.
- Graciela:** ¿Esperanza?
- Gerry:** Sí. Porque siempre, en la vida, aunque una crea que ya no puede más, siempre hay esperanza. Por eso la llamaría así. Esperanza.
- Pausa corta.*
- Graciela:** Mira la hora. Anda a cambiarte que ya deben estar por llegar.
- Gerry:** Pero en esta semana vamos al oftalmólogo para que te empieces a tratar tu dolencia.
- Graciela:** ¿Dolencia? ¿Cuál dolencia? Yo veo perfectamente.
- Gerry:** El daltonismo.
- Graciela:** Pero yo no padezco de daltonismo. ¿De dónde sacaste eso?
- Gerry:** Ah, porque las daltónicas son las únicas que no distinguen entre un viejo verde y un príncipe azul.
- Graciela:** (*Riendo*) Bobita.

Gerry: Bobita tú.

Ríen y van saliendo hacia la habitación de Graciela.

Apagón rápido área 1.

ESCENA 8

ÁREA 3

Rápidamente se enciende el área 3. Es la misma fecha del 6 de agosto de 1982. Noche avanzada. Hay varias botellas de Prosecco vacías en el piso, así como bandejas sin un solo resto de pasapalos. Luciana se encuentra sola y sentada en el suelo. Bebe del pico de la botella. Ya está casi ebria.

ESCENA 9

Entra Yuleisi, vistiendo toga y birrete. Trae un pequeño envase plástico con ensalada de quinua.

Yuleisi: ¡Que tu Ángel de la Guarda sea contigo, Luciana!

Luciana: Y con el tuyo. ¡Salud! (*Bebe*)

Yuleisi: ¿Qué pasó aquí? ¿Rita se peleó contigo porque otra vez te pusiste a beber mucho?

Luciana: No.

Yuleisi: ¿Eres la primera en llegar?

Luciana: Llegué junto con Antonio.

Yuleisi: ¿Y dónde está?

Luciana: Vino Rita corriendo y le pidió que la acompañara a casa de Paola, la que es abogado, para que los ayudara a sacar a Gerry.

Yuleisi: ¿Sacarlo de dónde?

Luciana: De la cárcel, pues.

Yuleisi: Ay, Dios proteja a mi amor. Con lo sensible que es. ¿Pero por qué está en la cárcel?

Luciana: Se lo llevó preso la Guardia de Honor Presidencial y de ahí lo pasaron a los calabozos de la Disip por faltarle el respeto al Presidente.

Yuleisi: Pero Gerry no se metió con él. Además estaba bebido.

Del edificio, molestos, ordenan hacer silencio.

Yuleisi: *(Hacia el edificio)* Disculpen, disculpen. *(A Luciana, en voz baja)* Vámonos ya a donde tienen a mi pobre Gerry. Debe estar muy compungido, pobrecito.

Luciana: Ya lo soltaron, nos esperan en casa de Antonio. La fiesta se cambió para allá porque está más cerca de la cárcel. *(Ríe. Bebe)*

Yuleisi: No deberías beber tanto. Mientras estás bajo la influencia del licor te queda abierto el Manipura.

Luciana: ¿El maní qué?

Yuleisi: El Manipura, el tercer Chacra. Está situado en el plexo solar, en el ombligo. Cuando bebes licor

queda abierto el Manipura y no tienes control alguno sobre él, entonces los espíritus elementales se aprovechan y entran en ti y te impiden desarrollar tu poder personal.

Luciana: Cuando no esté borracha me lo explicas mejor, porque no te entendí nada. Lo que sí me tiene abierto el ombligo es el hambre, pues Antonio se devoró todos los pasapalos. ¿Qué traes ahí?

Yuleisi: Es quinua. Toma, come un poco.

Luciana: Parece más bien como trigo sucio.

Yuleisi: No. Es quinua. Te va a gustar. Poca gente la conoce. Es lo que comían los incas y los hacía fuertes.

Luciana: Sí, se ve, los puso tan fuertes que los españoles los mataron a todos. Bueno, con hambre no hay mal pan. Mal no sabe. ¿Y qué vas a hacer en vacaciones?

Yuleisi: Qué vacaciones. No tengo para irme de vacaciones. Me regreso a Barlovento a ayudar a mis abuelos con la bodeguita y a mandar currículos a todas partes.

Luciana: ¿A Barlovento? De ninguna manera. Dime, ¿a dónde te gustaría ir?

Yuleisi: A la India.

Luciana: ¿A la India? Eso es como quedarse en Barlovento, pero con elefantes. ¿No te gustaría más bien ir a París?

Yuleisi: Quisiera ir a la India y bañarme en el Ganges para purificarme y eliminar todos mis pecados y ya no reencarnar.

Luciana: ¿Pecados? Pero qué pecado vas a tener tú, muchachita. Toda La Pandilla del Buen Comer va a ir a París, así que tú te vienes con nosotros.

Yuleisi: Pero...

Luciana: Nada de peros. Tú también formas parte de la Pandilla. No vas a tener que gastar nada. La Pandilla se encargará de todo. Estaremos diez días comiendo de lo lindo, y no nos quedamos más tiempo porque al regreso comienzo mi entrenamiento como piloto de jets.

Desde el edificio les gritan que hagan silencio. Molestos.

Voz de mujer: (*Molesta*) Oigan, borrachas. Acaben de irse de una buena vez que aquí vive gente decente.

Yuleisi: No se preocupe señora, ya nos vamos.

Voz de hombre: (*Molesto*) Y no vayan a dejar todo ese mierdero de basura en la entrada del edificio.

Yuleisi: ¡Namasté! ¡Namasté!

Voz de hombre: ¡Mamaste tú, puta!

Yuleisi: Aquí hay tantas vibraciones negativas que ya estoy a punto de hacerme pipí.

Luciana: Vámonos, orinas en casa de Antonio.

Yuleisi: Pero antes vamos a recoger este desastre.

Luciana: *(Al edificio)* ¡Oigan, a ver si limpian la entrada de este edificio que parece un chiquero! ¡Sucios! ¡Cochinos!

Desde el edificio comienzan a insultarlas y lanzarles cosas.

Luciana avanza corriendo unos pasos para huir, pero Yuleisi se queda paralizada. Luciana se devuelve, la toma por una mano y la hala.

Luciana: Ven, corre, Yuleisi, corre.

Yuleisi: Me oriné, me oriné, me...

Sale Luciana corriendo y arrastrando prácticamente a Yuleisi que se mueve con las piernas juntas. Desde el edificio lanzan cosas y gritan improperios. Oscuro rápido en área 3.

ESCENA 10

ÁREA 1

MARTES 4 DE FEBRERO DE 1992

Casa de Graciela. Noche. Se escucha el teléfono varias veces. Apresuradamente y desde la habitación, entra Gerry, vestido con traje verde camuflado de militar. En su mano lleva un espejo pequeño y un lápiz de ceja con el cual se dibuja una barba en el

rostro. Entre tantas cajas, no logra dar con el teléfono. Al fin lo encuentra.

Gerry:

(Imita voz de Graciela al contestar el teléfono) Mansión de la señorita Graciela, a la orden. (Escucha. Ríe. Habla con su propia voz) No, Rita, soy yo, Gerry. Estaba bromeando. Y tú, ¿dónde estás? (Escucha) ¿En el aeropuerto? ¿Todavía estás en el Aeropuerto? ¡No puede ser! Pero Rita, apenas falta una hora para que sean las doce de la noche del 4 de febrero y empezemos a celebrar el divorcio de Graciela de... ¿Y no y que llegabas de París a las diez? (Escucha) ¿Y por qué retrasaron el aterrizaje? (Escucha) Ah, ok, porque el presidente Pérez llegaba de viaje. ¡Qué abusador! Pero mira, agarra un taxi... (Escucha) ¿Qué? (Escucha) ¿Y eso por qué? (Escucha) ¿Soldados? No, nada que ver. ¿Golpe de Estado? No, no creas en chismes. Después del Caracazo, todo se ha quedado tranquilo. Sí, sí, es verdad, demasiados muertos en esos días. ¿Qué? Que te digo que no, que no está pasando nada, aquí todo está sereno. ¿Ah? Eso te lo dicen los taxistas para cobrarte de más. (Escucha) Está bien. Agarra un taxi y le pagas lo que te pida y ven a cocinar. Yo te compré todo lo que me encargaste. Sí. Sí. No te preocupes. (Escucha) ¿Sí? ¿Trajiste de esos quesos? Qué rico. (Escucha) No, Luciana no ha llegado. Es que a ella la trae Antonio y tú sabes que él para disfrazarse, no escatima en detalles. (Escucha) Pero cómo te voy a decir de qué se disfrazó Luciana si no ha llegado. No. Yuleisi tampoco ha llegado. Sí, está bien, te disfrazas aquí. Yo sí me disfracé y Graciela también lo está haciendo. (Escucha. Ríe) No.

No te lo voy a decir. Cuando nos veas ni nos vas a reconocer. (*Escucha. Ríe*) Sí, sí, te vamos a esperar. Anda, pues, no pierdas más tiempo, toma el taxi y te vienes directo. Kiss. Bye-bye.

Deja el teléfono sobre una caja. Se sienta a continuar pintándose una barba. Suena, insistente, el timbre de la puerta.

Gerry: (*Como argentino*) Decime, ¿quién vive?

Antonio: (*Voz, desde afuera*) Es Antonio, abre rápido que vengo cargado.

Gerry: Decime la contraseña o disparo.

Antonio: ¡Gerry, abre la bendita puerta de una vez!

Gerry: O voz me decís la contraseña o disparo.

Antonio: ¡Qué vaina contigo! Está bien. La Pandilla del Buen Comer.

Gerry: Así está mejor, pibe.

Gerry, alegre, se dirige al pasillo para abrir la puerta.

ESCENA 11

Entra Antonio vestido de payaso y con varios CD de música y otra caja con triquitraques, con petardos pequeños. Observa la casa, seguido de Gerry que lo observa.

Antonio: Conque esta es la nueva casa de Graciela.

Ve a Gerry que lo observa.

Antonio: ¿Y a ti que te pasa? ¿Por qué me miras con esa cara de terror?

Gerry: Es que no me gustan los payasos. Ni de niño me gustaron. Siempre les tuve miedo. Nunca pensé a la muerte así como la pintan, con capucha negra y guadaña. Siempre me la imaginé como un payaso riendo a carcajadas y que me agarraba fuerte de la mano y me arrastraba.

Antonio: Permíteme aclararte que este no es un disfraz, es el vestuario de la ópera *Pagliacci*, del músico y compositor italiano Ruggero Leoncavallo. Hoy cantaré el aria del *Pagliacci* como un homenaje a Graciela.

Gerry: Te felicito. Mi equipo de sonido está a la orden.

Antonio: ¿A eso llamas equipo de sonido?

Gerry: Por lo menos lo traje y es uno de mis regalos para Graciela.

Antonio: Pues mi regalo para Graciela es de última generación y... modestia aparte, va al pelo con el estilo de esta casa. Aparte de que sirve como karaoke.

Gerry: Pero lo importante era traerlo hoy.

Antonio: Y lo traje. Ya Luciana lo está sacando de mi camioneta.

- Gerry:** ¿Pero ella sola?
- Antonio:** No, cómo se te ocurre que soy capaz de hacerle eso a Luciana. Yuleisi la está ayudando. Toma. *(Entregándole el pequeño paquete de triquitraques, de petardos pequeños)*
- Gerry:** *(Abre el paquete)* ¿Y esto?
- Antonio:** Pues lo que me pediste.
- Gerry:** Te pedí cohetones para lanzarlos a las doce de la noche. No esto.
- Antonio:** Eso fue lo que conseguí. Nadie vende cohetones en carnaval, sino en navidad.
- Antonio hace sonidos con las palabras «sí», «yo», en diferentes partes de la sala, comprobando la acústica. Suena el timbre de la puerta. Antonio no se inmuta y continúa con sus sonidos.*
- Gerry:** Pero bueno, Antonio, ¿no vas a abrir? Son las muchachas que deben traer tu equipo de sonido.
- Antonio:** Estoy comprobando la acústica, para cuando cante. Además, quién inventó el ridículo jueguito de la contraseña fuiste tú.
- Gerry:** *(A la puerta)* Contraseña o disparo.
- Yuleisi:** *(Voz jadeante)* La Pandilla del Buen Comer. Abre rápido, mi amor, por favor.
- Antonio:** Ahora ya puedes abrir.

Gerry corre hacia la puerta, mientras Antonio sigue comprobando la acústica.

ESCENA 12

Entra Luciana cargando por un extremo una larga caja que contiene un gran equipo de sonido. El otro lado de la caja lo llevan, a duras penas, Gerry y Yuleisi. Luciana lleva puesto un liquilique negro. Los pantalones por dentro de unas botas de montar, llaneras. Tiene puesto un sombrero pelo e guama y un fute en la cintura. Yuleisi viste totalmente de blanco y con pañoleta del mismo color, como corresponde a una iniciada en la santería de la religión del pueblo yoruba. Luciana, Yuleisi y Gerry ya van a bajar la caja, pero Antonio interviene.

Antonio: No, no, no, ahí no. Ya estudié la acústica. Colóquenlo ahí.

Luciana, Yuleisi y Gerry, dan dos pasos más y bajan, exhaustos, la pesada caja. Yuleisi le da un beso a Gerry. Apenas lo hace, padece escalofríos. Gerry no se da cuenta.

Antonio: Yo me encargo de instalarlo. Gerry, ya puedes quitar tu aparato.

Gerry: ¿Aparatico? ¿Aparatico? Escucha cómo suena.

Gerry le da todo el volumen y se escucha la salsa «Pedro Navaja» escrita por el músico panameño Rubén Blades e interpretada por él mismo junto con Willie Colón. Antonio, iracundo, lo apaga.

Antonio: Eso no es música, eso es salsa, eso sólo sirve para bailar.

Gerry: Y tu Beethoven, tu música clásica, sólo sirve para escucharse.

Yuleisi: Paz, armonía y buenas vibraciones para esta nueva casa.

Yuleisi se arquea por un dolor en el vientre.

Antonio: Pues, para que te enteres, esa música es un plagio.

Luciana: (*A Yuleisi*) ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Gerry: ¿Plagio? Para que lo sepas, Pedro Navaja es una canción de salsa escrita por el gran músico panameño Rubén Blades e interpretada por él mismo junto a Willie Colón sobre un criminal con ese nombre.

Yuleisi: Sentí a Ikú.

Antonio: No es así. El nombre real es «Die Moritat von Mackie Messer».

Luciana: ¿A quién?

Antonio: Lo que traducido al español es «La copla de Mackie el Navaja».

Yuleisi: Ikú es un Orisha.

Luciana: ¿Orisha?

Gerry: ¿Rubén Blades haciendo un plagio? ¡Imposible!

- Yuleisi:** Lo sentí en mi vientre. Ikú es un Orisha que representa la muerte.
- Luciana:** (*Llamando*) ¡Muchachos!
- Yuleisi:** No, déjalos. Ya se me está pasando.
- Antonio:** Pues sí, un plagio. Es más, te agregó que la letra es de Bertolt Brecht y la música es de Kurt Weill y fue escrita en 1928.
- Yuleisi:** Ikú es un Orisha que rige en el momento final de la vida de un individuo. Me duele, me arde la vejiga, estoy aguantando para no orinarme.
- Luciana:** Muchachos, dejen la discutidera que Yuleisi se siente mal.
- Gerry:** ¿No se va a sentir mal con el peso que le hizo cargar Antonio?
- Luciana:** ¿Quieres un roncito?
- Yuleisi:** No, no.
- Gerry:** ¿Y agua? ¿Te traigo agüita fría?
- Yuleisi:** No, agua no, mi amor, gracias.
- Antonio:** Ahora ni agua bebe. Desde que se metió a espiritista le dio por ahí. Por supuesto que está débil.
- Yuleisi se va calmando.*
- Yuleisi:** Ya me estoy sintiendo mejor.

- Luciana:** Me diste un gran susto.
- Yuleisi:** No soy espiritista, Antonio, soy practicante de la Santería o la Regla Lucumi.
- Antonio:** Espiritismo, santería, para mí es lo mismo, debes comer completo. Un buen churrasco de mi hacienda, con un par de huevos fritos encima, no sólo te quita todo malestar, sino que te hace ver a Dios.
- A Yuleisi le vuelve a atacar el dolor.*
- Gerry:** ¿Te volvió el malestar otra vez?
- Antonio:** Quien no come bien, quien no hace una dieta saludable, le sucede eso, se llena de gases. En mi hacienda los campesinos viven sufriendo de gases y hasta sus carajitos andan todos ventrudos y con una pedorrea por todos lados. Pero ellos no escuchan consejos y comen lo que se les atraviere. Y eso que yo les dejo que coman huevos y algunas gallinas de vez en cuando, pero ellos son así, analfabetas y porfiados y...
- Luciana:** Por Dios, Antonio, cállate un ratico.
- Antonio:** Son los nervios, eso es todo. Cuando veo a alguien enfermo o escucho una mala noticia, me pongo nervioso y hablo y hablo o me pongo a comer sin parar.
- Luciana:** Antonio, ya, para.
- Gerry:** ¿Quieres un tecito de manzanilla? Eso alivia y...

Yuleisi: Ya pasó, mi amor, ya se me pasó. Pero escúchame, Gerry, amor de mi vida y hazme caso. Ikú me ha dicho que debes usar otro disfraz.

Gerry: Pues dile a tu amigo Ikú que ya lo tenía. Lo que pasó fue que Graciela se empeñó en que usara este de cazador de África. Yo lo estoy transformando en el disfraz del Che Guevara. Por eso me pinté esta barbita, aunque creo que debo darle un detalle para que se vea con más charme.

Gerry comienza a hurgar en varias cajas.

ESCENA 13

Entra Graciela como Marilyn Monroe y cantando «Happy Birthday, Mr. President». Al terminar todos aplauden.

Graciela: Yuleisi, con tu color de piel, te queda muy lindo el blanco. Muy folklórico tu disfraz, Luciana.

Luciana: Quise dar un toque bien vernáculo y qué mejor que doña Bárbara.

Graciela: *(A Antonio)* Me fascina que te hayas disfrazado de payaso, yo siempre lo he dicho, en el fondo tienes muy buen humor.

Antonio: *(Ofendido)* No es un disfraz. Es un vestuario. La semana que viene me gradúo en la Escuela de Ópera de Caracas. Yo, como tenor, haré *Pagliacci*. Será en el Teatro Teresa Carreño. Te traje una invitación para que me acompañes ese día.

Gerry: Graciela, necesito como un detalle más glamoroso para este disfraz del Che Guevara. Tal vez una bandana, un pareo, un sombrero, algo. Así está muy simple.

Antonio: No sabes lo mucho que significaría para mí que vayas a mi debut. Bueno, que todos vayan.

Graciela: En mi habitación hay otras cajas que dicen sombreros. Tal vez encuentres algo que te guste.

Gerry sale hacia el cuarto. Graciela observa a Yuleisi que se va de lado y Luciana la sostiene.

Graciela: ¿Pero qué te pasa, Yuleisi? Estás pálida.

Luciana: Creo que le bajó la tensión.

Yuleisi: Ya estoy mejor, no se preocupen.

Antonio: Es que ahora le dio, aparte de ser vegetariana, por no tomar agua.

Graciela: Ah, no, eso está muy mal. Hoy nos emborrachamos todos para celebrar mi divorcio y mi nueva casa. Por cierto, ¿y Rita?

Antonio: Ella siempre llega tarde, siempre. ¡Y con el hambre que tengo! Sugiero que mientras la esperamos, podría deleitarlas con mi aria de *Pagliacci*.

Graciela y Luciana: *(Aterradas ante la propuesta de Antonio, gritan al unísono)* ¡No!

Antonio: *(Extrañado)* ¿No?

- Graciela:** Más tarde, más tarde.
- Luciana:** Cuando esté Rita.
- Graciela:** ¿O vas a dejar que Rita se pierda tu magistral interpretación?
- Antonio:** No, no, claro que no.
- Graciela:** Mientras, por qué no le das una mirada a la casa y me dices qué te parece. El diseño es todo mío.
- Antonio:** Por supuesto, honor que me haces.
- Antonio se desplazará supervisando la casa hasta llegar al balcón. Luego vendrá hasta llegar al pole dance.*
- Yuleisi:** Por favor, que Gerry espere en tu habitación y que no salga, yo, yo, necesito ir al baño con urgencia... no aguanto... no puedo más... ¿El baño? ¿Dónde queda el baño?
- Graciela:** Está al final del pasillo. Ya Gerry colocó papel toilette y toallas y jabón y...
- Yuleisi sale corriendo hacia el baño.*
- Luciana:** Pobrecita, es que está muy nerviosa porque hoy Gerry le pedirá matrimonio ante todos nosotros.
- Graciela:** ¿Te dijo eso?
- Luciana:** No así exactamente. Me dijo que Gerry le había dicho que hoy anunciaría una decisión trascendental para su vida, que era una decisión de amor. Ella está segura que él le pedirá matrimonio.

Graciela:

Luciana, yo creo que...

ESCENA 14

Entra Gerry desde la habitación de Graciela. Lleva puesta una boina roja, muy femenina y al cuello una chalina de igual color.

Gerry:

¡Por fin! ¿Qué les parece?

Luciana:

Pero el Che Guevara no usaba boina roja, y de mujer menos. Tampoco usaba chalina.

Gerry:

¿No lo comprendes, verdad? Es un toque de distinción que le estoy dando a este uniforme, un fashion Gerry, que yo llamo. Homenajes a mis mujeres favoritas, después de Graciela, por supuesto. La boina es un homenaje al Ruiseñor de Avignon, a Édith Piaf.

Graciela:

Tan bello, gracias. Esa boina me la compré cuando fuimos todos a París, luego que nos graduamos. ¿Se acuerdan?

Luciana:

Por supuesto. ¿Y la chalina en homenaje a quién?

Gerry:

Pues por quien va a ser, por Isadora Duncan. Ay, se me había olvidado. Rita llamó que ya viene en camino. Como ya casi van a ser las doce, voy a empezar a lanzar algunos de esos esmirriados cohéticos que me trajo Antonio.

Graciela:

Te acompaño.

Graciela y Gerry van hasta el balcón. Se ve como Graciela regaña a Gerry por lo de la boina y la chalina. Luego Gerry lanza petardos. Antonio ya ha llegado cerca de Luciana, siempre analizando toda la casa.

Antonio: Estoy emocionado. Siento que aún tengo esperanzas con Graciela.

A lo lejos se escuchan detonaciones, cañonazos, tableteos de ametralladoras, se pueden ver balas trazadoras y reflectores que iluminan a varias partes del cielo y de la ciudad desde La Carlota.

Luciana: Pero, Antonio, ¿no ves que Graciela se acaba de divorciar? ¿Tú acaso crees que ella ahorita está pensando en tener alguna relación?

Antonio: ¿Tú no te fijaste en lo que me pidió?

Luciana: No, ¿qué te pidió?

Antonio: Que viera toda la casa y que le diera mi opinión. Jamás, ni en la universidad, me pidió mi opinión para nada.

Entran Gerry y Graciela riendo.

Gerry: Toda Caracas es una fiesta, por todos lados se escuchan cohetes. A mí me iluminaron la cara con un reflector y les lancé el último cohético que me quedaba. Algo celebran.

Graciela: Mi divorcio, por supuesto.

Antonio: Lo mejor que te ha pasado en la vida.

Graciela: Gracias, tan lindo tú, Antonio.

Antonio: Gracias, gracias. Linda tú.

Graciela: ¿Y bien, Antonio?, no me has dicho nada.

Antonio: (*Tartamudeando*) Di... diii... dicho qué. Ya te dije que estás linda, como siempre.

Graciela: No, eso no, chico. La casa que diseñé. ¿Qué te parece?

Antonio: Ge... ge... nial. Está genial.

Graciela: No exageres, tampoco es genial. Digamos que es a mi medida.

Antonio: ¡Exacto! Eso quise decir. Lo que sí me parece un poco... digamos... extraño... es que dejaran este tubo de aguas blancas en el centro.

*El sonido de los disparos y cañonazos aumenta.
Graciela y Gerry se ríen.*

Antonio: No, no, entiendo, ¿dije algo gracioso, acaso?

Graciela: ¿Es que ni siquiera te imaginas para qué es eso?

Antonio: Ah, entiendo, no es un tubo de aguas blancas. Ya creo saberlo. ¿Hay cables adentro?

Graciela: No, no y no. Ese tubo, como le dices, es para hacer Pole Dance.

Antonio: ¿Pole qué?

Gerry: Es un tubo para hacer Pole Dance. Se usa para bailar. Fíjate.

Gerry se llega hasta el tubo del pole dance y baila magistral y sensualmente. Graciela y Luciana aplauden.

Luciana: Bravo, bravo. No me dijiste que sabías bailar como todo un estríper.

Gerry: Les juro que yo tampoco lo sabía. Es la primera vez. Lo hice por inspiración. A lo mejor lo aprendí en reencarnaciones anteriores, como diría Yuleisi.

Suena el timbre con golpes a la puerta.

Gerry: ¡Al fin! ¡Esa es Rita! ¡Yo le abro!

Corre hacia el pasillo, se escucha el abrir de la puerta y la voz de Gerry que grita: «contraseña o...» no termina de decir la frase porque se escucha, estruendoso, el tableteo de una ametralladora y un cuerpo que cae. Hay gritos de Luciana y Graciela. Antonio se queda paralizado con los brazos en alto.

Apagón rápido en área 1.

ESCENA 15

ÁREA 2

4 DE FEBRERO DE 1999

Se ilumina lento, como un amanecer, el cementerio. Entra Yuleisi. Se ha rapado el cabello y viste como

un monje tibetano. Lleva violetas en un pequeño florero e inciensos para encender. Se arrodilla. Coloca el florero al lado del otro que ya está ahí. Enciende los inciensos. Los va pasando alrededor de la tumba de Gerry.

Yuleisi:

(Saca un pequeño incensario, lo coloca al lado del florero pequeño y ahí coloca los inciensos) Om mani padme hum. Om mani padme hum. Om mani padme hum. *(Pausa)* Gerry, Gerry, Gerry. Sí, ya sé que desde tu entierro no había venido. Ya han pasado siete años, Gerry. Siete años. Estaba viajando en mi búsqueda espiritual. Fíjate, hay una ley esotérica que señala que nada es casual, que todo es causalidad. Te lo digo porque estuve como media hora esperando un taxi para venir a visitarte y todos pasaban ocupados. Hasta que por fin llegó uno. ¿Sabes quién era el chofer? La Comisario de la Disip. Sí, la misma que te disparó. Yo sé que ella nos pidió perdón a todos, a tu familia. La juzgaron y salió absuelta porque como estabas vestido así, como los golpistas, ella te confundió. Ahora es taxista. Qué cosas, ¿no? No, no, no me reconoció. ¡Om mani padme hum! ¡Om mani padme hum! Om mani padme hum es el mantra más famoso del budismo. El mantra de seis sílabas del bodhisattva de la compasión. Sí, ahora estoy practicando las disciplinas del budismo. Ojalá me sirvan. ¿Sabes, Gerry, que he hecho en todos estos siete años? Pues he visitado la mayoría de los templos venerables del mundo. He estudiado todos los libros sagrados: la Biblia, el Corán, la Khabala, el Bhagavad-gita, en fin, son tantos. *(Pausa corta)* Gerry, luego que

Ikú me ordenó que usaras otro disfraz, luego que yo corrí hasta el baño porque ya me hacía pipí, estando sentada en la poceta, vi tu muerte. Quise levantarme para advertirte, pero no pude porque eso era orinar y orinar sin parar. Cuando los Dioses nos dan un don, nos dotan también de un yugo, de una espina en la piel, como decía san Pablo. El mío es orinar. Y no es desde ahora, Gerry, no, es desde niña. Veía cosas que las demás personas no lograban ver, luego me atacaba la tristeza y de seguidas me orinaba. Ay, esa tristeza. Por eso hice todo ese peregrinaje. Hasta me hice pasar por hombre y me uní a una orden de Mevleví, de Derviches giradores, por allá en Turquía. Me dediqué en cuerpo y alma a su danza-meditación. Día y noche, día y noche. Y nada, Gerry. Nada. Al final la tristeza ahí... y luego me orinaba. Imagínate que fui hasta Praiag, en la India, a participar en el Kumbhamela donde había más de 70 millones de personas. Y así, abriéndome paso a codazos entre ellas, logré bañarme en el Ganges. Sí, al fin pude hacerlo. Me sumergí completa en el Ganges para limpiarme de todos mis pecados. ¿Y sabes qué pasó? (*Pausa corta*) Me oriné en el Ganges. Ay, Gerry, Gerry, si supieras cómo lucho, cómo me esfuerzo por no sentir esta tristeza. Me miento y les miento a todos y hasta me río, para que crean que estoy bien, que todo marcha bien en mí, para que nadie se preocupe. Pero no es así. No lo es. Cada día se me está haciendo más difícil vivir. Soy la quintaesencia de la tristeza. El extracto del desconsuelo. Lo más depurado de la desolación.

Entonces oro, imploro, diciendo: Dios, protégeme de mí. Lo digo a ver qué pasa. A ver si se va. ¿Y sabes qué, Gerry? No pasa nada. Nada. Aún, de tristeza, de miedo, me sigo orinando en la cama, como cuando era niña. Om mani padme hum. Om mani padme hum. Om mani padme hum.

Oscuro rápido sobre área 2.

ESCENA 16

ÁREA 1

Tanto la escenografía, como los personajes, deben estar en el mismo sitio que lo dejamos al final de la escena tres (continuidad de acción), cuando Graciela está parada a la entrada de la habitación, sin entender lo que sucede, sobándose su vientre de embarazada con una mano y con la otra sosteniéndose en el umbral de la puerta.

Graciela: ¿Qué pasa con Felipe?

Luciana y Antonio se perturban, pero reaccionan. Luciana apaga el manos libres, mientras al unísono Antonio apaga el televisor.

Antonio: ¿Con Felipe? Nada. No pasa nada. *(Come desafortadamente)*

Graciela: ¿Y quién llamó por teléfono?

Luciana: Ah... fue Rita. Para decir que ya venía saliendo para acá.

Graciela: Qué raro. Cuando me estaba despertando, creí que hablaban de Felipe.

Antonio: Ah, claro. Fui yo. Estaba diciendo que Felipe estará feliz con los regalos para Esperanza. (*Come desafortadamente*)

Graciela: La verdad es que ustedes se pasaron con tantos regalos.

Se escucha que bajan la poceta.

Graciela: Seguro que es Yuleisi.

Antonio: (*Corrigiéndola*) ¡Monique! Ni se te ocurra llamarla Yuleisi. A mí casi me tragó vivo cuando la llamé así.

Luciana: No exageres, Antonio.

Graciela: Debería ir al médico para examinarse esa incontinencia.

Antonio: (*Comienza a hablar rápido, nerviosamente, sin parar*) O casarse. Sí, sí casarse. Es algo médico. Está comprobado. En todas las universidades de los Estados Unidos han hecho estudios sobre la incontinencia y... teniendo un hijo se le quita, yo leí que la incontinencia puede ser generada por...

Luciana: (*Entendiendo el nerviosismo de Antonio*) Ya, ya, Antonio, mejor sigue comiendo. Ay, Antonio, tú y tu machismo.

Graciela: Deberías aprovechar, Antonio.

Antonio: (Con la boca repleta de comida) ¿Aprovechar qué?

Graciela: Casarte con Yuleisi. Los dos siguen solteros.

Antonio: No, no, yo estoy bien así. (Come aún más desafortadamente)

ESCENA 17

Sale Yuleisi del baño.

Yuleisi: ¡Graciela!

Graciela: Parece que hubieses visto un fantasma. ¿Te pasa algo?

Yuleisi: ¿Ya le dijeron?

Antonio: (A Yuleisi) ¿Te lavaste y secaste las manos?

Yuleisi: Por supuesto, Antonio, qué crees que soy.

Graciela: ¿Decirme qué?

Luciana: Que los regalos ya están envueltos y los entremeses listos y que Rita ya viene con el pato laqueado.

Yuleisi: Sí, eso, yo misma los envolví.

Antonio: ¿Quieres que empecemos a abrirlos? (Come)

Graciela: Por supuesto que no. Vamos a esperar a Felipe.

Antonio: Sí, claro, por supuesto.

Graciela: Pero qué calor. ¿Por qué está apagado el aire acondicionado?

- Antonio:** Sí, sí, préndelo, Luciana.
- Graciela:** Hay un vaporón aquí. Ay, qué sofoco, qué calor. ¿Sabén? Esperanza es como tener una pequeña brasa por dentro. Una brasa de amor, por supuesto. (*Sobándose el vientre*) Verdad mi niña. Voy a llenar la bañera y me baño un rato, eso la tranquiliza. Está dándome patadas y más patadas, como si quisiera decirme algo. Nunca estuvo tan inquieta. (*Ríe*) Esperanza ya quiere salir. Ya, mi niña; ya, mi amor, ya nos vamos a bañar. (*Sale hacia su habitación*)
- Antonio:** (*A Luciana*) Llámate a Rita. Llámala.
- Luciana lo hace.*
- Luciana:** Qué va. O sale ocupado, o sale siempre la contestadora.
- Yuleisi:** A lo mejor está llamando para acá.
- Antonio:** (*Comiendo*) Antes que nada, hay que conservar la calma. Mucha calma. Si vuelve a salir Graciela, que nos encuentre calmados. Vamos a calmarnos todos y a esperar a Rita, a ver qué nos dice.
- Antonio se sirve más y continúa comiendo. Trata de leer, en silencio, su partitura mientras come. Luciana descorcha una botella y bebe. Yuleisi se acerca a Antonio.*
- Yuleisi:** ¿Qué dice?
- Antonio:** (*Leyendo*) «La donna è mobile, qual piuma al vento».

Yuleisi: Yo no entiendo el italiano, Antonio.

Luciana: «La mujer es voluble, cual pluma al viento».

Yuleisi: Gracias, Luciana.

Antonio: ...muta d'accento, e di pensiero.

Luciana: Cambia de palabra y pensamiento.

Antonio: Sempre un amabile, leggiadro viso, in pianto o in riso, è menzognero.

Luciana: Siempre su amable, hermoso rostro, en llanto o risa, es engañoso.

Repica fortísimo el teléfono. Todos se estremecen, pero nadie se mueve. Vuelve a repicar.

Antonio: Contesta tú, Luciana, yo... yo... yo no puedo.

Repica el teléfono. Luciana lo contesta, y lo deja en modo manos libres.

Luciana: Sí.

Rita: *(Sollozando)* Sí, manita. Es Felipe. Aquí estoy con él. Está tirado al piso. Le dieron un tiro en la frente.

Yuleisi: *(Por lo bajo)* Om mani padme hum. Om mani padme hum. Om mani padme hum.

Antonio vomita.

Rita: ¿Quién vomita? No me digas que Graciela está ahí.

Luciana: No. Ella se está bañando, es Antonio.

- Yuleisi:** ¿No hay ninguna duda, Rita?
- Rita:** No. Estoy aquí, sentada al suelo, junto a él. Hay muchos muertos y heridos. Tienen que decirle a Graciela, a mí no me entregan el cadáver porque no soy familiar. Me voy a quedar acá, a su lado, esperándolos, porque a los muertos se los están llevando no sé a dónde. Vengan. No tarden. Los espero.
- Rita cuelga el teléfono que queda con el sonido particular.*
- Luciana desconecta el manos libres. Pausa larga.*
- Yuleisi:** Me... me... oriné toda.
- Antonio:** *(Abrazando a Yuleisi)* No tienes por qué apenarte.
- Luciana:** *(Abrazándose a Antonio y a Yuleisi)* Sí, tranquila.
- Pausa larga. Siguen abrazados.*

ESCENA 18

- Entra Gerry desde la habitación de Graciela. Los observa.*
- Luciana:** Voy a decírselo.
- Antonio:** No. No. Somos La Pandilla del Buen Comer, para lo bueno y para lo malo que nos pase. Vamos juntos a decírselo.
- Pausa corta.*

Luciana: ¿Y ahora, qué pasará con Esperanza?

Antonio: Pasará, que ahora todos seremos su papá.

Salen Luciana, Yuleisi y Antonio hacia la habitación de Graciela.

ESCENA 19

Gerry: Antonio no fue a la audición. Se quedó para el entierro. Vendió su hacienda y se marchó a Miami. Luego se fue quedando sin dinero. Con lo que le quedaba, se marchó a Roma. Ahí trabaja de mesonero, pero no ha dejado el bel canto, sigue estudiando y una que otra vez ha cantado en el coro de alguna ópera. Rita, siguió con su restaurante y abrió franquicias por varios países y le va bien... muy bien. Luciana dejó de emborracharse. No toma ni un solo trago. Continúa piloteando aviones, pero en Chile. Sí, se fue. Tampoco regresó, como Yuleisi. Pero lo de Yuleisi fue distinto. Ella fue al Amazonas a contactarse con los ovnis. Se unió a un grupo donde un chamán experimentaba con la ayahuasca. Ella la bebió. Se internó en la selva y luego no lograron ubicarla. Les avisaron a las autoridades que la buscaron por aire y tierra. El ejército se unió a su búsqueda con perros sabuesos que siguieron su rastro hasta encontrar un pequeño pozo de orine que jamás se seca. No se supo más de ella. Algunos dicen que se la llevaron los ovnis. Lo cierto es que ahora, de casi todo el mundo, hacen peregrinaciones hasta el pozo y dicen por ahí que quienes se persignan con su orine, se curan. Eso dicen, a mí no me crean.

ESCENA 20

Entra Graciela, de riguroso luto y cargando a esperanza entre sus brazos. Observa la escena por un momento. Sale y se escucha como pasa llave a la puerta.

ESCENA 21

Gerry: ¿Y Graciela? Graciela cerró esta casa. La dejó tal cual como el día en que mataron a Felipe. Graciela se mudó a Ford Lauderdale y se quedó allá. ¿Y Esperanza? Esperanza ha crecido. Esperanza no sabe nada. Esperanza no habla español. Esperanza sólo habla inglés.

Gerry se dirige hacia los regalos y destapa uno que es un retrato. Lo cuelga al fondo de la pared de manera que pueda ser visto por el espectador. En el retrato están Graciela, Luciana, Yuleisi, Antonio y Gerry, riendo y vestidos con toga y birrete en el día de su graduación. Se aleja y observa.

Gerry: Esa es la foto del día de nuestra graduación. Fue antes de mi glorioso discurso, por supuesto. Claro, falta Rita porque, como siempre, llegó tarde. *(Se sienta y el cuadro le queda atrás. Pausa corta)* ¿Saben algo? A veces, aquí, en mi soledad, pienso tantas cosas. Pienso, por ejemplo, que somos un pueblo con mucho humor, que de todo hacemos un chiste. Pero, de seguidas pienso que ese chiste es como para olvidar rápido lo vivido, quizá para negarlo. Es como si quisiéramos protegernos del dolor con una carcajada y así creer que nada nos ha

pasado. Y no así, así. No es así. *(Pausa larga)* Ah, y luego del chiste, el baile. Sí, no queremos que nada nos duela y nos bailamos hasta nuestros peores desaciertos. ¿Será que así somos? Y ustedes se dirán: «Ay ya esa mariquita se puso patética, seria y nosotros venimos fue a divertirnos». Entonces, si así lo piensan, discúlpenme por arruinarles la diversión, pero es que a veces, hay que pensar y... sobre todo, recordar. Y en eso ando. *(Pausa larga)* En fin, ya terminé de contarles la historia de La Pandilla Del Buen Comer. ¿Ahora? Pues ahora les toca a ustedes contar la suya. Hay tiempo, aún pueden. Si me cuentan, tal vez podré sentir que estoy equivocado en lo que pienso. Pero para eso, tienen que contar su historia... las de todos... la de una sola persona no vale. Hay mucho que contar. Comiencen. ¿Quién es el primero? Yo escucharé con mucho gusto porque siempre estaré aquí... como todos los muertos. Vamos, cuenten, cuenten, cuenten.

Se comienza a oscurecer la escena y sólo queda iluminado Gerry y el retrato, hasta que todo se va a oscuro total.

Telón.

El despiadado reguetón de Candy Crush

El despiadado reguetón de Candy Crush

PERSONAJES

Patricia

Tony Montana

Dairo: Viste gabardina y sombrero a la usanza de Humphrey Bogart. Cabello largo. Atención, en todas las escenas deberá llevar el sombrero y sólo se lo quitará en la escena señalada.

Alexander

Uribe

Hombres de negro: Visten de camisa blanca, corbata y traje negro. Cargan las más potentes e insólitas armas.

Arocha

Verónica

María Brito

Monje Dominicó

Gustavo Ott

David Villegas

ESCENA 1

TORRE EN UN CASTILLO

Ventanal con barrotes. Un televisor de gran pantalla.

Dos sillones, lujosos. Equipo de sonido, con grandes cornetas. Redonda cama matrimonial. Mesón con utensilios de laboratorio químico, tales como buretas, pipetas, frascos reactivos, matraces, balones de fondo plano, etc.

Al comenzar la escena se escucha un ensordecedor reguetón, mientras que los utensilios de laboratorio hierven, burbujan, impregnando el espacio con una humareda de múltiples tonalidades y creando un ambiente de feroz pesadilla.

Patricia, disfrazada como Candy Crush, saca de una bolsa unas cápsulas de diferentes colores y las arroja al piso, mientras baila voluptuosa encima de la cama.

Tony Montana, sin soltar una escopeta de dos cañones, reptar por el suelo recogiendo con la boca y comiendo con voracidad las cápsulas que Patricia le va tirando.

Patricia le arroja más cápsulas. Algunas caen sobre el equipo de sonido y otras en el suelo. Tony se levanta y corre hasta ahí, devorándose las cápsulas. Apaga el equipo de sonido y se tira al suelo donde, con la boca, recoge más cápsulas y se las come.

Patricia: *(Bailando eróticamente)* No seas aburrido, Tony Montana, dame reguetón que aquí está tu Candy Crush que quiere perrear contigo.

Tony: No eres Candy Crush, eres Patricia, una ramera que fornicaba hasta debajo de una campana de laboratorio.

Patricia le lanza cápsulas. Tony se arroja al suelo y las come, tomándolas con la boca.

Patricia: *(Siempre bailando eróticamente)* Memoriza las reglas del laboratorio. Número uno: obligatorio usar bata.

Tony se levanta buscando y apuntando con la escopeta.

Tony: Te voy a matar, vagina de válvula esmerilada.

Patricia le lanza cápsulas. Tony se arroja al suelo y las come tomándolas con la boca. Luego se arrastra buscando a Patricia.

Patricia: Número dos: prohibido comer en el laboratorio.

Tony: *(Se levanta dando tumbos. Apuntando con la escopeta y buscando)* Patricia, tu clítoris es una cuchara de combustión. Te voy a disparar en él para reírme de la flama que te saldrá.

Patricia le lanza cápsulas. Tony corre y se arroja al suelo y las come, desesperadamente, tomándolas con la boca.

Patricia: Número tres: nunca corras dentro del laboratorio.

Tony: *(Se levanta y la sigue buscando, apuntando siempre con la escopeta)* Patricia, tu ano es un matraz Kitazato de cristal bien grueso. Te voy a meter la escopeta por ahí y te voy a disparar para ver si es verdad que tu recto resiste cualquier cambio de presión.

Patricia le lanza cápsulas. Tony corre y se arroja al suelo y las come, desesperadamente, tomándolas con la boca.

Patricia: Número cuatro: no mires dentro de los tubos de ensayo.

Tony: *(Se levanta)* Vagina de matraz aforado, ven a mí.

Patricia le lanza cápsulas. Tony corre y se arroja al suelo y las come, desesperadamente, tomándolas con la boca.

Patricia: Número cinco: no dejes el mechero encendido.

Tony: ¡Sácate ese cuajo que llamas hija y que afea tu vientre! Ah, no quieres, entonces abre la boca porque te dispararé dentro de ella y así apagaré tu mechero y el de esa flema apestosa que proclamas que es mi hija. ¡Mueran!

Tony dispara dos veces. Gran estruendo de dos disparos. Patricia se dobla sobre sí, como si llegara a un orgasmo.

Patricia: *(Se yergue. Excitada)* Qué golosina tan azucarada fueron esos dos balazos. ¡Qué orgasmo más empalagoso! Acabé hasta por las pipetas de mi matriz. Dispárame más, que fue dulcísimo. *(Vuelve a bailar lascivamente)*

Tony: ¡Dame más cápsulas y te mataré las veces que quieras!

Patricia: ¡Tengo otra bolsa llena, pero no te daré ninguna si no me vuelves a poner mi despiadado reguetón!

Tony corre y enciende el equipo de sonido y se vuelve a escuchar el ensordecedor reguetón.

Patricia lanza cápsulas por toda el área. Tony se arroja al suelo, las recoge con la boca y las come con avidez.

Patricia baila, excitada, insinuante.

Oscuro en ese sector.

ESCENA 2

HABITACIÓN DE DAIRO

Es un depósito de objetos robados. Cajas con botellas de anís; televisores; reproductores de música; neumáticos de autos. Una cama individual, de hierro, con barrotes; una nevera, pequeña. Un radio reproductor. Una silla giratoria, de bar. Un escaparate metálico, con candado.

Dairo, con su sombrero a lo Humphrey Bogart, está desnudo y sólo cubierto con un pequeño paño en sus

genitales. Se encuentra amarrado de manos y pies a los extremos de la cama. Tiene una venda en los ojos.

Alexander, quien camina furioso, está ataviado como Marilyn Monroe, el sábado 19 de mayo de 1962, al momento de cantar «Happy Birthday, Mister President», al entonces presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy.

Dairo: ¡Desátame ya, Alexander!

Alexander: ¡No, Dairo, hasta que me digas con quién acabas de estar!

Dairo: ¡Pero te volviste loco! ¿Con quién iba a estar? Me desnudaste, dejé que me amarraras y me vendaras porque ibas al baño para luego salir y darme mi regalo de cumpleaños. De aquí no me moví. ¡Lo juro!

Alexander: *(Desatándole una mano)* Está bien, pero aquí sucedió algo extraño.

Dairo: *(Desatándose la otra mano y quitándose la venda de los ojos)* Qué extraño, ni qué extraño. *(Lo observa. Lujurioso)* Te vez divina, Alexander.

Alexander: No me cambies la conversación. Sí, extraño, porque no recuerdo haberte puesto ese pañito encima de King Kong.

Dairo: Estarás perdiendo la memoria. Cómo me iba a poner yo mismo un pañito encima si estaba amarrado. Seguro que volviste a meterte un tabaco de marihuana en el baño.

Alexander: Sí, pero por tu culpa.

Dairo: ¿Y por qué por mi culpa?

Alexander: Porque King Kong es inmenso, y sólo así lo resisto.

Dairo: Pero te mueres por él. Ven, ya no discutas más que tu King Kong quiere entrar a tu apretada cuevita de Marilyn Monroe. Ven, levántate esa falda y a ahorrajada sobre mí, relincha de dolor sobre mi leño.

Alexander: (*Canta, sensual, acercándose*) Happy Birthday, too you. Happy Birthday, too you. Happy Birthday, Mister President... (*Ya cerca. Huele*) ¡Asco!

Dairo: ¿Qué te pasa ahora?

Alexander: ¡Qué apestas a mujer!

Dairo: Esa hierba es de la mala, te hace alucinar locuras.

Alexander: ¡Nunca más me vas a tocar, nunca! ¡Eres un inmundo! (*Sale furioso*)

Oscuro en ese sector.

ESCENA 3

TORRE EN UN CASTILLO

Todo está perfectamente ordenado.

Los utensilios de laboratorio están apagados y sistemáticamente dispuestos sobre el mesón.

Tony, durmiendo recostado al equipo de sonido, está abrazado a la escopeta. Patricia, embarazada de nueve meses, está sentada al borde de la cama y, adolorida, se soba el vientre.

Tony: *(Dormido. Drogado. Grita)* ¡No eres Candy Crush, eres Patricia y voy a dispararle a ese moquillo que te crece en el vientre!

Patricia: Ay, ay, ay, cálmate hija mía. No te hará nada. Jamás lo permitiré. No, hija, no puedo disparar porque duerme aferrado a la escopeta que tanto bien te hace. ¡Ay, mis entrañas! ¡No me patees! Me haces doler todas las fibras de mi corazón. ¡Cálmate! Pronto nacerás y se oirán las trompetas que anuncian tu pregón de muerte.

Tony se queja, casi se ahoga. Se calma.

Patricia: Antes que te formases en mi vientre te conocía, y aun antes de nacer ya estabas santificada y designada como Reina de las Naciones y al no más parirte, estarás sentada en el trono del mundo para arrancar y destruir a quienes no te sigan, para arruinar y derribar a quienes se te opongan. Para edificar y plantar en los países que se ajusten a tu Ley. Ese es el Arca del Pacto de la Corte de los Illuminati. Ay, hija. Si al menos tu padre te diera un nombre, se salvaría.

Tony tiene convulsiones, cae de lado y vomita algunas cápsulas. Sigue desmayado.

Patricia: Sí, hija, lo haré, pues tu padre es un incircunciso hasta del corazón.

*Patricia se llega hasta Tony. Le quita la escopeta.
Lo observa.*

Oscuro rápido.

ESCENA 4

SALA DE ESPERA DE UNA LUJOSA CLÍNICA

Se escucha estrepitosa música heavy metal.

Uribe, molesto, camina de un lado a otro, llevando una escopeta de dos cañones.

Los hombres de negro están en sitios estratégicos con sus extrañas armas prestas a protegerlo.

Alexander, amaneradamente y con asco, limpia una motosierra que contiene rastros de sangre y de huesos, los cuales va depositando en un balde donde se asoma un pie sangrante. En el suelo, cerca del balde, una mano ensangrentada.

Dairo se acerca a un hombre de negro que tiene un mini reproductor y baila en un rincón al ritmo de la estrepitosa música. Dairo le arrebata el mini reproductor y lo lanza a un lado. Al hacerlo, cesa inmediatamente la música. El hombre de negro, molesto, va por el mini reproductor.

Se escucha el llanto de un niño. Cesa el llanto.

Uribe:

¡Al fin un llantico! ¿Y entonces, Consejieri, ya me parió la Elvira?

- Dairo:** Aún no, don Uribe, pero de cierto os digo que el primero será hembra y de inmediato...
- Uribe:** (*Molesto*) ¡No! ¡Tiene que ser varón para que reciba mi heredad y maneje mis negocios! Las hembras sólo son para montarlas, parir y hacer mandados.
- Alexander:** Oye, hediondo, yo estaba cuando mi hermano te ordenó que le pidieras a la Corte de los Illuminati que Elvira pariera un varón. Y sus órdenes se cumplen, yo las lubrico.
- Uribe:** Rubrico, Alexander, no lubrico.
- Alexander:** Eso mismo.
- Dairo:** El espíritu del santo Vladimir, Jefe de la Corte de los Illuminati, fue muy preciso en lo que concedió. Dijo que primero nacería la niña y de seguidas el niño y...
- Uribe:** «¿Por qué no pruebas a meterte la cabeza por el culo, a ver si te cabe?», como te diría el gran Tony Montana. Te advierto algo, Dairo, si quieres continuar siendo mi Consejieri, hoy debe nacer mi hijo porque si no le voy a pedir a Alexander que te guinde por las bolas.
- Alexander:** Y lo haré con mucho gusto. ¡Por inmundo!
- Dairo:** (*Sostiene el rostro de Alexander y lo besa*) Me rompiste el corazón, Fredo.
- Alexander:** (*Escupiendo y limpiándose la boca*) Asco. Te voy a picar en pedacitos por besarme. (*Enciende la motosierra*)

Uribe: (*Furioso*) ¡Apágala!

Alexander apaga la motosierra rápidamente y sin chistar.

Uribe: (*Iracundo*) ¡Me estás fallando, Alexander!

Alexander: (*Aterrado*) ¿Yo?

Uribe: Si hubieses estudiado, te habrías dado cuenta que ese beso y lo que te dijo Dairo, es una frase de la película *El Padrino*.

Alexander: La he estudiado y también he visto diecinueve veces *Scarface*.

Uribe: (*Calmado. Nostálgico*) Ay, *Scarface* siempre me pone sensible. Tony Montana vivirá para siempre en mi corazón. Es más, a mi hijo le pondré Tony Montana como nombre.

Alexander: Es una idea excedente.

Uribe: ¡Excelente, no excedente!

Alexander: Eso mismo.

Uribe: El despiadado final del romántico Tony Montana fue por no haber visto jamás esa cátedra delincuencia que es *El Padrino*. Espero que al menos hayas aprendido eso.

Alexander: Lo aprendí perfectamente.

Uribe: Sí, *Scarface* me pone sentimental porque recuerdo a Apolonia, mi patria. Tengo tantas cosas en común

con Tony Montana. Él se tuvo que expatriar como yo. Él era un perseguido político al igual que yo.

Dairo: Pensé que había huido de Apolonia porque le declararon enemigo público número uno.

Uribe: Eso dice la prensa del régimen, pero fue por razones políticas. ¿Cómo se puede progresar en Apolonia si es el único Estado del mundo donde su presidente y su tren ejecutivo son honestos? Los honestos no son más que unos inadaptados sociales. Soy un perseguido político y nadie puede acusarme de robar a un compatriota.

Alexander: Me costra.

Uribe: Me consta, se dice me consta.

Alexander: Eso mismo.

Uribe: Yo sólo despojaba a los turistas que deseaban conocer esa maravilla de país donde sus funcionarios y el pueblo mismo se mostraban al mundo como un dechado de decoro. Eso de ser un país de honestos, de incorruptibles y sin ninguna delincuencia, lo aproveché como una ventaja comparativa. A Alexander, que estaba pequeño, lo disfrazaba de niña y nos íbamos al aeropuerto con mi madre, como una familia que saldría de viaje. En la fila correspondiente a las mujeres, Alexander, haciendo que jugaba, metía rápidamente su mano dentro las carteras a las turistas y las robaba. Era rápido y tan sutil, que ellas no sentían nada. Yo mismo le enseñé ese arte.

Alexander: Y no he perdido facultades, pues jamás se olvida lo que se aprende desde niña.

Uribe: Desde niña no, desde niño.

Alexander: Disculpa, tuve un lapislázuli.

Uribe: Un *lapsus mentis*, no un lapislázuli.

Alexander: Eso mismo.

Uribe: Apolonia, Apolonia. Qué nostalgia. Aún evoco cómo Verónica, mi madre, quien fue bendecida con una garganta profunda, se lo hacía a los turistas en los urinarios del aeropuerto.

Alexander: Y aún se ejercita cada día más. Yo le he visto que ahora se puede meter en la boca hasta dos salchichas polacas. Me dijo que quiere ser más siniestra.

Uribe: Diestra, no siniestra.

Alexander: Eso mismo.

Uribe: Mientras mi madre complacía a algún turista, y como este tenía el pantalón abajo, yo, desde el baño contigo, metía la mano y le sustraía la cartera. Luego, cuando tenía que pagarle a mi santa madre por los servicios orales prestados y se daba cuenta que no tenía la cartera, ella lloraba, gritaba y lo amenazaba con hacer un escándalo en el propio baño de caballeros del aeropuerto. El turista, sin chistar, se quitaba una cadena o una sortija, en fin, cualquier objeto de valor que llevase y con ello

le pagaba a mi madre. Ya empezábamos a estar boyantes... pero nos descubrieron.

Alexander: Y un turista fue quien te hizo la felación.

Uribe: Delación. Delación, Alexander, no felación.

Alexander: Eso mismo.

Uribe: ¡Nadie antes me había delatado! No querían quedar como mentirosos al decir que habían sido esquilados en el único Estado que tenía un gobierno y un pueblo incorruptible. Un turista se dio cuenta que de su habitación faltaba un reloj de oro y lo denunció ante la Gerencia del Hotel. Otros se llenaron de valor y comenzaron a denunciar. El único botones que cubría el servicio de habitaciones el día de esos robos, era yo. Llegó a los titulares de todo el mundo. Turistas de diferentes países que nos habían visitado, fueron a sus televisoras y contaron lo que les había acontecido en Apolonia. Investigaron todas las denuncias y ellas nos señalaban como una banda de delincuencia organizada. La nación entera pedía nuestra muerte. Sentían que los habíamos hecho quedar mal ante el mundo. Sabía que si nos agarraban, nos lincharían por traición a la patria. Atravesando la selva, perseguidos por los soldados de David Villegas, cruzamos al fin el río que nos separa de Apolonia. Aquí, en Babilonia, vendí los relojes, las cadenas, las pulseras, todo lo poco que me pude traer. Metí a Alexander y a Verónica en una pensión. No sabía qué sería de nuestras vidas. Y así, triste, deprimido, entré al cine y vi por primera vez la película *El Padrino* y fue una iluminación. Sí,

ahí estaba todo. El Padrino era un inmigrante como yo y había triunfado. Salí del cine y estudié a sus políticos, a su policía, a sus jueces, a sus senadores y diputados. ¡Sí! Este país, Babilonia, era como una mujer putísima y con las piernas abiertas esperando solamente que yo la violara. Aprendiendo de esa película me fui hacia arriba, como la espuma. Conseguí la nacionalidad como si hubiese nacido aquí. Puedo ejercer cualquier cargo público que se me antoje y llegar a presidente, que es mi meta. Y cuando lo logre estarán a mi lado Elvira; mi hijo, mi madre, mi hermano, mi cuñada, en fin, mi familia. Es por ello, Alexander, que debes instruirte del Padrino.

Alexander: Lo que sucede es que *El Padrino* son tres películas, memorizarlas no es colcha de ajo.

Uribe: Colcha no. Concha de ajo.

Dairo: No haces el esfuerzo.

Alexander: Lo hago, apestoso, mentiroso, farsante.

Uribe: ¿Y por qué dices eso de Dairo? ¿Qué te ha hecho?

Alexander: Este... pues... bueno... lo digo porque él todo lo que te dice es para quedarse con mi puesto.

Uribe: ¡Jamás! Dairo no es de la familia.

Alexander: (*En secreto*) No sólo no es de la familia, es mari-concete porque no creo que en la película *El Padrino*, Al Pacino le haya metido la lengua hasta la garganta a Fredo.

Dairo: Don Uribe, sólo deseo que cumpla esa meta que se ha trazado, aunque me excluya. No importa. Estoy para servirle. Es por ello que le invito a preguntarle una frase, sólo una, para saber si Alexander le ha hecho caso.

Uribe le coloca la escopeta en la frente a Alexander.

Uribe: Si quieres seguir siendo mi segundo al mando, debes saber todo sobre *El Padrino*. Si no lo haces, perdería dinero por tu ignorancia y tendría que matarte. (*Imita a Marlon Brando, en la película El Padrino*) «No es nada personal, es cuestión de negocios».

Alexander: No le hagas caso a Dairo, pues como dice *El Padrino*. (*De memoria. Imitando a Al Pacino en la misma película y rápido*) «Nunca te pongas del lado de nadie que vaya contra la familia».

Uribe: (*Le palmea el rostro con el cañón de la escopeta*) Bravo, bravo. Este es mi muchacho. (*A Dairo*) Y sabes qué, no me gustó eso que le llamaras Fredo, por más que esté en *El Padrino*. Fredo era un resentido, un cobarde, un bueno para nada y, sobre todo, un traidor. Alexander jamás me traicionaría. (*Se sienta molesto a esperar*)

Alexander: (*Se sienta a su lado*) Jamás, hermanito.

Se vuelve a escuchar la estrepitosa música heavy metal. El hombre de negro, de nuevo, tiene el mini reproductor con la música. Dairo se dirige hacia él.

Oscuro en ese sector.

ESCENA 5

TORRE EN UN CASTILLO

Tony duerme en el mismo sitio que su escena anterior.

Tras el ventanal con barrotes, Patricia saca la escopeta y dispara dos veces.

Tony: *(Despierta aterrado y se arrodilla en su sitio)* No, don Uribe, no me mate, se lo ruego. No fui yo, fue Patricia, fue ella quien me sonsacó e hizo que le traicionara. Perdóname.

Patricia: No le temas a Uribe, porque nuestra hija y yo, enfermedad y herida le seremos. Lo convertiremos en desierto, en tierra desahuciada, pues no sólo violó la Ley de los Illuminati, sino que intentó destruir su Corte de Adoración. Tony Montana, reconoce a tu hija como nuestra, pues incienso y buena caña olorosa pondrán a su paso. Vamos, sálvate, dale un nombre y tu apellido, pues si no serás abono a nuestros pies. Aún estás a tiempo y si lo haces, se multiplicarán tus días, bienes y fortuna. Dale un nombre y tu apellido, ella está esperando.

Tony Montana va hacia Patricia y le arrebató la escopeta.

Tony: Cada día estás más loca, Patricia. Esa mucosidad que tienes en el vientre se te subió al cerebro y te lo está carcomiendo. Te dije que abortaras.

Patricia: Jamás. Tendré una niña índigo que cambiará al mundo.

Tony: Más bien una demonia. Gracias a ella, ahora tenemos que vivir aquí, en la torre de un castillo en Apolonia, como si fuéramos presos.

Patricia: Pues no lo somos. Convivimos como huéspedes de honor del mariscal en jefe David Villegas, ministro de Defensa de Apolonia.

Tony: Ese ministro enano, viejo, calvo y barrigón lo que te quiere es coger y tú le haces fiesta y mucha sonrisita. ¿Sabes algo? En mis pesadillas sueño que te mato, a ti y a tu coágulo, así que deja de darme celos que no respondo. Ya tengo la cabeza más que jodida desde que nació. Mi madre, María Brito, me abandonó sin dejar rastro. A mi padre, Alexander, más de una vez lo vi vistiendo las ropas de ella y chancleteando por toda la casa. Mi abuela Verónica, que me quería mucho, me cuentan que murió asfixiada. Si no hubiese sido por Uribe, como le dices, faltándole el respeto, si no fuera por él que se ocupó de mí, que pagó mis estudios e hizo que me graduara de químico en la prestigiosa Universidad Católica de Babilonia, me hubiese vuelto loco. Siento que lo traicioné por ti, por eso mi cabeza está peor y llena de pesadillas, no te lo perdonaré. Y te advierto, no vuelvas a disparar mi escopeta jamás.

Patricia: Los disparos calman a nuestra hija.

Tony: *(Mientras va hacia la cama con una bolsa repleta de cápsulas y la escopeta)* Listo. Ahora sí. No me salté ningún paso y he preparado la fórmula que me dictaste para tener sueños bonitos y a colores.

Patricia: Yo te cumplí. Te inventé esa fórmula para que ya no tengas pesadillas. Ahora cumple tú y otórgale un nombre y tu apellido a nuestra hija, ya que si nace y no lo has hecho, aunque te vistas de grana, aunque te adornes con atavíos de oro, aunque pintes con antimonio tus ojos, será en vano pues serás destruido.

Tony: *(Ya en la cama, traga varias cápsulas)* Sigue, sigue leyendo esas locuras de los Illuminati. Cada día no sólo estás más fea con ese vientre inflamado por la secreción que llevas dentro de él, sino que de tanto leer esa basura del santo Vladimir, el cerebro se te volvió un revoltijo de augurios y chifladuras. *(Traga varias cápsulas)*

Patricia: ¡Debes reconocerla!

Tony: ¡En esta vida todos somos desconocidos! *(Traga varias cápsulas)* Estas nuevas cápsulas son como algo lentas. *(Cae rápidamente en la cama, completamente desmayado)*

Oscuro.

ESCENA 6

SALA DE ESPERA DE UNA LUJOSA CLÍNICA

Se escucha estrepitosa música heavy metal.

Uribe, sentado, molesto, espera. A su lado, Alexander.

En un rincón, el mismo hombre de negro, escuchando la música del mini reproductor. Dairo ya va

llegando hasta él. El hombre de negro, al verlo, se aparta hacia otro rincón de la clínica. Dairo vuelve a dirigirse hacia él, pero esta vez bailando. El hombre de negro le sonrío. Dairo baila al frente de este, quedando de espaldas al espectador y se abre la gabardina como un exhibicionista. El hombre de negro queda boquiabierto, al verle el sexo. Luego mira, aturcido, a la cara de Dairo. Este aprovecha y se le encima y lo apuñala varias veces. El hombre de negro muere sin que nadie se dé cuenta. Dairo lo acomoda para que pareciese que está vivo y vigilante con su arma. Dairo agarra el mini reproductor y lo destruye. De inmediato se deja de oír la estridente música. Se escucha llanto de niños.

Dairo: (A Uribe) He ahí que esos que lloran, sí son tus hijos. El que llora más fuerte es el varón.

Uribe: Y el varón nació en gracia, pues esta escopeta, forjada en plata y oro, recortada, de dos cañones, será su primer regalo.

Dairo: Vladimir es un santo que siempre cumple, por algo preside la Corte de los Illuminati.

Uribe: Pues anda ya y llévale ofrendas.

Dairo: Sólo acepta lingotes de oro, dos por cada criatura que ha nacido.

Uribe: Pues que así sea. Anda y llévaselos de mi parte.

Dairo sale.

Oscuro en ese sector.

TORRE EN UN CASTILLO

Patricia está sentada en un sillón, sobándose el vientre con la escopeta. Tony, acostado en la cama, se revuelca y habla desde su pesadilla.

Tony:

No te llamas Candy Crush y eso que llevas en la bolsita no son caramelos, son mis cápsulas para soñar bonito y a colores, vamos, devuélvemelas. No, Patricia. Aléjate del mariscal en jefe David Villegas. ¿Dairo? ¡Dairo! Dairo, qué haces aquí, en Apolonia.

Patricia:

(A su vientre) Tranquila, mi bebé aún sin nombre. Es tu padre en otra de sus pesadillas. No le hagas caso. Voy a disparar para que te tranquilices. *(Lo hace, pero sólo se oye el click de los disparos)* Tu padre, le sacó las balas. Pero yo ya me he vengado. Le cambié la fórmula de las cápsulas para soñar bonito y a colores por otra que da horrendas pesadillas en blanco y negro. Ay, mi bebé, cálmate, tus patadas me cimbran de dolor. Sosiégate pues aunque tu envilecido padre nos desampare, no nos faltará nada en Apolonia pues el mariscal en jefe... Ay, hija, ay, aplácate, ya sé que quieres nacer y anunciar guerra. Ya muy pronto asaltarás a la mañana, al mediodía, a la misma noche atacarás y destruirás sus ranchos, sus barrios, sus villas miserias, y destruirás a todo pobre desventurado porque de ellos jamás serán los cielos de esta tierra. Es palabra anunciada por el santo Vladimir y está sellada bajo siete llaves en la Corte de los Illuminati. Ay,

hija, ay, apacíguate que tus patadas son como azotes en mi vientre... ¿Quieres ver televisión?

Patricia se levanta y enciende el televisor.

ESCENA 8

En la televisión transmiten monasterios enclavados en montañas nevadas y se oyen cantos gregorianos.

Patricia: Ay, no me patees. Serénate. ¿Qué puedo hacer? Ese es el programa más divertido de Apolonia.

Desde el televisor se oye ahora sonido ensordecedor de tambores militares.

Patricia: (A su vientre) ¿Te agradó el retumbar de los tambores? Sí, sí, esos tambores parecen disparos. Te quedaste tranquila, te dormiste, mi bebé aún velada de nombre y apellido.

ESCENA 9

En pantalla aparece un monje dominico.

Monje: (Desde el televisor) Interrumpimos este glorioso programa de cantos gregorianos, para pasar a transmitir en cadena nacional un mensaje de nuestro venerable primer mandatario Gustavo Ott.

Sonido ensordecedor de tambores militares.

ESCENA 10

En pantalla aparece Gustavo Ott, con vestidura a la usanza de san Francisco de Asís y, cruzada sobre

su pecho, la banda presidencial de la república de Apolonia. A su lado: el mariscal David Villegas, en uniforme de gala y repleto de medallas.

Gustavo:

(Lee un pergamino) Yo, Gustavo Ott, presidente de la república de Apolonia, informa a la nación lo siguiente. Considerando: que la república de Apolonia ha sido faro para el mundo en su lucha contra cualquiera que se aproveche de los dineros públicos, y para hacer énfasis que ese es nuestro norte como Estado, resuelve. Se modifica el nombre de república de Apolonia por el de la República Libre de Corrupción de Apolonia. Cúmplase.

Sonido ensordecedor de tambores militares.

Gustavo:

Yo, Gustavo Ott, presidente de la República Libre de Corrupción de Apolonia, informa a la nación lo siguiente. Considerando que cada año hay aumentos de sueldos, salarios, estipendios y bonos de eficiencia para los altos funcionarios públicos. Considerando que esas costosísimas erogaciones bien podrían servir para construir más escuelas donde lo sacro sea materia única y así formar apolinenses consagrados a la bondad. Considerando que esas onerosísimas erogaciones bien podrían servir para la construcción de hospitales, pero ahora sólo de medicina homeopática, acupunturista, de cristales, minerales, florales, alquímica y yerbatera, para así eliminar de una vez por todas la medicina alopática donde el lucro es su razón de ser. Considerando que esas exorbitantes erogaciones bien

podrían servir para construir más viviendas, pero ahora de un solo ambiente de cuatro por cuatro y con todas las comodidades monacales, abaciales y cartujanas, para que así den fe de nuestro desprendimiento franciscano. Decreta. Primero. Se eliminan a partir de este momento los sueldos, salarios, estipendios, bonos y viáticos a todos los funcionarios públicos. Segundo. A partir de este momento el pueblo de Apolonia supervisará el rendimiento de los funcionarios y decidirá el monto a pagar por días trabajados. Tercero. El monto a pagar no podrá hacerse en Apolínea, la nueva moneda de libre circulación, sino que se cancelará en vituallas, verduras, frutas, semillas, vegetales, gramíneas, arroces, trigo, avena, granola, cebada, maíces y leche de soya. Cuarto. Ningún pago podrá hacerse en bebidas gaseosas y mucho menos espirituosas. Quinto. El monto a pagar, dado que es vegano y busca proteger el medio ambiente terráqueo, aéreo, acuático y del universo entero, de ninguna manera podrá ser objeto de protesta alguno por los funcionarios que lo reciban. Estos decretos tienen valor, rango y fuerza de Ley en toda la República Libre de Corrupción de Apolonia y pasarán a ejecutarse de inmediato. Cúmplase, Gustavo Ott, presidente la República Libre de Corrupción de Apolonia.

Gustavo Ott mira a cámara. Se oyen aplausos grabados. Sonido ensordecedor de tambores militares. Sale la imagen del presidente Gustavo Ott y la del mariscal David Villegas.

ESCENA 11

Regresa la imagen del monje dominico.

Monje: Y ahora continuamos con nuestra excitante programación regular.

ESCENA 12

De nuevo imágenes de monasterios enclavados en montañas nevadas y se oyen cantos gregorianos.

Patricia: Ay de ti, Gustavo Ott, presidente de Apolonia. Ay, de ti porque tus inclinaciones no son nuestras tendencias, ni vuestras cruzadas las de la Corte de los Illuminati. Los carriles nuestros son más rígidos que los vuestros, y nuestras apretaduras son más poderosas que las tuyas. Ay de ti, pues ahora has encendido la ira del santo Vladimir y como saeta de fuego toda la Corte de los Illuminati vendrá contra ti y hacia los tuyos, y no habrá quien la detenga. ¡Ay, de ti!

Oscuro.

ESCENA 13

SALA DE ESPERA DE UNA LUJOSA CLÍNICA

Entra Arocha, seguido de verónica y María Brito. Cada una trae a un recién nacido envuelto en blancas cobijas.

Arocha: Don Uribe, antes que nada mis dobles parabienes para usted, por sus dos criaturas recién venidas al mundo. También es mi deber decirle algo.

Verónica: Te felicito, hijo, pues no sólo has tenido una niña, sino también un niño.

Uribe: Hoy habrá fiesta en mi fortaleza y en toda la ciudadela para delincuentes que construí, así lo ordeno. Además, para celebrar, habrá puro whisky dieciocho años y cocaína hasta que les sangre la nariz. Gratis. Todo gratis. Yo invito.

Hombres de negro, alborozados, dan vivas a Uribe.

Arocha: Está muy bien, don Uribe. Usted como siempre espléndido, pero antes de comenzar la celebración quiero explicarle algo. Fíjese, yo no esperaba a unos morochos pues doña Elvira jamás quiso que la examinaran y creo que eso contribuyó a que ella...

Uribe: *(Interrumpiéndolo)* No hable tanta paja, doctor Arocha, que me debe una.

Arocha: *(Asustado)* ¿Yo?

Uribe: Doctor Arocha, yo te monté esta clínica de lujo para que atendieras a mis subalternos heridos.

María Brito: Me consta, cuñado, y sé que no sólo hablo en nombre mío y en el de mi casto esposo Alexander, sino en el de todos mis compañeros y compañeras de brega diaria pues al haber mandado a levantar esta clínica ha sido de gran ayuda laboral, ya que me han atendido dos veces cuando e ingresado balaceada y los puntos me los agarraron pequeñitos y casi no se ven las cicatrices.

Uribe: No me des las gracias a mí, gorda María Brito, sino a la película *Carlitos Way*. Ahí fue que vi que Carlitos Brigante dijo: «Los hijos de puta siempre te disparan de noche, cuando lo único que hay es un médico de guardia novato con un cerebro somnoliento». Por eso mandé a hacer esta clínica para que los trataran bien. Con respecto a usted, doctor Arocha, sí, me debe una porque fue para eso que le puse al frente de esta clínica y no para que hiciese cirugías estéticas a María Brito y a las otras putas de la ciudad.

María Brito: Gracias por la parte que me toca, cuñado, pero mire, con todo respeto y no es por defender al doctor Arocha pero sus cirugías estéticas son las más baratas y le ponen a una el rostro que desee. Míreme, aumentó mis senos y además ya casi me parezco a Nicole Kidman, pero bien morena, por supuesto.

Uribe: Es barata, gorda María Brito, porque utiliza aceite usado de auto para aumentarles las tetas.

María Brito: Ah, con razón que cuando me las lavo, sale un humito y un olorcito como de tubo de escape. Qué hijo de puta eres, doctor Arocha.

Alexander: Y no sólo eso, hermanito, el doctor Arocha es un delator.

Uribe: Delator, Alexander, se dice delator.

Arocha: ¿Yo, delator? ¡Jamás! Soy devoto de la Corte de los Illuminati. Jamás delatamos, sólo negociamos.

Uribe: Eso es verdad, para los devotos de esa Corte, todo es negocio. Pero la familia es la familia y se debe oír. (*A Alexander*) ¿Por qué dices que Arocha es un delator?

Alexander: Ah, porque para que el culo se le viera más grande a mi virginal esposa María Brito, le ofreció inyectarle una vaina de policías metropolitanos.

Uribe: Policías metropolitanos no, Alexander. Se llaman polímeros, Alexander, polímeros. Prefiero que no sigas memorizando palabras sin ton ni son del diccionario.

Alexander: Gracias, hermano, gracias. Me quitas una gran pesadez estomacal de los hombros.

Uribe: Arocha, Arocha, Arocha, ahora que recuerdo me debes más de una, pues también está el asunto de las benditas dietas. Ahora todas las putas que trabajan para mí, parecen una espátula y sólo hablan de lo maravillosas que son tus píldoras para adelgazar y de tus excelentes dietas hasta cuando uno se las coge.

María Brito: Eso sí es verdad, la Valentina hizo esa dieta con todo y píldoras y ahora parece un silbido. Claro, ya nadie la usa mucho porque vive mareada y recostada del poste de la calle. Yo no haría dieta nunca porque las gordas somos todo sabor. Además a Alexander lo que le gusta es comer y comer y comer y pues yo, siendo tan buena esposa, lo acompaño.

Uribe: Pues deberían ir pensando en tener hijos, en vez de comer tanto.

- María Brito:** Es lo que yo le digo, pero ni siquiera me toca.
- Uribe:** ¿Cómo así, Alexander?
- Alexander:** Es... es... es que quería que tú, hermanito, fueses el primero en tener hijos.
- Uribe:** Pues ya los tengo, así que ahora ponte a preñar a María Brito, quiero una familia grande. (*A Arocha*) Y tú, ¿creíste que no me iba a enterar? Nada ilícito de lo que suceda en Babilonia es un secreto para mí. Ah, pero, relájate, hoy estoy feliz por este hijo y no te sucederá nada, pero te advierto que si vuelvo a escuchar a otra mujer hablando de su puta dieta cuando la estoy montando, juro que le corto el cuello a ella y luego a ti. Por ahora te perdono.
- Arocha:** Gracias por su perdón, pero mire, tengo que decirle algo importante y es...
- Uribe le quita el recién nacido a María Brito.*
- Uribe:** Pesado, duro y fuerte como yo.
- Verónica:** No, esa es la niña. Toma, este es tu hijo.
- Uribe devuelve el recién nacida a María Brito y carga ahora el de Verónica.*
- Uribe:** Pero la carajita se siente más pesada, más robusta. Este no pesa casi y se siente como carapacho de pollo.
- Arocha:** Es que nació de segundo, fue por eso. Pero lo peor fue que...

- Uribe:** *(Luego de abrir la cobija y ver al niño)* ¿Y qué vaina es esta doctor Arocha?
- Arocha:** Su... su hijo... su hijo, don Uribe.
- Uribe:** ¿Mi hijo? Cómo qué mi hijo. *(Le entrega el niño a Alexander)* ¿A ti te parece esta vaina mi hijo?
- Alexander:** *(Observándolo)* ¡Verga!
- Uribe:** *(A María Brito)* Déjame ver la carajita. *(La observa)* No joda, tiene los ojos abiertos y tan claros que casi parece ciega.
- Alexander:** Y este niño no es tostadito. Es decir, no tiene nuestro colorcito y ni siquiera bemba, hermanito. Parece más bien un pan de leche, pero todo arrugado y como coñaceado.
- Arocha:** Todos los niños se ven así al principio, pero luego cambian. Además, con él tuve que utilizar un fórceps y jalarlo, era como si no quisiera nacer pues se aferraba al tobillo de su hermana.
- Alexander:** Y el fórceps ese como que le jodió el güevo porque le quedó largo pero enroscado como rabo de cochino.
- Arocha:** Eso es normal. Por lo demás, el niño, en ese sentido de su masculinidad, está más que bien dotado.
- Alexander:** Sí, cierto, se ve, pero qué va, qué va, no se parece nadita a... a tu cosa, hermanito, tú eres más bien como cañón corto.

Uribe: ¡Cállate de una vez por todas, Alexander! ¡Esa puta de Elvira ya me va a explicar esta vaina!

Arocha: No podrá explicárselo porque...

Uribe: Como qué no. Yo no seré médico como tú, pero tengo métodos más que científicos para hacerla hablar y que así me diga quién es el padre de estas raticas hepatíticas.

Arocha: Me temo que no va a poder ser, don Uribe. Doña Elvira pereció en el parto, es lo que he tratado de decirle desde hace rato.

Uribe: ¿Se murió?

Alexander: Y se murió sin tu permiso, hermanito.

Arocha: Lo lamento, hice todo lo que estuvo en mis manos. De haberse hecho el ecosonograma, yo podría haber observado que eran dos en vez de uno y que venían abrazados. Parir dos criaturas fue demasiado para ella. Yo sé que no es consuelo, pero ahora ya tiene dos hijos, una hembra y un varón.

Uribe: ¡Esas alimañas lechosas no son mis hijos!

Alexander: Y se ve, hermano. Fíjese, mírelo. Este niño no es amarronado ni en el japarito.

Uribe: Pajarito, Alexander, no japarito.

Alexander: Eso mismo. El pipí le tira más bien como a catire, como el del doctor Arocha.

Uribe: ¿Y cómo sabes tú que el doctor Arocha lo tiene catire?

Alexander: ¿Ah? Bueno... este... porque yo vigilo a todo el mundo y en cualquier momento y lugar. Es mi deber para contigo. Pero, mira, fíjate ahora en la niña, es una blanquita pero de las bien lavadas y, sin duda alguna, esos ojos azulosos son como los del doctor Arocha.

Uribe: ¡Maldito seas, doctor Arocha!

Arocha: Espere, don Uribe, no se precipite. Yo... yo puedo explicarle científicamente porque ese niño se ve tan blanco y...

Uribe: ¡Hijo de puta!

Arocha: *(Se va alejando de la escena)* No se ofusque, don Uribe. Y deje de apuntarme. Le aconsejo que lo piense, llevo el escudo de la Corte de los Illuminati tatuado en mi antebrazo, soy un devoto principalísimo de ella y...

Uribe: No me digas que eres inocente, Arocha, porque insultas mi inteligencia y eso me encabrona de sobremanera. Confiesa, desgraciado.

Uribe amartilla la escopeta, sin dejar de apuntar a Arocha. Este corre fuera de escena.

ESCENA 14

Uribe dispara los dos tiros de la escopeta hacia donde ha huido Arocha. Se escucha un cuerpo caer.

Uribe: *(Hacia donde cayó Arocha)* ¡Game over, maricón!
¡Game over para tu santo Vladimir y la mierda de
su Corte Illuminati con su tatuaje y todo, hijo de
puta!

María Brito se acerca a mirar sin salir de la escena.

María Brito: *(Luego de mirar)* Ahora le dirán Arocha el Illumi-
nati sin cabeza. Se la voló completa.

Uribe: *(A todos)* ¡Que nadie hable de lo sucedido hoy!
¡Que ni siquiera alguien haga un comentario,
porque no lo mataré sino que le sacaré los ojos con
mis propias manos y luego le cortaré la lengua y
así lo lanzaré al mundo! ¡Querer joderme a mí es
querer joder al mejor!

Alexander: ¿Hoy? Yo no he visto que haya sucedido nada hoy.
(A los hombres de negro) ¿Y ustedes?

*Los hombres de negro niegan, otros silban, otros
miran hacia el techo.*

Alexander: *(Entregándole rápidamente el niño a Verónica)*
Toma este paquetico de no sé qué cosa.

Verónica: *(A Uribe, acercándole a los niños)* ¿Y qué hago con
esto que no sucedió?

*Uribe le quita los niños a Verónica y María Brito.
Verónica aprovecha para sacar una gran salchicha
polaca y se la traga completa.*

Uribe: *(Cargando a los recién nacidos. Les sonrío. Los
pasea hacia el proscenio. Les habla, en secreto. Con*

ternura) El destino cometió un error con ustedes, tenían que haber nacido muertos. (*Pausa corta*) Yo corregiré ese error. (*Se devuelve y los entrega a María Brito*) Los dejas en el relleno municipal para que los devoren vivos los zamuros y las ratas.

María Brito: Así lo haré.

Uribe: Desde ahora, que nadie se equivoque afirmando que tengo buen corazón. Soy el malo. Despídanse de los otros que se creen malos, pues nunca verán a un hombre tan malo como yo. Tú, Alexander, anda al cementerio y me despedazas el altar del santo Vladimir y toda esa porquería que llaman la Corte Illuminati. Lo sacas de su tumba y lo lanzas al pozo séptico con todo y féretro y escudo y toda su inmundicia.

Alexander: Tiene muchos devotos.

Uribe: Pues a quien se te oponga, le pasas la motosierra desde la entrepierna hasta la cabeza. Se acabó esa devoción.

Alexander: ¿Y qué hago con Dairo? Él está allá y es el devoto principal de esa Corte.

Uribe: No lo mates. Pero necesita una lección.

Alexander: Así lo creo, porque es un tipo... muy frío.

Uribe: Gracias. Me diste una idea. Como es tan frío, en la punta del pene le clavas un picahielos.

María Brito: Uy, hasta a mí me dolió.

Uribe: ¿Qué esperas ahí, gorda María Brito? ¿Por qué no has ido a hacer lo que te dije?

María Brito: Sí, de inmediato. (*Sale*)

ESCENA 15

Verónica va a salir tras María Brito.

Uribe: Madre, a dónde vas.

Verónica: A supervisar a María Brito. Quiero que se cumpla tú voluntad.

Uribe: Gracias, madre, pero regresa pronto, pues hoy más que nunca necesito de los dones de tu boca.

Verónica: Te haré olvidar todo. He ampliado mi capacidad, muy pronto me estaré adiestrando con un salchichón completo. Ya verás, hijito, que, por las vibrantes delicias que te ofrecerá mi boca, hoy estarás en el cielo.

Uribe: ¡No, jamás! El cielo siempre engaña. Llévame con tu boca a los infiernos pues ahí nada envilece, de ahí venimos. El infierno jamás traiciona. ¡Vete ya!

Verónica sale.

ESCENA 16

Alexander: Y... qué hacemos... con Elvira.

Uribe: ¿Elvira? ¿Cuál Elvira? Si ya está muerta no tiene nombre. Quiero que ese nombre desaparezca de la faz de Babilonia. Nadie que ose llamarse Elvira,

vivirá. Quiero que la quemes con el doctor Arocha, luego los pulverices y eches sus cenizas a la cloaca.

Alexander: Así se hará.

Uribe: Sólo deja el retrato de ella en el sótano de mi fortaleza, pues cada vez que sienta algo por una mujer, que sienta esa extrañeza que termina en esclavitud y que llaman amor, lo veré para recordar su traición y mi debilidad. ¡Y busquen a otro médico! ¡Me haré la vasectomía pues de ahora en adelante no tendré hijos! Ellos son tiranía feroz sobre nuestros sentimientos y por ternura someten nuestro corazón, para nada, pues luego crecen y abandonan. De ahora en adelante, nada me apartará de ser el hombre más poderoso de Babilonia. (*A los hombres de negro y señalando con la escopeta todo el lugar*) Quiero que arrasen con los pacientes, visitantes, médicos, enfermeras, recién nacidos, operados, con todos los que creían que tenían una segunda oportunidad sobre la tierra. Aniquílenlos. Después quemen la clínica, destruyanla. Que no quede piedra sobra piedra y en su terreno riegan cal para que no crezca nada. Donde murió el amor, no debe crecer la hierba.

Alexander: ¿Y luego, hermanito?

Uribe: Pues luego se me van para la ciudadela, entran a mi fortaleza y ahí todos beberemos, fornicaremos, nos drogaremos. ¡Hoy celebramos!

Alexander: ¿Igual vamos a celebrar?

Uribe: Citando a mi siempre recordado Tony Montana: «Todo lo que tengo en esta vida son mis cojones y mis palabras». Yo ya los invité y mi palabra es un testamento. ¡Hoy hay fiesta en toda la ciudadela y en mi fortaleza!

Alexander: ¡Viva mi hermanito!

Todos dan vivas y comienzan a disparar.

Oscuro sobre ellos.

ESCENA 17

TORRE EN UN CASTILLO

Patricia, tras el ventanal con barrotes, hace dos estruendosos disparos con la escopeta. A sus pies, muchos casquillos de bala. Tony, dormido, alucinando, se sienta de inmediato en la cama. Sonríe y sin abrir los ojos, toma varias cápsulas que están regadas en la cama y se las traga. De inmediato vuelve a caer dormido, pero ahora sentado sobre sí.

Patricia: *(Acariciándose el vientre con la escopeta)* Qué inquieta has estado, mi niña sin nombre. Casi me perforas el vientre con tus patadas. Tuve que hacer catorce disparos para que te calmaras. Ahora sí estás tranquila, te siento soñar con disparos de bienaventuranza. Ahora sé que dormirás toda la noche. Yo siempre te protegeré. Pronto nacerás y cuando lo hagas, se alegrará el desierto y mi soledad. Lo estéril se gozará y florecerá como la rosa de la noche, con gran aroma pero con venenosas espinas. Yo,

Patricia, tu madre, te fortaleceré con gran poder y afirmaré sobre riquezas sin fin, tus rodillas endebles. Por ahora no tienes nombre, pero te prometo que la gloria del mundo te será dada. Duerme, pues tu madre tiene que descansar también y estar fuerte para ti, porque al apenas tú nacer, hasta los sin piernas correrán y saltarán como venados. Descansemos. Tú eres La Elegida.

Patricia deja la escopeta al lado de Tony. Se sienta en un sillón.

Oscuro en ese sector.

ESCENA 18

HABITACIÓN DE DAIRO

Dairo, recostado en el espaldar de la cama, desnudo y tapado medio cuerpo con una sábana blanca. Bebe champaña y come fresas de una copa. Lleva el sombrero puesto. A su lado, el radio reproductor. Alexander, vistiendo una gran capa roja que lo cubre todo, está sentado en la silla giratoria, de bar.

Dairo: Estas fresas están deliciosas.

Alexander: Yo no sé cómo puedes estar tranquilo, sabiendo el gran problema que tenemos.

Dairo: No te tomes la vida tan en serio, a la final nunca se sale vivo de ella. Además, te preocupas sin motivos.

Alexander: ¿Sin motivos? Cuando mi hermano se entere que no utilicé el picahielos contigo, me sacará los ojos

con sus propias manos y me cortará la lengua y seré expulsado de la fortaleza. ¡Seré un paria! Todo por tu culpa.

Dairo: Ah, de eso no puedes culparme, porque cuando apenas llegaste al cementerio y bramaste, picahielos en mano, que me desnudara, te obedecí y sin ninguna resistencia me despojé de mi gabardina.

Alexander: Eres un perro, como todos los hombres. Sabías que al desnudarte y lo viera, no lo podría hacer. Tu King Kong es mi desgracia.

Dairo: Y tu placer.

Se escucha llanto de niña.

Alexander: (*Gritando hacia el fondo*) Mamá, ya haz callar a esa niña. Dale por lo menos un tetero de agua de azúcar, no todo puede ser para el varoncito.

Se escucha un fuerte golpe y un leve quejido de niña. Otro golpe más fuerte aún y que retumba y la niña hace silencio.

Alexander: Ahora que lo pienso, no creo que se conforme con dejarme ciego y mudo, sino que me arrancará las orejas y destruirá mis oídos cuando descubra que no destruí el altar, ni la Corte de los Illuminati, ni mucho menos boté al pozo séptico el féretro donde reposa tu santo Vladimir, sino lo que es peor, te ayudé a mudarlo a otro cementerio. ¡Y todo por el amor que te tengo! Ay, mi hermano no me tendrá piedad, lo conozco.

- Dairo:** Te puedo asegurar que lo que hiciste por la Corte de los Illuminati ya escrito estaba y en proteger los huesos del santo Vladimir, resguardaste los tuyos y tendrás algo más de vida. Dalo por cierto.
- Alexander:** No creo en santos, lo que sí creo es que mi hermano se enseñará más conmigo que contigo.
- Dairo:** ¿Quieres una fresa? (*Se levanta un poco la sábana y se lanza la fresa hacia los genitales*) Ven, tómalas.
- Alexander:** ¿Es que aún no entiendes que mi hermano te aniquilará a ti, a mi madre, a mí? Es que ni siquiera me provoca hacer el amor.
- Dairo:** Fúmate ese tabaco que te regalé y cambiarás de idea.
- Alexander:** (*Encendiendo un tabaco de marihuana. Fuma. Tose*) Está rara.
- Dairo:** Es especial.
- Alexander:** (*Fuma. Tose*) Mi hermano no tolerará nuestra traición.
- Dairo:** Ya todo lo tengo resuelto.
- Alexander:** (*Fumando. Más tranquilo*) ¿Lo resolviste? ¿Sí? A ver cómo nos salvamos de esta.
- Dairo:** Primero, no me dejaré ver por algunos días y cuando esté en presencia de él, caminaré arqueado, con las piernas abiertas, como si me hubieses clavado el picahielos.

Alexander: ¿Y cómo hacemos cuando pregunte por María Brito? Mi mamá tuvo que matarla, pues la gorda no se dejaba quitar los niños. Ella es así, maternal, pero solamente con el niño. Con la niña es otra cosa, no le interesa para nada, ya ves que ni la alimenta.

Dairo: Por la gorda María Brito no te preocupes. Le puse la lengua de corbata. Ya es detritus.

Alexander: Ay, te confieso algo, esto no sólo me relaja, sino que me están dando ganas.

Dairo: Es que aliñé tu marihuana, es la moda. Ese tabaco de marihuana esta adobado con otras yerbas como la ayahuasca y la yohimbina.

Alexander: Ay, sí, ya me estoy sintiendo divina, pero no tanto para saber que aún está el problema de los niños. Mi mamá quiere quedarse solamente con el varón.
(*Fuma*)

Dairo: Fresco, fresco, tranquilo, yo lo soluciono.

Alexander: ¿Cómo?

Dairo: De manera simple, como son las mentiras más profundas y horribles. Le dices a tu hermano que María Brito ya estaba embarazada de ti, que eso de ser gorda era una mentira de ella para ocultar su barriga. Que dio a luz un hijo varón y que te abandonó. Que te dejó al niño. Que tú lo criarás con la ayuda de Verónica. Él, de seguro, te mandará a matar a María Brito por desertora. A los días le dirás que diste con ella y la rebanaste con

la motosierra y que sus partes están regadas y ya forman parte del relleno sanitario. Quedarás como un valiente, ante él.

Alexander: Qué bien, qué bien, me gusta.

Dairo: Nunca te he fallado. Fíjate que te asesoré para que incluyeras palabras absurdas en tu vocabulario y funcionó. Te cree un tonto y jamás le cruzaría por su mente que, a su tiempo, irás tras de él y te convertirás en capo de tutti los capos.

Alexander: Cierto. Me menosprecia. No sabe que siempre he sido inteligente, que la inteligencia me persigue desde niña.

Dairo: Aunque tú eres más rápido que tu inteligencia. (*Ríe para sí*)

Alexander: (*Sin comprender*) Así es, rápida también soy. Gracias. Tú siempre has creído en mí, por eso cuando yo sea el gran capo, tú estarás a mi lado. Sólo queda el problema de la niña.

Dairo: Eso es otro cantar, pero no todo es perfecto. Ya está condenada, yo mismo me encargo.

Alexander: Que yo no sepa nada, tú sabes lo sensible que soy.

Dairo: Fuma... así... así... para que empieces a sentir otro aderezo aún más delicioso. Y ahora, te voy a contar como cerrarás con broche de oro la mentira.

Alexander: Ya estoy toda empapada atrás. Ay, ardo en deseos, mi culito hace pucheros. Habla, cuéntamelo todo,

pero rápido, que quiero que me siembres al revés con toda tu saña.

Dairo: Espera, calma, aprende a no permitir que el deseo y el placer, nublen tu juicio. Para que quedes bien con tu hermano, cuando le muestres el niño, le vas a decir que le pusiste como nombre, en su honor, el de Tony Montana. Se conmoverá. Y así será él quien te visite y lo tendrás cerca.

Alexander: Sí, sí, sí, genial. Toda una lección de *El Padrino*, pues él dice: «Mantén cerca a tus amigos, pero más cerca a tus enemigos». Ay, Dairo, en verdad eres bien malo.

Dairo: No, no soy malo. Cómo puedo ser malo si soy mortal. En esta vida nadie es malo porque somos mortales. El Diablo es malo porque es inmortal, pero el día que se muera, ya verás que dirán, pobrecito el Diablo, tan bueno que era él.

Alexander: Está bien, no eres malo, pero sí terrible. Prométeme que nunca me harás daño.

Dairo: Te prometo que nunca te romperé el corazón.

Alexander: Ay, ay, ya no aguanto, ay qué ardor tengo atrás, mi culito es un volcán que quiere tu lava correr hacia sus entrañas.

Dairo: Es el mentol chino que también tiene tu tabaco, actúa así.

Alexander: Ya, hazme tuya, tengo furor anal.

Alexander se va quitando como en striptease, la capa roja y vemos que viste el uniforme de las monjas de la orden de Teresa de Calcuta.

Dairo: En la vida, sólo hay dos sílabas que valen la pena, y que deberían rezarse en las iglesias: cu-lo. ¡Ven!

Alexander: Voy, dame tu cruz, King Kong, yo la llevaré adentro.

Dairo: Ven, pues, y crucifícate tú misma en mi madero.

Dairo coloca música religiosa en el radio reproductor.

Oscuro sobre ese sector, mientras Alexander avanza hacia Dairo.

ESCENA 19

TORRE EN UN CASTILLO

Tony, sentado en la cama, está prácticamente rodeado de cápsulas de diferentes colores. A su lado, la escopeta. Frente a él, una bandeja de comida donde habrá innumerables postres repletos de crema. Su boca esta toda manchada de la crema de esos postres que come con gran fruición y desesperadamente, a la vez que va recogiendo y tragando cápsulas. Patricia está sentada en el sillón, acusando malestar en el vientre.

Patricia: Tony, ten clemencia, préstame la escopeta que nuestro niña está muy inquieta... ya anuncia que pronto va a nacer.

Tony: *(Mientras come postres y traga cápsulas)* Estos dulces están riquísimos, no puedo dejar de comerlos. *(Come postres y traga cápsulas)*

Patricia: Por caridad, déjame disparar la escopeta que eso la calma y así puedo respirar mejor.

Tony: *(Traga cápsulas)* Creo que me hice inmune a las cápsulas para soñar bonito y a colores. De tanto tomarlas, creé resistencia a ellas. *(Traga cápsulas)* Estas que me acabas de hacer, son buenas, pero también lentas. Debes mejorar la fórmula. Hacerla más potente y mucho más rápida.

Patricia: Sí, lo que quieras. Te haré la Cápsula Negra, es una cápsula cuántica, la más poderosa que he inventado, pero por favor, sé compasivo... dos disparos nada más, es lo único que te pido.

Tony: Definitivamente, estas son muy lentas.

De inmediato Tony Montana deja caer la cara sobre los postres. Duerme profundo. Patricia, rápidamente, le quita la escopeta y dispara dos veces hacia la ventana.

Patricia: *(Sobándose el vientre con la escopeta. Con ternura)* ¿Viste? Ya estás tranquila.

Oscuro sobre ese sector.

HABITACIÓN DE DAIRO

Se escucha el dueto Papageno-Papagena, de la ópera La flauta mágica de Wolfgang Amadeus Mozart.

Verónica está sentada y amarrada en la silla giratoria de bar, sin que podamos verle el rostro porque Dairo está encima de ella, tapándola con la gabardina. Vemos cómo las piernas de Verónica se estiran y contraen. Verónica se arquea desesperada. Verónica retuerce las piernas hasta que se le relajan. Dairo, siempre de espaldas al espectador, se separa de ella y, sin quitárselo, se ajusta el sombrero. Verónica está muerta y con la boca tremendamente abierta y los ojos desencajados. Dairo, dando pasos de ballet, se llega hasta el grabador y lo apaga. Va hacia el escaparate metálico, abre el candado y vemos varios sombreros y bisoñés con diferentes cortes y estilos.

Dairo:

A ver, a ver, cuándo fui al estilista. Ah, ya sé, hoy fui. Usaremos este. *(Se despoja de su sombrero y lo cuelga. Luego se quita su gran cabellera larga y por primera vez percibimos que es calvo, con uno que otro mechón de cabello y con costras horrosas, blancuzcas, rojas y purulentas roñas en la cabeza. Toma una de las pelucas y se la coloca. Luego toma un sombrero y hace lo mismo. Como si modelara se gira hacia Verónica)* ¿Qué tal? Sí, ya veo que te gusta. Mi elegancia te deja boquiabierta. No, no, no, Verónica, no puedes reprocharme nada, pues

siempre te advertí que no ingresaras en mi humilde habitación. Pero no te aguantaste y descubriste mis bisoñés y cuando entré, te reíste en mi cara. ¿Y cuál fue el resultado? Pues que ahora, Tony Montana, con apenas siete añitos, se quedó sin abuelita. (*Se acerca*) ¿Y por qué tienes esa boca tan abierta, abuelita? (*Se responde, como abuelita*) Para mamarte mejor. (*Ríe. Deja de hacerlo*) No, no, no creas. Uribe no te vengará porque ya lo tengo resuelto. (*Va hacia la pequeña nevera, la abre y saca un gran salchichón*) Mira. Ahora te llevaré a tu cuarto, te sentaré en tu mecedora y... sí... adivinaste. Introduciré todo este salchichón en tu boca y cuando te encuentren todos creerán que te estuviste ejercitando y... pues, que moriste de un accidente laboral. Te aseguro que Uribe te enterrará con honores. Ya verás, yo mismo se lo propondré. Vamos, Verónica, ya es la hora de tu inmortalidad.

La carga y sale de escena.

Oscuro en ese sector.

ESCENA 21

GRAN ESCALINATA QUE CULMINA ARRIBA EN UN TRONO

Han pasado veintidós años.

Se escucha una marcha militar. Entran los hombres de negro y se van colocando en sitios estratégicos.

ESCENA 22

Entra Alexander muy bien trajeado. Sube las escalinatas y se coloca a un lado del trono.

ESCENA 23

Entra Tony Montana. Paltó blanco. Lleva una pequeña caja de madera, con cápsulas. Sube la escalinata y se coloca al otro lado del trono.

ESCENA 24

Entra Uribe en smoking y llevando sobre su pecho la banda presidencial de la república de Babilonia. Tras él, Dairo, vistiendo una gabardina de satén, brillante y un sombrero negro. Suben las escalinatas. Uribe se sienta en el trono. Dairo se coloca tras del trono. Cesa la marcha militar.

Dairo: Permítame decirle que más que una gran toma de posesión como nuevo presidente de Babilonia, pareció un acto de coronación, digno de su Excelencia.

Uribe: ¿Qué hace allá atrás, Dairo? Aquí, adelante, que yo le vea. En Babilonia sólo mando yo, no quiero que se diga que hay otro poder detrás del trono.

Dairo: No fue esa mi intención, excelentísimo presidente. Me coloqué atrás para que sólo se viera su gloria.

Uribe: Vamos a decirle que le creo, Dairo, para no entrar en detalles. Su habilidad es el engaño. Confíesalo.

- Dairo:** Lo haré, si me lo ordena su Ilustrísimo, pero: «¿De qué sirve confesarme si no me arrepiento?»
- Uribe:** Esa es una frase de *El Padrino*.
- Dairo:** *El Padrino III*, para ser más exacto. Pero la siento como mía.
- Uribe:** Por su constancia y fidelidad, desde hoy queda nombrado vicepresidente de la república de Babilonia. (*Tose, fuerte, casi ahogándose*)
- Tony Montana se le acerca, abre la pequeña caja de madera, saca dos cápsulas y se las introduce a Uribe en la boca. Uribe le arrebata la caja y toma dos cápsulas más. Se va calmando.*
- Tony:** ¿Ya se siente mejor? Tiene que cuidarse. Los pulmones son algo serio y...
- Uribe:** Silencio, Tony Montana. «Siento que cuando más enfermo estoy más sé... cuando me muera seré muy sabio».
- Alexander:** Esa también es una frase de *El Padrino III*.
- Uribe:** (*A Alexander*) Creo que ya está preparado para el cargo que hoy le concedo. Queda nombrado, ministro de la Defensa.
- Alexander:** Gracias, hermano, pero...
- Dairo:** Hermano no, señor presidente. Tardas más, pero peligras menos.

- Uribe:** Y a ti, Tony Montana, te nombro desde este instante, ministro de Sanidad.
- Tony:** Gracias, señor presidente. A usted le debo todo.
- Uribe:** Su primera misión será mandarme a Patricia para acá, al palacio presidencial.
- Tony:** ¿A Patricia?
- Uribe:** Sí, a Patricia. Estará a mi lado. ¿Sucedo algo?
- Tony:** No, en lo absoluto.
- Uribe:** Ah, entiendo, entiendo. Celos.
- Tony:** No. ¿Cómo va a creer? Ella y yo nada de nada.
- Uribe:** No me refería a algo amoroso, sino a celos porque ya no va estar más en el laboratorio cocinando anfetaminas, éxtasis, y cualquier otra droga para la venta. Piense, ministro, que pierde una químico, una laboratorista, pero Babilonia gana una primera dama.
- Tony:** Usted manda. (*Para retirarse*) Permiso.
- Uribe:** Espere. Escuche, ministro de Sanidad. Cree que, por ser yo el presidente, mando y tengo el poder. Pues se equivoca. Aprenda esto. Cuando se poseen riquezas, es cuando en verdad se tiene el poder. Y cuando tienes el poder, mandas, ordenas y obtienes a la mujer que desees.
- Tony:** Seguro, señor presidente.

Uribe: Pues vaya ya y mándemela para acá. En este año anuncio al país mi boda. Un presidente sin primera dama, da mucho de qué hablar.

Tony sale.

ESCENA 25

Uribe: ¿Cuál es el pero que tiene acerca del cargo de ministro de la Defensa que le he conferido?

Alexander: Yo, ninguno. Me gusta. Me veo muy bien de uniforme. No soy yo, lo decía por los generales y almirantes, no les vaya a caer mal mi nombramiento y comiencen a conspirar.

Uribe: Despreocúpese. Si alguien conspira, yo lo arreglo. Hace mucho tiempo aprendí que, por estas latitudes, no existe un general o almirante que aguante un cañonazo de un millón de dólares.

Dairo: Eso, en esencia, es lo que se llama Guerra de Cuarta Generación.

Uribe: Ahora escúcheme, ministro de la Defensa. Se debe estar preguntando por Patricia. De dónde salió. ¿Cómo la conocí? Es un favor más que le debo a Dairo, el ahora recién nombrado vicepresidente de la república.

Dairo: Olvídelo, señor presidente. No me debe nada.

Uribe: Pues sí, claro que sí. Yo pago con creces a quien bien me sirve. Resulta que yo estaba en plena campaña electoral, cuando recibo una llamada

de Dairo para que me acerque a mi empresa de exportación, a fin de que presenciara un milagro.

Alexander: ¿Un milagro?

Dairo: Como caído del cielo.

Uribe: Llegué y la vi. Era ella, era Elvira.

Alexander: ¿Elvira?

Uribe: Pues así es. Era Elvira.

Dairo: Pero en versión mejorada, claro, y con sólo veintidós primaveras bien floridas.

Alexander: No puede ser.

Uribe: Lo es. Lo es. No lo podía creer. Vi detenidamente cómo se movía voluptuosa frente a la mesa de embalaje de la cocaína. Detallé su hembraear, poro a poro, en la rapidez de sus manos al cortar con exactitud milimétrica las anfetaminas. Qué manos tan eróticas separando las cientos de pastillas de éxtasis. Con pasión de hembra insatisfecha, supervisaba que las panelas de cocaína embolsadas en plástico quedaran parejitas, para luego, ella misma, colocar la justa proporción de café molido encima para que no fuesen detectadas. Ay, y cuando la oí reír con su fogosidad de virgen en celo al constatar, frente a las básculas, que todas se balanceaban iguales, creí morir de un chuzazo directo al corazón. Y sucedió el verdadero milagro. Me vio. No dijo nada. Corrió hacia mí y metió una cápsula en mi boca que en un instante alborotó

mi machurria. Observé como aún con sus manos enguantadas, se despojaba de su bata de laboratorio. ¡No tenía nada abajo y me soltó su risa de aletear de murciélagos! De un zarpazo la monté sobre el mesón full de coca y ahí conocí la gloria. Sí, en ese mesón y siendo su primera vez, fue un huracán que arrasó con mis cojones. Su sangre de virgen sobre la cocaína, sellaron nuestro pacto de amor. La amo. Y ahora retírense, fuera, tengo muchas cosas en qué pensar. Fuera, todos fuera, rápido. ¡Rápido!

Dairo, Alexander y hombres de negro salen, corriendo.

ESCENA 26

Uribe mira hacia todos lados. Se da cuenta que está solo. Se sube al trono y queda de frente al público.

Abre los brazos y emula a Leonardo DiCaprio en el film Titanic.

Uribe:

(Grita) ¡Soy el dueño del mundo!

Oscuro rápido en ese sector.

ESCENA 27

TORRE EN UN CASTILLO

Tony, dormido, casi en el filo de la cama. A su lado, la escopeta. Sobre la pequeña mesa de laboratorio, con cápsulas, Patricia termina de llenar una, de color negro. Abre un pequeño estuche de terciopelo rojo e introduce la cápsula negra.

Patricia:

¡Tony Montana! Llegó la hora y no me desposaste. No le diste nombre y apellido a tu hija. Aún la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina ya huyen aterradas por el pronto venir de nuestra hija. ¡Tú has perdido! Tú te negaste a darle un nombre y tu apellido y por ello quedarás entenebrecido como esta cápsula negra, y tu alma será arrebatada en espanto y tendrás sed y sólo te darán agua de hiel.

Patricia se dirige hacia donde está Tony y le coloca el estuche de terciopelo rojo muy cerca de su rostro.

Patricia:

Toma, aquí te dejo la Cápsula Negra prometida. Es mi obsequio de despedida para ti. (*Acusa terrible dolor en el vientre*) Ay, hija, ya siento cómo te acomodas para nacer. Ay, hija, ahora no me golpeas con tus pies, sino con tu cabeza. (*Se va calmando. Camina hacia la ventana*) Sí, hoy nacerás y por ti todo valle será alzado, y bajarás todo monte y collado y enderezarás lo torcido del mal para que se vea como el bien y sea aún peor todavía. Darás muertes sin remordimientos, pues bien sabes que toda carne es hierba y que toda gloria flor de un día. Ante la ferocidad de tu gobierno, las costas te verán y sentirán pavor. (*Se encorva de dolor, sobre su vientre*) Ay, hija, ay, ya te siento empujar, ya quieres salir, ya sabes que las fieras que gobiernan el mundo te honrarán y los chacales de la banca aullarán tu nombre al pasar, pues tú les darás más vida. (*Se calma*) Y tú, Tony Montana, preferiste seguir siendo un gusano, antes que desposarme y luego santificar a mi hija con un nombre y apellido.

Ay, Tony, Tony, por qué nos has abandonado. Ahora ya no serás redimido, sino aplastado. (*Se dobla de dolor. Se calma. Se yergue. Observa el piso*) Ya rompí fuentes. (*Llama por celular*) Mariscal, que suban los enfermeros y me lleven a la clínica de lo que será tu Palacio Presidencial. Sí. Te acepto. Matrimonio seremos en un instante. No, no te preocupes por el nombre de mi hija, pues en sueños un ángel vino a mí, enviado por el santo Vladimir, y rodeado por la Corte de los Illuminati, le otorgó uno. Todo se cumplirá, como fue escrito. Apúrate, ya va a nacer. (*Cuelga*) Ya hija, ya, te daré a luz y tu reino de maldad no tendrá fin. (*Acusa fuerte dolor en el vientre*) Ay, ay, ay.

Oscuro en ese sector.

ESCENA 28

GRAN ESCALINATA QUE CULMINA ARRIBA EN UN TRONO

El pie de la escalinata está bordeado por una gran banda amarilla, protegida por los hombres de negro.

Uribe duerme sentado, fatigado. En su rostro una mascarilla que da hacia una bombona de oxígeno, con ruedas. Carga la banda presidencial de la república de Babilonia. Alexander, en uniforme militar, de gala, sostiene el retrato de Elvira, aún tapado con un paño negro.

Alexander: Señor presidente.

Alexander espera, pero Uribe no contesta.

Alexander: Señor presidente.

Alexander espera, pero Uribe no contesta.

Alexander: ¿Duerme usted, señor presidente?

Alexander avanza hacia la gran escalinata y casi cuando ya llega a la franja amarilla, los hombres de negro lo apuntan con sus armas.

Uribe: *(Se quita la mascarilla. Furioso)* ¡No pase la banda amarilla sin mi permiso, ministro de la Defensa!

Alexander: Lo lamento, señor presidente, pensé que...

Uribe: ¡Que había muerto!

Alexander: No, no, de ninguna manera.

Uribe: Si muriese, de nada le valdría. Es por ello que nombré a Dairo como vicepresidente. Lo hice para evitarle tentaciones. El poder es eso, mantener en equilibrio las tentaciones de quienes te acompañan.

Alexander: Pero yo nunca atentaría contra usted, mi señor presidente.

Uribe: *(Tranquilo)* ¿No? *(Furioso)* ¿Alguna vez traté mal a tu hijo?

Alexander: Jamás.

Uribe: *(Calmado)* Explíqueme pues, por qué Tony Montana secuestró a Patricia y se la llevó,

dejándome una vez más sin amor en este fiero mundo.

Alexander: No me lo explico.

Uribe: Yo sí. ¿Ve la diferencia entre nosotros dos? Por ello es que yo soy presidente y usted será ministro hasta que se me antoje. La explicación es muy sencilla. Tony Montana, su hijo, a quien quise como mío, abusó de mi afecto y credulidad. ¿Y por qué? La respuesta es más sencilla aún. Por mi culpa. Favores. Favores. Favores. ¡Jamás se debe favorecer a alguien a quien se quiere! Si ese ser a quien quieres te falla, estás muerto. ¡Un favor a un ser querido puede matarte más rápido que una bala!

Alexander: Señor presidente, no lo odie.

Uribe: (*Tranquilo*) No, no, no, no lo odio. (*Furioso*) Si lo odiara, nublaría mi juicio. (*Se asfixia. Se coloca la mascarilla de oxígeno y respira un momento hasta calmar su respiración. Se quita la mascarilla*) ¿Crees que me molestó que se llevara a Patricia? Para nada. Con el poder, mujeres sobran. El poder es el mejor afrodisíaco y el mayor atractivo sexual. Hace del feo, hermoso, y del bruto, filósofo. No, no. Quiero que lo traigas por una razón práctica. Mis medicinas, esas cápsulas que él fabricaba y me mantenían activo y ponían a raya mi enfermedad, ya se han agotado y ninguno de mis científicos dan con la fórmula. Por ello necesito que lo traiga a mí. Dígale que todo está perdonado. Que no habrá venganza.

Alexander: No sé dónde están.

Uribe: Están en Apolonia. Tráigamelo.

Alexander: Lo haré.

Uribe: Perfecto. Ahora suba el cuadro y váyase a hacer lo que le encomendé. (*A los hombres de negro*) Ustedes también, retírense.

Alexander sube las escalinatas, le entrega el cuadro y sale, seguido de los hombres de negro. Oscuro.

ESCENA 29

TORRE EN UN CASTILLO

Todo está oscuro, salvo la cama donde duerme Tony Montana.

Tony: (*Despertándose*) ¿Patricia, dónde estás? ¿Qué has hecho con mis cápsulas? Te voy a sacar esa carajita a patadas si no me devuelves mis cápsulas. (*Descubre el cofre de terciopelo rojo. Lo abre*) Gran regalo me has dejado, Patricia. ¡Una cápsula negra! Veo que lograste tu mejor fórmula para soñar en cuatro dimensiones, como si el sueño se hiciese presente y lo tocaras, y lo sintieras, y lo respiraras, y lo saborearas. La cuántica cápsula negra, la lograste. Ahora viviré mis mejores sueños. ¡Gracias, Patricia! (*Ingiere la cápsula*)

ESCENA 30

Inmediatamente que Tony ingiere la cápsula, se ilumina gran escalinata que culmina arriba en un trono, donde está Uribe con el cuadro de Elvira en

sus piernas, aún cubierto con el paño negro. Al mismo tiempo se ilumina toda la torre y vemos al monje dominico en el televisor encendido. Al lado del televisor, en la misma habitación donde está Tony, se encuentra Gustavo Ott, trenzando hilos en una rudimentaria rueca, sentado en el suelo y vistiendo solamente un taparrabos de tela blanca, a la usanza de Mahatma Gandhi. Cruzada sobre su pecho, lleva la banda presidencial. Sonido ensordecedor de tambores militares.

Monje: *(Desde el televisor)* Interrumpimos este glorioso programa de cantos gregorianos, para pasar a transmitir en cadena nacional desde la Catedral de Apolonia, nueva sede del Despacho Presidencial, un mensaje de nuestro primer mandatario Gustavo Ott.

Uribe: *(Devela el cuadro y vemos el retrato de Elvira y cuyo rostro es exacto al de Patricia)* Veintidós años sin verte, Elvira, y hoy te necesito más que nunca. ¡Qué soledad es el poder, Elvira, y cuánto luché por él! Pero llegué.

Tony: *(A Uribe)* ¡No, presidente Uribe, se equivoca, esa es Patricia! ¡La infame Patricia que me hizo traicionarle! ¡Perdóneme!

Gustavo: Yo, Gustavo Ott, presidente de la República Libre de Corrupción de Apolonia, considerando que todos los seres vivos son iguales ante la naturaleza y que por lo tanto debe respetarse su derecho a la vida, resuelve. Se modifica el nombre de República Libre de Corrupción de Apolonia, por el de la Re-

pública Libre de Corrupción y Vegana de Apolonia. Cúmplase.

Uribe:

Elvira, yo cambié. Sí, mi odio por tu desamor perdió fuerza, pero no perdí pujanza, bríos, impulso para los negocios. Elvira, la economía se diversificó en el mundo y yo no podía quedarme atrás, dedicado solamente al tráfico de drogas. No. Yo no podía ser uno más y comencé a exportar drogas de cualquier tipo y hasta otras nuevas que inventamos. Con ese dineral, compré Babilonia con todo y sus conciencias. Ahora soy su presidente. ¿Qué te parece? Y hoy, Elvira, es un día histórico para la república pues inauguré la Fundación de Asilo Humanitario, compuesto por cinco Bancos Nacionales Uribe; cien hoteles de ochenta suites que se elevan al infinito; ciento doce cabañas con tantas hectáreas que cada una tiene su propio horizonte; un hospital con servicio criogénico y de clonación; marina, helipuerto, aeropuerto, y lo último en tecnología para la seguridad de los asilados, quienes contarán con cinco mil mercenarios internacionales para su protección.

Tony:

Presidente Uribe, le repito, quien está en esa foto no se llama Elvira, sino Patricia. Sí, Patricia la depravada, la maligna que se preñó y me hizo un vicioso de sus cápsulas que me llevaron a dejarle y a traicionarle.

Sonido ensordecedor de tambores militares.

Gustavo:

Yo, Gustavo Ott, presidente de la República Libre de Corrupción y Vegana de Apolonia, informa la

nación los siguientes decretos. Primero. Queda eliminado el sacrificio de cualquier animal en todo el territorio nacional. Segundo. Queda eliminada la importación de cualquier alimento de origen animal. Tercero. Quedan eliminados el Toreo, la Fiesta Brava, los Toros Coleados, la riña de gallos, los circos y zoológicos, la pelea de grillos y u o cualquier otro tratamiento cruel e inhumano en contra de los animales. Cuarto. Queda terminantemente prohibida la canción de «Los Pollitos dicen, pio, pio, pio, cuando tienen hambre, cuando tienen frío», pues de ahora en adelante no sólo la gallina será quien les prestará abrigo y les buscará el maíz y el trigo, pues todos estarán obligados a hacerlo y nunca más se aceptará que un animal, por más pequeño que sea, sufra necesidades, hambre, carencias de abrigos, viviendas y salud.

Uribe:

Te explico, Elvira, por qué es un día histórico y cuál es la importancia de la Fundación de Asilo Humanitario. Surgió algo que se llama la globalización y que, según sus necesidades, hace caer gobiernos. Los mandatarios huían, por supuesto, pero de inmediato eran requeridos por las Cortes Judiciales de sus propios países y los solicitaban a cualquier Estado donde se encontraran. Entonces vivían saltando de país en país, huyendo de esas solicitudes de extradición para ser luego juzgados y expropiados de sus fortunas. Ahí fue que se me ocurrió la idea. Eliminé cualquier tratado de extradición con todos los países del mundo. Yo les daría asilo, pero eso sí, por una módica cuota del veinticinco por ciento de sus fortunas, que estarán a buen

resguardo en cuentas codificadas y de inviolable confidencialidad de esos Cinco Bancos Nacionales Uribe que he fundado. Es por ello que me pareció buen negocio crear la Fundación de Asilo Humanitario. Aquí podrán estar en completa paz, todos los gánsteres del mundo. Sí, gánsteres, pues esos Presidentes hacen ver a don Vito Corleone como a un niño de pecho. Un presidente o un dictador, son lo mismo, gánsteres. Aquí, ellos estarán seguros y protegidos por mi soberanía.

Tony: Presidente Uribe, pido su perdón, su comprensión. Patricia empañó mis ojos con sus cápsulas, con su volcánica vulva. Ella hizo que profanara mi lealtad hacia usted. Yo la mataré por usted si así me lo ordena, porque ella me ha colocado en estas soledades. Luego que la mate, le ruego que me perdone pues sin su afecto, más me valiera estar muerto. Rompa ese cuadro de Patricia, y yo sabré que me ha perdonado.

Uribe: *(Abraza el cuadro)* Elvirita.

Tony: No, presidente Uribe, no la llame así. No deje que ella también nuble sus ojos. Esa es Patricia, Patricia. ¡Qué no lo engañe!

Monje: *(Desde el televisor, a Tony)* ¡Disculpe, hijo de Dios! ¿Se puede callar?, está interrumpiendo la cadena presidencial del ilustrísimo y Mahatma Gustavo Ott, primer mandatario de Apolonia.

Sonido ensordecedor de tambores militares.

Gustavo: Considerando que más del noventa por ciento de la renta nacional, así como el Producto Interno Bruto, se va en el pago de treinta Ministerios y doscientos Institutos Autónomos. Considerando que dichas estructuras son heredadas de otros gobiernos que a su vez las copiaron del devenir histórico del mundo. Considerando que las susodichas ordenaciones, clasificaciones, codificaciones y simbolizaciones ya son extemporáneas, anacrónicas y por lo tanto improcedentes pues las mismas no han contribuido a la paz y al bienestar de los pueblos. Considerando que los animales, libres, autónomos, independientes y apegados de manera originaria a la naturaleza y que en ello radica la paz. Decreta:

Uribe: Elvira. (*Ríe*) ¿Recuerdas a Alexander, Elvira?

El monje se gira y comienza a observar a Uribe.

Sonido ensordecedor de tambores militares.

Gustavo: Quinto. Quedan eliminados todos los ministerios e Institutos Autónomos. Sexto. Para el natural desenvolvimiento del Estado y en sustitución a las entelequias anteriores, se crea el Ministerio de la Jirafa, que se ocupará de las cosas grandes, largas, altas como edificios, carreteras, cableados de electricidad y todo aquello que tenga más de dos metros o dos kilómetros. Sexto. Se crea el Ministerio del Colibrí, que se ocupará de todas las cosas pequeñas como bombillos, puertas, ventanas, y o u todo aquello que tenga menos de dos metros

o menos de dos kilómetros. Séptimo. Se crea, en sustitución del Ministerio de la Economía, el Ministerio de la Hormiga, dado su ejemplo ahorrativo en favor de sus comunidad y siempre previendo tiempos malos por venir.

Uribe: Pues Alexander tuvo un hijo con la gorda María Brito que luego lo abandonó y... Eso no es significativo. Disculpa, los viejos hablamos mucho. Ese hijo de Alexander lo tomé bajo mi tutela. Es un genio de la química y me producía excelente dividendos en todo lo concerniente a las anfetaminas y otras nuevas drogas. Así que, como presidente que soy, designé a Tony Montana como mi ministro de Sanidad.

Tony: Y siempre se lo agradeceré. Presidente Uribe, estoy tan arrepentido de lo que sucedió, pero fue Patricia que...

Monje: Déjame oír, que el chisme ese del presidente Uribe está interesante.

Uribe: No, no estoy loco, Elvira. Sucede que Alexander, en mi honor, le puso de nombre Tony Montana a su hijo. Pero ahora fíjate, y no te pongas celosa. Conocí a Patricia y es tu vivo retrato y la amé, no como a ti, pero sí algo. Te cuento todo esto, y aquí sí te pido que me comprendas y que no te rías. Tony Montana, a quien críe como un hijo, raptó a Patricia y se la llevó.

Monje: Ay, pero ese Tony Montana es de lo ultimato. Es un traidor.

Tony: No, no lo soy, señor Monje. Fue Patricia, me hizo adicto a sus cápsulas y...

Gustavo: Pero bueno, se pueden callar los dos de una buena vez. Me hicieron perder el hilo de mis decretos.

Monje: Disculpe.

Tony: ¿Acaso no lo ve, presidente Gustavo Ott? ¿No ve cómo el presidente Uribe sufre por mi culpa?

Gustavo: Según su Divina Gracia Bhaktivedanta Swami Prabhupada, está escrito en el sagrado Bhagavad-guita que el sufrimiento es sólo ilusión.

Tony: Tu dolor, presidente Uribe, es mi dolor y me seca la garganta. ¡Sed, tengo sed!

Sonido ensordecedor de tambores militares.

Gustavo: Octavo. Se crea el Ministerio del Castor, pues estos animales son conocidos por su habilidad natural para construir represas en ríos y arroyos y en sus hogares, llamados castoreras, y en los estanques que crean a causa del bloqueo del dique en la corriente de agua. Los castores ayudarán a controlar inundaciones y deslaves en donde habita nuestro pueblo pobre.

Uribe: Soy, un romántico, Elvira, date cuenta que aunque ya han pasado veintidós años, aún te recuerdo con cariño y muchas veces hasta me he sorprendido pensándote como una mujer buena. Qué jodida es la mente humana, Elvira. Te odio con muchísima ternura, Elvira. *(Besa el retrato de Elvira)*

*Oscuro en la gran escalinata que culmina arriba
en un trono.*

ESCENA 31

Monje: Ay, pero qué historia tan triste la de ese señor. Hasta lloré y todo. Ser traicionado por el que crio como a un hijo, es un golpe muy duro.

Tony: Yo mismo no puedo perdonarme. ¡Sed, tengo sed!

Monje: Siga, siga, usted señor presidente. No le haga caso a ese muchacho que lo que está es todo drogado, por eso anda con sed. Para mí que tomó éxtasis que a uno lo deshidrata todo. Bueno, así dicen, yo no estoy al tanto de esos vicios.

Sonido ensordecedor de tambores militares.

Gustavo: Noveno. Dado que sea ha visto, estudiado y comprobado por este su presidente y demás asesores que ningún animal se reúne, confabula, se arma y u o uniforme para atacar y destruir a su propia especie, quedan eliminadas todas las fuerzas armadas del territorio nacional, quienes de ahora en adelante pasarán a conformar el Ministerio del Castor. Estos Decretos tienen rango, valor...

De inmediato se escuchan aviones en vuelos rasantes que bombardean.

ESCENA 32

*Entra, con casco de guerra, en uniforme de combate
y con pistola en mano, el mariscal David Villegas.*

Gustavo: ¡Mariscal David Villegas! ¿Qué significa esto? ¿Por qué bombardean la Catedral de Apolonia, nueva sede del Despacho Presidencial?

El mariscal David Villegas dispara a Gustavo Ott y al televisor. Gustavo Ott muere en su sitio, al igual que el monje dominico en el televisor. El mariscal David Villegas le quita la banda presidencial a Gustavo Ott. Luego le instala su casco militar. Cuidadosamente le coloca su pistola en la boca. De seguidas, se pone la banda presidencial de Apolonia.

Tony: ¡Sed, no aguanto la sed! ¡Deme agua, mariscal David Villegas!

Mariscal: Presidente. Llámeme presidente.

Tony: Por piedad, presidente, necesito agua.

Mariscal: Pues esta será mi primera acción de gobierno. Es toda suya.

El mariscal David Villegas, le lanza una cantimplora militar que lleva al cinto. Tony bebe y de seguidas escupe lo bebido.

Tony: Qué me dio. Es insoportablemente amarga.

ESCENA 33

Entra Patricia, cantando y jugando como una niña, y vestida como Candy Crush. Lleva una botellita metálica y una bolsa de la que saca cápsulas y las come.

Patricia: (A Tony) ¿Tienes sed, Tony Montana? Toma, tu dulce Candy Crush te trajo de beber.

Tony: No eres ninguna dulce Candy Crush, eres Patricia. Dame acá, la sed me está matando.

Tony Montana bebe. Se ahoga, trata de vomitar el contenido.

Patricia: ¿Y tú, presidente y mariscal? ¿Quieres de mis caramelitos? Pues alcánzame.

Patricia corretea lujuriosa, mientras el mariscal trata de alcanzarla.

Tony: (Grita) No. Déjala. (Va corriendo y toma la escopeta. Les dispara pero esta sólo hace click) Le sacaste las balas, Patricia de porquería.

Patricia: (Saca dos balas de su bolso) Toma, disfrútalas.

Mientras Patricia sale riendo, lujuriosa, seguida del mariscal David Villegas, Tony se agacha a recoger las dos balas.

ESCENA 34

Entra Dairo.

Tony: ¿Dairo? ¡Dairo! Dairo, ¿qué haces aquí, en Apolonia?

Dairo: Debes rendir cuentas por tu traición.

Tony: Fue Patricia, fue ella, en... su vientre está el mal. ¡Aléjate o no respondo!

- Dairo:** No puedes hacer nada.
- Tony:** No me llevarás. (*Le introduce dos balas a la escopeta y lo apunta*)
- Dairo:** Es inútil. Llegó tu hora.
- Tony:** Tú te lo buscaste. (*Dispara, pero sólo hace click*) No sirve esta porquería. (*Arroja la escopeta a la cama*)
- Dairo:** Porque es tu sueño. ¿Alguna vez, en algún sueño, has tratado de utilizar el celular o la computadora? Los sueños son apenas el asomo de una muerte en donde todo está desarreglado.
- Tony:** Sed, Dairo, muero de sed.
- Dairo:** (*Saca de su gabardina una botella*) Bebe.
- Tony:** (*Luego de beber un trago largo*) Esto sí es agua, aunque tiene un olor triste, como cuando uno visita un cementerio.
- Dairo:** Visitar un cementerio no da tristeza, que te dejen en él para siempre, sí. Anda, bebe, bebe, con confianza.
- Tony bebe a fondo. Da unos pasos. Deja caer la botella, se tambalea. Se deja caer al suelo.*

ESCENA 35

Entra Alexander. Viste de mujer.

- Tony:** ¿Padre? ¿Eres tú, Padre? Estoy... mareado... las piernas no me sostienen.

Dairo toma la escopeta.

Alexander: No, Dairo, no le causes daño. Hazlo por mí, me dolería.

Dairo: Ni que fuera tu hijo.

Tony: ¿De qué habla?

Alexander: Calla, Dairo.

Tony: No, que hable. Quiero saber qué está diciendo.

Alexander: No. Luego te matará.

Tony: No temas, mujer, la escopeta no sirve. Habla.

Dairo: Como lo que diga, no saldrá de aquí. Hablaré, pues la verdad ni tú mismo la conoces, Alexander.

Alexander: No te entiendo.

Dairo: ¿Recuerdas cuando te vestiste como Marilyn Monroe?

Tony: No, no, prefiero no oír.

Dairo: Estando yo atado de pies y manos y con los ojos vendados, sentí tres blandos pero tan precisos toques, que mi inmenso madero se elevó y creció y de seguidas a horcajadas se atenazaron a él y se lo entraron completo y hasta el fondo y ni un quejido, ni un lamento, solo la embestida de un huracán que se batalló sobre él y estallé en espumarajos de lava volcánica. Luego, bruscamente, descabalaron a King Kong.

Tony: ¿King Kong? ¿Quién es King Kong? No entiendo...

Alexander: ¿Y después?

Dairo: En seguida un pañito cubrió al desmayado King Kong. Y después, la voz. «Qué desperdicio que sólo te gusten los hombres, pues no tienes un pene sino un mazo de pilón». Después su risa que se iba alejando.

Alexander: ¿La risa de quién?

Dairo: De Elvira.

Tony: ¿Elvira? Nunca en mi vida había oído esa palabra.

Dairo: Luego, las consecuencias.

Tony: ¿Consecuencias?

Dairo: (*Señalando a Tony*) Tú eres una de ellas.

Alexander: Así que no fue el doctor Arocha, sino tú.

Tony: (*Ríe*) Esa cápsula negra habrá que mejorarla, sus sueños son... son tan... Ay, Padre, ahora no siento los brazos... ni el pecho... no siento el cuerpo. No estoy sintiendo nada, todo se está nublando y... (*Da unos estertores de agonía y muere*)

Alexander: (*Le toma el pulso*) Murió.

Dairo: Fue una muerte socrática. Bebió cicuta.

Dairo le dispara a Alexander.

Alexander: *(Herido de muerte)* Pero... si... tú... tú me prometiste que...

Dairo: Que nunca te rompería el corazón y lo he cumplido. El disparo fue a tu estómago.

Alexander: Por... por... por qué...

Dairo: Razones de Estado. Pero no, no, no. Cambia esa cara, no llores, más bien alégrate querido, pues pasaste por la vida siendo un gran inútil. Sí, todos hablarán de ti y hasta servirás como ejemplo de los grandes inútiles de la historia. Estarás hasta en las bibliotecas. Ahora compláceme, cierra tus ojitos, así, así, relájate, respira profundo y déjate ir... así... así... muy bien... así... es muy fácil...

Alexander muere.

Dairo: Morir es fácil, vivir es lo difícil. Aunque te entiendo, Alexander, porque en el vivir, todos somos aficionados. Te confieso que hasta yo lo seguiré siendo porque la vida es tan corta, que no da para más.

ESCENA 36

Entra un hombre de negro, atento, vigilante, junto con Uribe sentado en una silla de ruedas que es empujada por otro hombre de negro. Arrastra, una bombona de oxígeno y otra de suero, también con ruedas. Viste la banda presidencial.

Uribe: ¡Qué esplendoroso paisaje dejas siempre a tu paso!

Dairo: Eficiencia es mi lema.

Uribe: No tanto. Debiste esperar, antes de eliminar a Tony Montana, que me diera la fórmula de esas cápsulas que me ayudaban a respirar.

Dairo: No te harán falta.

Un hombre de negro le inyecta algo en el cuello a Uribe. Este, luego de estremecerse, muere.

Dairo: Tanto estudiar *El Padrino* y no aprendiste su principal lección. (*Imita al Padrino*) «Si hay algo seguro en esta vida, si la historia nos ha enseñado algo, es que se puede matar a cualquiera».

Un hombre de negro le quita la banda presidencial a Uribe y, solemne, se la coloca a Dairo.

Dairo: (*Hacia el público*) Y yo, Dairo Villegas, en mi condición de vicepresidente, y dado la desaparición física luego de una penosa enfermedad de don Uribe Buendía, y para darle fiel cumplimiento a la Constitución y las leyes, asumo la Presidencia de Babilonia. (*Levanta la mano derecha y se juramenta*) ¡Sí, lo juro! Y en este mismo acto, nombro a la señora Patricia Villegas de Villegas, como mi vicepresidente. Comuníquese y publíquese y salga de ipso facto en Gaceta Oficial. He dicho.

ESCENA 37

Entra mariscal David Villegas. Lleva banda presidencial de Apolonia.

David: Su Excelencia Dairo Villegas. Estimado hermano y ahora presidente de la república de Babilonia, bienvenido a Apolonia. (*Le extiende la mano*)

Dairo: (*Le toma la mano*) Su Excelencia David Villegas, ahora no sólo hermano, sino yerno y presidente de la república de Apolonia, le saludo no sólo en mi nombre, sino en el de toda la república de Babilonia.

David: Gracias, hermano y ahora suegro. Desde que trajiste a Patricia, recién nacida, no sólo fue atendida y educada en química, sino que tuvo una dedicada formación en el arte del Poder, tal cual me lo pediste. Ahora, desposado con tu hija, mi sobrina y ahora esposa, se ha dispuesto que se cumpla nuestro rumbo manifiesto, como bien se había predestinado.

Dairo: Es que el santo Vladimir y la Corte de los Illuminati, jamás se equivocan.

David: Y aliviado estoy que no llegaron a enterarse que, dada la obsesión de Patricia por ese pelafustán de Tony Montana, estuvimos a punto de fracasar. Menos mal que, por lo que veo, ya corregiste a tiempo eso, pues no hubiésemos vivido para contarlo. Ellos no aceptan excusas.

Dairo: Cierto, si bien alegraría en mi descargo que es más fácil gobernar continentes, que augurar lo que esconde el corazón de una mujer, aunque sea nuestra propia hija.

David: Eso es indiscutible. El detalle es que me llegó preñada.

Dairo: Menos trabajo. Tómallo como un combo.

David: Y así lo he hecho y sin discusión a sus caprichos mujeriegos. Ella misma ya le escogió nombre a su hija, porque el gandul de Tony Montana ni siquiera eso pudo darle.

Dairo: Ahorrémonos esos detalles domésticos para así cumplir la primera Ley de la Corte de los Illuminati que reza: el tiempo es oro.

David: Pues sentémonos, señor presidente, para conversar sobre asuntos de mutuo beneficio.

Dairo: Primero usted, señor presidente.

Se sientan y un hombre de negro le sirve dos copas con champagne.

David: ¡Salud!

Dairo: ¡Salud!

Beben, mientras un hombre de negro se coloca tras de David y otro tras de Dairo.

David: Está excelente.

Dairo: Estupenda.

David: Cortesía del vicepresidente.

Dairo: No sabía que ya habías nombrado tu vicepresidente.

David: Sólo procedí a lo que me solicitaste que una vez en el poder, nombrara a Patricia como mi vicepresidente.

Dairo: No. Espera. Un momento. Yo no te pedí eso. Fuiste tú quien me solicitó que apenas me juramentara, nombrara a Patricia mi vicepresidente.

David: Yo no te he hecho ninguna solicitud, sería absurdo que la nombraras como tal, siendo mi esposa y...

Rápidamente, los hombres de negro, desde atrás y con un cable de fibra, estrangulan hasta matar a David y Dairo, mientras se escucha un persistente llanto de niña. Un hombre de negro les quita las bandas presidenciales, mientras otro toma la escopeta y la recarga con un nuevo cartucho. Sigue alumbrado ese sector, mientras se ilumina la gran escalinata que culmina arriba en un trono.

ESCENA 38

Tras del trono, en neón, hay un cartel encendido que ahora dice: «Corte Illuminati». Patricia, con la niña en brazos, está sentada al trono.

ESCENA 39

Sin que deje de estar iluminada la torre en un castillo, ambos hombres de negro suben hasta Patricia. Ella señala el piso, cerca del trono. Un hombre de negro deposita las bandas en el suelo. Patricia coloca sus pies sobre ellas. El otro hombre de negro le entrega la escopeta. Patricia dispara dos veces y cesa el llanto de la niña.

Patricia:

Atención todos, esta es mi hija bien amada en la cual tengo complacencia. He aquí que todas las naciones servirán su festín y el pobre sólo será menudo polvo en su balanza y cuando ya no puedan producir los hará desaparecer como ceniza. Atención, nunca más mi hija carecerá de nombre, sino que será llamada por todos Elvira y la bendición de la Corte de los Illuminati estará siempre con ella. Atención, nadie habrá más que ella, ni siquiera un Dios fuera de ella. ¡Que se sepa desde el nacimiento del sol y hasta donde se pone, que no habrá más que ella gobernando este planeta! Si se le oponen, ella esconderá la luz y creará tinieblas y hará la guerra y creará la adversidad. Quien la adverse, sentirá como los cielos y las nubes destilarán más y más fuego sobre sus cabezas, y se les abrirá el suelo bajo sus pies, y sus almas ya no serán salvadas. Oíd todos las nuevas que les traigo de cómo avanzará ahora el mundo. Los que se hacen llamar justos y luchan por ello, llamaradas los quemarán, no salvarán su vida del gran poder que es el dinero. Los aclamados defensores de los Derechos Humanos, no tendrán brasa para calentarse, ni lumbre a la cual se sienten, sino aceptan que la justicia debe ser cancelada cash, constante y sonante, y mi hija Elvira dictaminará que es lo justo o lo injusto. Ella es noble de corazón pues ha dictaminado que con los juegos online, las tablets, celulares, computadoras, la música, los divertimentos, se logrará que nadie piense en pobreza. Pero aquellos llamados piadosos, morirán incinerados, bombardeados, infectados por las pestes que hemos creado, y utili-

zando los medios de comunicación que ahora nos pertenecen, los haremos aparecer como profanos y fanáticos, violentos y terroristas. ¡Y el orbe nos aplaudirá al destruirlos! ¡Perecerá quien clame justicia! Pero hay más nuevas, a las naciones que creyeren en la Santa Corte de los Illuminati, y acepten que sus reservas en oro sean colocadas en nuestras bóvedas, serán ensalzadas en su santo monte de Venus y su vagina los glorificará. A todos los adinerados del mundo, bienvenidos, bebed de nuestras aguas, comprad y comed del mal y se deleitará vuestra alma con grosura. Los pueblos los tendrán por sus jefes y por líderes sus naciones y sus reinos no tendrán fin, mientras cumplan nuestros edictos, preceptos y decálogos. El primero y principal es que sus pensamientos no son sus pensamientos, sólo la Santa Corte de los Illuminati es el pensamiento y el camino y ustedes simplemente su vocería, pues jamás serán más altos que sus cielos con satélites que todo lo ven, todo lo pueden y todo lo destruyen según venga el caso. Y aquellos que no tengan posesiones, ni recursos naturales, tendrán que comer su propia carne y sólo con su sangre podrán saciar su sed. Y así que sigan los pobres siendo pobres e ignorantes y perros mudos que no podrán ladrar del hambre, soñolientos, echados y trabajando como lo predestinó la Santa Corte de los Illuminati desde el principio de los tiempos. Que el mundo se ate siete veces en su corazón esta nueva geopolítica, que se ciña a ella con toda su alma, pues estos son los signos de los nuevos tiempos y quien se rebelare será para él desolación, do-

lor y crujir de dientes. Y ahora, por todo el poder sobre la vida y la muerte concedido para mi hija por la Santa Corte de los Illuminati, yo les ordeno: levántense y anden.

ESCENA 40

Todos los que han muerto en la obra, entran, y los que están muertos sobre el escenario, se levantan.

Patricia: *(Hacia el público)* Y ustedes, sentados cómodamente ahí, también levántense pues no escaparán de los designios de este mundo que está surgiendo. ¡Luces!

ESCENA 41

Se enciende la luz de la sala.

Patricia: Sí, ustedes, vamos, de pie, y en silencio acaten lo que ya ha llegado, pues sino entregaremos sus hijos al hambre, o los dispersaremos por virus creados en nuestros laboratorios y quedarán sus mujeres sin hijos y viudas, y sus maridos serán puestos a muerte y sus hijos menores heridos a espadas de guerra, y con drones sobrevolaremos sus ciudades y las bombardearemos y quedarán para espanto y burla si osan oponerse a nuestro destino manifiesto. Y para celebrar este nuevo orden mundial, les digo que así como uno de nuestros diablos creo el rock, uno aún más terrible ha creado al reguetón para hacerlos felices y será desde hoy y para siempre himno universal. Y ahora a bailar, a bailar pues una nueva era ha llegado donde todos bailarán pe-

rreados. De ahora en adelante, aquí todos perrean.
¡Música!

Se escucha un estridente reguetón.

Patricia se sienta y observa, mientras todos bailan.

Telón.

Baúles... del adiós

Baúles... del adiós

PERSONAJES

Actriz

Dramaturgo

César Rengifo

Elizabeth Schön

José Ignacio Cabrujas

Isaac Chocrón

Gilberto Pinto

Rodolfo Santana

Jóvenes, hombres y mujeres, con vestuarios de distintas obras, inclusive las que se representaron.

ESCENOGRAFÍA

Sótano polvoriento de un teatro. Baúles que forman semicírculos, laberintos, y siempre colocados en posición vertical, de manera tal que cuando los abran se pueda ver en su interior los vestuarios: libretos, utilería, libros, afiches, fotos de los dramaturgos de tamaño natural y que puedan sostenerse de pie; etc.

Al centro fondo, espacio para un gran baúl, que lo entrará el dramaturgo y la actriz y colocarán en forma vertical. No deberá ser abierto sino cuando se indique al final de la obra.

Un espacio, a oscuras para el espectador, donde ya debe estar la cama señorial, colonial, en posición vertical, para la escena de intervalo y donde estará Elizabeth Schön.

Igualmente, sin que sea vista para el espectador, sino en su momento, una pantalla donde se proyectará las escenas de *El día que me quieras*, de José Ignacio Cabrujas.

Restos de lavamanos, de espejos de camerinos. Cilindros, rectángulos, marcos y romboides de diferentes colores, que alguna vez fueron utilizados en alguna utilería. Un viejo equipo de sonido.

Todo se está derrumbando, de vez en cuando caerán desde arriba, arena, tierra.

Se escucha una estruendosa sirena, al tanto que varias luces de linterna alumbran aquí y allá la escena desde arriba y hacia abajo, como buscando a alguien. Cesa la sirena. Cae arena, tierra, a medida que, desde arriba, se escuchan distintas voces de alerta que dicen: «Peligro. Peligro. Peligro», «¿Hay alguien ahí?», «Todos desalojen». Se escuchan fuertes pisadas de botas que corren de un lado a otro, mientras alertan.

Entran Actriz y Dramaturgo, agotados por ir empujando el gran baúl hasta colocarlo, en forma vertical, al centro fondo de la escena.

Se vuelve a escuchar la sirena.

El Dramaturgo y la Actriz corren y abren uno de los baúles donde podemos observar armas de utilería correspondiente a diferentes épocas: espadas, lanzas, ballestas, machetes, mosquetones, escopetas, fusiles.

El Dramaturgo toma un mosquete y la Actriz un machete. El Dramaturgo apunta hacia arriba como si estuviese a punto de disparar. La Actriz, con el machete, amenaza hacia arriba.

Dramaturgo: *(Hacia arriba) ¡Venderemos cara nuestra vida!
¡Bellacos! ¡Bellacos! ¡Bellacos!*

Silencio.

Dramaturgo: *(A la Actriz) ¿Viste? Se acobardaron, huyeron. Los asusté.*

- Actriz:** (*Ríe*) Sí, sobre todo por lo de bellacos. Eso los debió haber aterrado.
- Dramaturgo:** ¿Dije bellacos?
- Actriz:** Fuerte y claro. Sólo te faltó llamarles pardales.
- Dramaturgo:** ¡Pardiez, sí, me faltó pardales!
- Actriz:** (*Ríe*) Y si te oyen decir pardiez, tiemblan.
- Dramaturgo:** Pues te diré que pardiez es una interjección que denota enfado.
- Actriz:** En otra época.
- Dramaturgo:** Las interjecciones viven, expresan siglos de cultura. En cuanto a pardales, en el léxico alicantino significa tontos. Además, ¿puedes negar que es una palabra bien musical?
- Actriz:** No hablo de la palabra, sino de nuestra situación. No puedes esperar que nos defendamos con palabras en desuso.
- Dramaturgo:** Creo que fue por eso que todo se jodió.
- Actriz:** Esa palabra sí se entiende.
- Dramaturgo:** Cuando empezamos a descuidar nuestro lenguaje, a abandonarlo, no sólo en nuestra vida diaria, sino lo peor, en nuestro teatro, se perdió todo. Ahora cualquiera dice tres o cuatro groserías, y digo grosería en el sentido de rusticidad, de ignorancia acerca del lenguaje... o, también contraen una

palabra... o lo más aterrador, la insuflan de anglicismos, y listo, ya son dramaturgos.

Actriz: Estoy de acuerdo contigo. Al entregar las palabras, entregamos nuestra alma.

Dramaturgo: Pues porque no son sólo palabras. Las palabras habitan al hombre y sus sentires, sus pensamientos, sus siglos sobre la tierra y hasta su respiración. Sí, sí, hasta el respirar en escena es habla... respirar ya es hablar. Por eso quieren destruirnos. Sólo la palabra salva al teatro.

Se escuchan tres sonidos chirriantes que salen de un altoparlante. Breve silencio y se oye una voz que viene del exterior al través de un altoparlante.

Voz: Atención, atención, se le notifica a todo el personal de ingenieros, arquitectos, técnicos explosivistas y obreros, que en este momento ya deben abandonar el inmueble pues exactamente en sesenta minutos lo vamos a implosionar. Comenzamos la cuenta regresiva desde ahora. Cincuenta nueve minutos...

Dramaturgo: *(Hacia arriba. Gritando)* ¡No es ningún inmueble es un teatro!

Actriz: *(Molesta, amenazante, hacia arriba)* ¡Un teatro! ¡Bárbaros! ¡Salvajes!

Dramaturgo: Eso son: salvajes y bárbaros.

Actriz: Nuevos Atilas que destruyen todo en nombre de un vandalismo que llaman progreso.

Dramaturgo: Y lo peor. Dijeron implosionar. ¡Implosionar! Es que no solamente son viles y rufianes, sino que son verdugos del lenguaje. ¡Implosionar! ¡Ladinos, han cometido una violación flagrante al idioma! ¡Implosionar no existe, sépanlo, arteros y marrulleros de nuestra preciosa lengua!

Actriz: No permitiremos que echen abajo este teatro. Primero tendrán que matarnos.

Dramaturgo: Así es. De aquí no nos mueve nadie.

Actriz: Vivimos haciendo teatro y moriremos haciendo teatro.

Dramaturgo: Aquí nos encontrarán sembrados, bajo los escombros, pero siempre dignos.

Actriz: Con la dignidad del teatro que es tan antigua como la vida misma. ¡Allá, ustedes, escuchen allá arriba, los que pretenden derrumbar este teatro para construir un centro comercial! ¡Escuchen y respondan! ¿Cuántos años tienen ustedes? ¿No responden? Pues ustedes acaban de llegar y nosotros, el teatro, tenemos más de tres mil años. Así que ahora es cuando habrá teatro. ¡Vamos, respondan!

Silencio.

Actriz: No dicen nada. No tienen nada que decir.

Dramaturgo: Pero qué pueden decir, no sólo no tienen argumentos sino que ni siquiera saben hablar. ¡Implosionar! ¡Habrás visto tal barrabasada!

Actriz: Implosionar. Pues te diré que es una palabra pasable, comparada con las que usan ahora para titular montajes precederos, breves, que se hacen por ahí.

Dramaturgo: Eso es muy cierto. He leído títulos que harían sonrojar al mismo Marqués de Sade. Títulos como: «Yo te la hago a ti, y tú me la haces a mí, pero suavcito, suavcito».

Actriz: Yo leí un aviso de prensa donde anunciaban una obra que se llamaba: «Grande, grueso, largo, peludo y gozón».

Dramaturgo: Ah, eso no es nada. Yo vi una cartelera que anunciaba: «A todas esas mujeres me las tiré... y a sus esposos también. Papito gozón».

Actriz: Pues te cuento que yo leí un título de un montaje que se anunciaba como experimental y que, según, incluirían hasta las técnicas más de vanguardia y de evoluciones comunicacionales de las redes sociales. La obra la titulaban: «Soy Garganta Profunda Facebook que los hará gozar, así que mi amor, pide por ese twitercito».

Dramaturgo: ¡Qué atrocidad! ¡Burrada en demasía! No entienden que una obra de teatro, una obra de arte, comienza hasta por el título. El lenguaje es un reflejo del espíritu.

Actriz: Sí, el título es una invitación de la poesía para que entremos al alma de la obra.

Dramaturgo: Eso se ha perdido. Hay que salir a buscarlo, hay que sembrarlo de nuevo en los jóvenes, pues sino un día leeré un título que dirá: «Que me den por el culo, para que se acabe la vaina». Y hasta son capaces de darles un premio.

Actriz: Títulos hermosos, tiene nuestro teatro. Títulos, donde somos nosotros, como: «Cora o los hijos del Sol», de Rafael Agostini.

Dramaturgo: «La serpiente sobre la alfombra» de Aquiles Certad.

Actriz: «La Rubiera», de Ida Gramcko.

Dramaturgo: «El Dios invisible», de Arturo Usler Pietri.

Actriz: «Intervalo», de Elizabeth Schön. Ya está. Ya lo sé. Ya sé lo que haremos. Defenderemos nuestro teatro, apoyados en las voces de nuestros dramaturgos y dramaturgas ya idos en gira permanente por los cielos.

Dramaturgo: «Lo que dejó la tempestad», de César Rengifo. (*Colocándose un paño negro en la cabeza, para interpretar a Begoña. A la Actriz*) Yo haré Begoña y tú interpretarás a Brusca Martínez, en esa tierra que alejaba su paz y la volvía tempestad.

Actriz: (*Hace transición y habla como Brusca. Busca y camina, amenazante, con el machete*) Yo los vi... y arriban volaban los zamuros... Jajaja... (*Corta la voz*) ¿Quién dijo que eran los míos...? ¿Quién dijo que eran mis hijos? (*Con ira*) ¿Quién lo dijo? ¡Ninguno de ellos era nada mío!

- Dramaturgo:** (*Como Begoña. Temerosa*) Cálmate, Brusca.
- Actriz:** (*Como Brusca. Mirándola fijamente*) ¿Begoña? ¿Begoña? (Mirando a su alrededor) Este pueblo no era así. Feo. Tuvo sus casas blancas, sin manchas de pólvora y sangre. Begoña... Begoña... ven.
- Dramaturgo:** (*Como Begoña*) Todo pasó, Brusca Martínez. La Guerra Federal ha terminado, las cosas están tranquilas.
- Actriz:** (*Como Brusca*) ¿Tranquilas? Hay miles de tumbas con huesos y hormigas y en las trincheras hombres muertos. No soy Brusca Martínez, soy la Rompefuegos y con el grado de comandante de las guerrillas del centro.
- Dramaturgo:** (*Como Begoña*) ¡Ilumina tu cerebro! ¡Eres Brusca Martínez! Todas esas cosas pasaron. Ya no hay guerra. Zamora murió en San Carlos.
- Actriz:** (*Como Brusca*) ¿Lo mataron? No. No. No. Te equivocas. ¡Está vivo! ¡Zamora está más vivo que nunca! ¡Oigan todos! ¡Alcen en alto las banderas! ¡Que redoble un tambor y traigan por las bridas un potro de pólvora y tormenta porque Ezequiel Zamora ya despierta! ¡Y que venga el coro de los vientos! ¡Y el de la madrugada enrojecida! ¡Porque ya Ezequiel Zamora va con el pueblo y hay una tempestad por los caminos!
- Ambos cantan, mientras se dirigen a un baúl, lo abren, y sacan el retrato de cuerpo entero de César Rengifo y lo colocan adelante.*

Dramaturgo: «Las tropas de Zamora al toque del clarín».

Actriz: «Derrotan las brigadas del godo malandrín».

Ambos: «¡Oligarcas temblad, viva la libertad!»

Actriz: «Alumbra los caminos de la Revolución»

Ambos: ¡Oligarcas temblad, viva la libertad!

Actriz: «Quisiera ver un cura, colgado de un farol».

Dramaturgo: «Y miles de oligarcas con las tripas al sol».

Ambos: «El cielo encapotado anuncia tempestad

y el Sol tras de las nubes

Pierde su claridad

¡Oligarcas temblad

viva la libertad!»

Dramaturgo y Actriz quedan al lado de la foto de César Rengifo. Se va oscureciendo ese sector hasta que dejan de verse y todo queda en penumbras, al tanto que se ilumina otro, donde está de pie y sobre un cubo, o un cilindro, César Rengifo.

César: El movimiento de teatro popular en Venezuela está verdaderamente vivo en la actualidad, implica un impulso formidable y está ayudando mucho a la concientización de las masas venezolanas. Otras fuerzas le han dado gran impulso al teatro comercial que tiene actualmente un público

diario que les asegura la subsistencia y bastantes ganancias y, sobre todo, un teatro que goza de gran publicidad. Nosotros hemos denunciado varias veces su peligro, por cuanto tiende no solamente a difundir ideas ideológicamente contrarias a la cultura nacional, sino también a condicionar el gusto y la sensibilidad de un público hacia un teatro intrascendente, hedonista y banal que ofrece resistencia posteriormente, frente a un teatro que le haga proposiciones, que trate de inquietarlo y concientizarlo. A ese actor se le manipula muy hábilmente para transformarlo no en un creador al servicio del pueblo, sino en un creador al servicio de las clases dominantes. Sobre todo se le atrae fácilmente con el incentivo de las altísimas ganancias que les proporciona la televisión. Hay que tratar que el actor tenga conciencia para librarse un tanto de las tentaciones de la televisión comercial que lo deforman y lo destruyen. El actor es uno de los artistas más importantes, mucho más que el pintor. Allí donde el pintor no llega, porque permanece en galerías, museos y sólo pueden ver su arte ciertas capas de la población, el actor tiene la oportunidad, a través de la televisión y a través del cine, de penetrar en las casas en amplísimos sectores y desarrollar un papel decisivo en la conformación o deformación del espíritu, la ideología y el pensamiento de numerosas personas, tanto que lo consideramos un elemento muy útil, fundamental para la reconstrucción espiritual de nuestro pueblo en el futuro.

Se va oscureciendo totalmente hasta no ver más a César Rengifo mientras se va iluminando, como antes, el espacio donde están la Actriz y el Dramaturgo.

Dramaturgo: ¡Grande maestro César Rengifo!

Actriz: ¡Inmortal y estás tan vivo como Zamora!

Dramaturgo: ¡César Rengifo, la Venezuela que va a vivir siempre, porque tú la escribiste desde su entraña más dolida, te saluda! ¡Salve César!

Actriz: ¡Salve César, porque en *Lo que dejó la tempestad*, estás tú, y nosotros! ¡En tu obra está toda Venezuela desde su herida social más profunda!

Dramaturgo: Grandes personajes femeninos han escritos nuestros dramaturgos.

Actriz: Y grandes dramaturgas han sido unas adelantadas a su época y escribieron obras memorables, como Elizabeth Schön y su obra *Intervalo*.

Dramaturgo: Toda la esencia de la vida en un Intervalo.

Se oscurece totalmente, donde están la Actriz y el Dramaturgo, al tanto que se ilumina solamente un sector, donde estará una cama, lujosa, dorada, en posición vertical. Sobre la cama, como si estuviese acostada, vistiendo como una gran dama antañona, estará Elizabeth Schön.

Elizabeth: Soy del agua. Soy del canto dulce y profundo. Soy la cesta del mar. Soy la semilla de la calma que brilla en

las mañanas. Soy la faz rodante del grano. Soy mujer poeta, dramaturga de una Venezuela luminosa... misteriosa que anda con brillo en su espíritu hacia el siglo XXI, llevando como antorcha su poesía. La poesía siempre nos pone en contacto con algo que nunca llegamos a conocer. La poesía sirve para todo, sobre todo para hacernos ver a nosotros mismos como seres humanos. Y, además, para enseñarnos a dar. Dar bien. La poesía, la dramaturgia, nos hace ver mejor, porque la palabra siempre vence a la oscuridad. A mí la palabra me ilumina mucho más que el sol. Soy Elizabeth Schön.

En el área, donde está Elizabeth Schön, entrará el Dramaturgo, vestido como mayordomo y llevando varias sillas, de madera, con espaldar tejido. Tras de él, dándole órdenes, señalándole donde colocar las sillas, entrará la Actriz que estará vestida, exactamente, como Elizabeth Schön. La Actriz, cojea.

Elizabeth: *(Desde su sitio. Al Dramaturgo)* ¿Acaso no te pareces a una larga cinta de humo?

Actriz: *(Como el personaje Ella, de la obra Intervalo, de Elizabeth Schön. Señalándole un sitio al Dramaturgo, donde debe colocar una de las sillas. Las sillas las irá colocando el Dramaturgo, de manera tal que parezca un camino)* Los detalles jamás concluyen. Abundan como esporas. Existen para aquel que mire el vacío, el límite, encuentre apoyo y no se pierda.

Dramaturgo: *(Como el personaje del Mayordomo, de la obra Intervalo, de Elizabeth Schön. Colocando una silla*

en el sitio que le indicó la Actriz y formando un camino) Hablo de la habitación.

Elizabeth: *(Desde su sitio. Al Dramaturgo y a la Actriz) La habitación se ha presentado sola y justo con lo requerido. Antes de aparecer ambos, cada objeto colmó el espacio con caminos por los que habíamos de llegar.*

Dramaturgo: *(A Elizabeth) Puede que alguno se haya olvidado y sea precisamente aquel que los invitados quieres encontrar. (Sigue en su acción de colocar sillas, como un camino)*

Actriz: *(A Elizabeth) ¿Acaso faltará haberme anunciado? Mi cuerpo habla lo suficiente cuando se ladea, y refleja la invalidez, el poco acercamiento a la belleza.*

El mayordomo, deja las sillas un momento, recoge una rosa y se la ofrece a la Actriz.

Actriz: Siempre hay una rosa.

Dramaturgo: *(Quien regresa por la sillas y las coloca donde señala la Actriz) Usted las exigió.*

Elizabeth: Y... ¿No es mío el drama?

Se oscurece, lento, hasta desaparecer, el sitio donde está Elizabeth Schön. Al tanto que se va iluminando el sitio de las sillas, semejando un camino.

Dramaturgo: *(A la Actriz) ¿Qué tiene que hacer con ello la rosa?*

Actriz: *(Señalándole al Dramaturgo, donde colocar otra silla)* Quiero ponérmela como careta de igual color que el corazón.

Dramaturgo: *(Colocándolo la silla en el sitio que le señala la Actriz)* Despertó hoy diferente. Ayer pedía las rosas por su frescura.

Actriz: *(Señalándole otro sitio donde colocar la silla)* Si fuera siempre la misma, preferiría la horca, el diluvio.

Dramaturgo: *(En el mismo juego de colocar la silla)* Supongo que aún retiene la numeración de los asientos.

Actriz: Perdón. No estoy ante el congreso. Usted hablaba, claro, de la enumeración de los asientos. *(Contando las sillas)* Una, dos, tres, como deben estar en el cielo, junto a Dios.

Dramaturgo: ¿Por qué abusa de la comparación?

Actriz: Por hambre, por fuerza desconocida que me obliga a saltar sobre el objeto.

Dramaturgo: *(Quiere colocar una silla en un sitio que la Actriz no le ha indicado)* Mejor, hágame caso.

Actriz: *(Arrebatándole la silla y colocándola donde ella quiere)* Jamás he respirado otra sentencia que la de obedecer y quiero viento, luz, poseo nariz y oídos que me piden.

Dramaturgo: ¡En este salón, siempre se impone su voluntad!

Actriz: *(Quitándole las sillas y colocándolas según su intención) ¡Cuidese y no confíe en usted, así, tan ciegamente, como en la silueta de un espejo! ¡No se siente como si fuese un ser múltiple, sin un centro único donde caer? (Se dobla de dolor)*

Dramaturgo se acerca presuroso. Toma las sillas y las va colocando hasta llegar a un área en penumbras.

Actriz: *(Se sobrepone)* Y ahora se me desgarran. Se parte en mil trozos despreciables, logro sostenerlo. *(Con gran júbilo)* Es lo inaudito. Estar herido y no perderse y seguir la destrucción. ¡El timbre! Ha sonado el timbre. Quien toca el timbre no es ningún gladiador como para que se le tema. El timbre. El timbre. Ha sonado el timbre.

Suena un timbre y se ilumina la foto, a cuerpo entero, de Elizabeth Schön. A su lado, sentado en la silla, el Dramaturgo toca el timbre. El Dramaturgo deja de tocar el timbre. Todas las sillas colocadas deben estar mirando hacia la fotografía.

Dramaturgo: Nuestra grande Elizabeth Schön, ya en el año de 1956, introdujo en nuestra escena nacional el surrealismo y al absurdo.

Actriz: Y mostró, en *Intervalo*, el obstáculo que tenemos los seres humanos para comunicarnos, y que la única manera de saltarlo, como ella nos dice, es por una alianza de intimidad entre todos.

Dramaturgo:

Comunicarnos, sobre todo, para no quedarnos aislados o rodeados por nuestros propio fantasmas.

Se vuelve a escuchar la sirena. Luego silencio. Se escuchan tres sonidos chirriantes que salen de un altoparlante. Breve silencio y se oye una voz que viene del exterior al través de un altoparlante.

Voz:

¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! A todas las personas que aún pueden estar en los predios o en el interior del recinto, se les alerta que en cuarenta minutos vamos a implosionar todo el inmueble. ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! ¡Abandonen el recinto que en cuarenta minutos los vamos a implosionar!

Se escucha la sirena.

Mientras suena la sirena, el Dramaturgo, junto a la Actriz, sacan del baúl respectivo, la foto de tamaño natural de José Ignacio Cabrujas y la colocan frente al público, al igual que las demás.

El Dramaturgo y la Actriz, toman cada quien una silla, se sientan de espaldas al espectador y mirarán hacia el fondo.

Cesa el sonido de la sirena.

Se oscurece todo el escenario y se ilumina la pantalla donde vemos la fotografía de José Ignacio Cabrujas, fumando. Entra sonido de máquina de escribir y en generador de caracteres José Ignacio Cabrujas Lofiego. Dramaturgo-actor-director. Ca-

racas; 17 de julio de 1937 - Porlamar, isla de Margarita; 21 de octubre de 1995.

Sobre distintas fotografías de José Ignacio Cabrujas, en sus actividades como actor, director, dramaturgo, se oirá la voz en off de este.

Voz de Cabrujas: *(Sobre una foto del mismo)* «El Estado desconfía absolutamente de los ciudadanos... el Estado es un truco legal que justifica formalmente apatencias, arbitrariedades y demás formas de “me da la gana”. Estado es lo que yo, como caudillo o como simple hombre de poder, determino que sea Estado. Ley es lo que yo determino que es ley... el país tuvo siempre una visión precaria de sus instituciones porque, en el fondo, Venezuela es un país provisional... en Venezuela el corrupto es la norma. El hombre honesto o es un pendejo o simplemente una excepción lujosa». *(Pausa Corta. Otra nueva foto)* «La necesidad que tiene una sociedad de querer invocar a tal o cual de sus personajes en el pasado, habla un poco mal de esa sociedad, habla de una negación de lo contemporáneo, de lo presente de la sociedad». *(Pausa Corta. Otra nueva foto)* «Nunca levantamos muchas salas de teatro en este país. ¿Para qué? La estructura principista del poder fue siempre nuestro mejor escenario». *(Pausa Corta. Otra nueva foto)* «Cuando escribo una obra de teatro, lo que tengo dentro de mí es meramente un sonido, no más que eso, no tengo un concepto muy claro, no sé lo que voy a decir, tampoco me importa mucho, lo que me importa es el sonido de lo que voy a decir, yo creo que ese

sonido es único, que no hay dos sonidos para la misma obra, o para la misma escena, o para el mismo personaje. Un personaje es un sonido y no más que un sonido, no puede tener dos sonidos, hay que encontrarle entonces su tesitura, la manera como suena, y cuando creo encontrarlo, todo se hace fácil, porque entonces el texto, en vez de ser palabras, se vuelve una curva, como varias ondas, como “suave”, “fuerte”, “piano”, “pianissimo”, “forte”, “fortissimo”, y la propia organización de ese material dramático, es para mí un canon musical... a una escena lenta, sigue una escena rápida, como si estuviera componiendo aquello, y eso me apasiona». (*Pausa Corta. Otra nueva foto*) «Nunca he escrito para mí. Yo escribo para los demás. Para monearle a los demás realmente, para exhibirme ante los demás, para gustarle a los demás o para que los demás me amen. Yo soy una persona de afectos. A mi vida la mueven los afectos. Yo no soy un intelectual. Durante un tiempo de mi vida pensé que lo era. Y resulta que no. A mí lo único que me mueve en la vida es el sentimiento, el afecto, las pasiones, las rabias. Yo soy llorón, muy llorón. Lloro hasta viendo televisión. La última vez que lloré fue viendo *El chico* de Chaplin, por enésima vez. Y siempre me hace llorar. Moqueo y todo» (*Pausa Corta. Otra nueva foto*) «Uno debe amar este maldito país».

Disolvencia de la última fotografía de José Ignacio Cabrujas, para que entre, en primer plano, un reloj Junghans con su sonido respectivo. La cámara abre y vemos un patio de una casa colonial, ya casi

derruida. Hay helechos, jarrones dorados, bambúes, doblados por el tiempo; cerámicas descascaradas por donde chorrea el agua. Sólo se escucha el sonido del reloj. La cámara sigue abriendo y se va alejando el sonido del reloj hasta ya no oírse y escuchar el sonido de unos tacones de mujer que camina de un lado a otro. Nos encontramos con la Actriz, ataviada como el personaje de Elvira. La Actriz camina, esperando, contenida. Arriba vemos entrar al Dramaturgo, en el personaje de Pio Miranda. Cesa el sonido del taconear. Se escuchando lejanos canarios. Brisa. Sonido ambiente de fondo.

Dramaturgo: *(Después de ver a la Actriz. Tímido. Como Pio Miranda)* Lamento haber discutido, y pido excusas.

Actriz: *(Como Elvira. Segura. Seca)* No hay de qué.

Dramaturgo: Le he pedido a María Luisa que me acompañe desde esta noche. Buscaremos un lugar dónde vivir, y después nos marcharemos.

Actriz: *(Áspera)* Tú me dirás dónde debo enviarle la cama.

Dramaturgo: *(Recto)* No me interesa la cama de María Luisa, ni las pertenencias de María Luisa.

Actriz: *(Con sorna. Ligera sonrisa)* Me alegro.

Larga pausa.

Dramaturgo: Ahora, hazme el favor de escucharme, porque voy a hablar de este asunto por última vez. *(Pausa)* En treinta y ocho años de mi vida he sido maestro de escuela, cajero de imprenta, secretario de un compra-

dor de esmeraldas en el río Magdalena, espiritista, seminarista, rosacruz, masón, ateo, librepensador y comunista. ¡Y ahora te voy a explicar por qué soy comunista! Cuando era niño, en Valencia, mi santa madre, Ernestina, viuda de Miranda, enfermera jubilada del Hospital de Leprosos, lectora perpetua de *El Conde de Montecristo*, se ahorcó en su habitación. ¿Sabes cómo mierda se ahorcó? Amontonó en el suelo, *Los Miserables*, de Víctor Hugo, *El Coche Número 13*, de Xavier de Montepin, *La Dama de las Camelias*, de Alejandro Dumas, hijo, *El Crimen del Padre Amaro*, de Eça de Queiroz y una edición ilustrada de la Biblia. Se subió a la pila de libros, y ni siquiera, maldito sea, me dejó una carta explicativa. Se limitó a saltar sobre la narrativa romántica, con una fiereza inexplicable. Ahora parece un chiste y, a veces, me he sorprendido a mí mismo riéndome al contarlo. ¡Pero desde ese día tuve miedo! ¡Me orinaba en la cama de puro miedo! ¡No me atrevía a cruzar el patio después de las once, por temor a encontrarla bajo el limonero, o en el comedor, o en la cocina! Tú me preguntarás, ¿miedo a qué mierda? Y yo te diré, miedo a que me explicara por qué lo había hecho. Miedo a no inventarla. Miedo a terminar en la misma viga y bajo el mismo techo. (*Breve pausa*) ¡Leí los libros de aquel patíbulo que mamá había hecho en su dormitorio, buscando una clave, una respuesta, una explicación cualquiera...! ¡Y no encontré nada! ¡Páginas y más páginas... y nada! (*Pausa*) ¡Ingresé al seminario Arquidiocesano y comencé a masturbarme todas las noches! ¡Y un día me descubrieron en una lascivia con la imagen de

Santa Rita! ¡Y me declararon loco y atormentado! Entonces, dejé de creer en Dios... Porque, ¿cómo mierda creo en Dios, si me provocaba la imagen de Santa Rita? ¿No comprendes que me expulsaron de la vida?

Actriz: Alabado sea el Señor misericordioso...

Dramaturgo: ¡No hay Señor misericordioso! ¡Estás en mundo, con tus mansos, con tu lengua... y no hay Señor misericordioso! ¡Yo te podría decir que soy comunista por la cojonudez del *Manifiesto*, por el hígado de Marx y la cabeza de Federico Engels! ¡Pero soy comunista por la declaración de Aura Celina Sarabia, cocinera de la pensión Bolívar donde murió mamá! ¿Y sabes por qué se ahorcó mamá? ¡Porque redujeron el presupuesto del Ministerio de Sanidad y hubo un error en la lista de pensionados! Aura Celina me lo dijo... ¡Un error en la lista de pensionados y tres quincenas sin el dinero! ¡Murió de vergüenza...! Y entonces, yo me pregunté, ¿dónde están los incendiarios de esta sagrada mierda? Y me dijeron: ¡Lee...! Y aquí estoy, hablándote de mi clandestinidad.

Larga pausa.

Actriz: Tengo jaqueca... Dile a María Luisa que venga. No quiero saber que está en la acera de enfrente.

Dramaturgo: A veces me provoca salir corriendo y no volver más. Inaugurar un koljosz en Guayana y callarme la boca.

Actriz: ¿Quieres dejar a María Luisa?

Dramaturgo: No lo sé.

Actriz: ¿Y la carta de Romain Rolland?

Dramaturgo: No va a contestar.

Actriz: (*Pausa*) ¿Cómo lo sabes?

Dramaturgo: (*Pausa*) No la envíe nunca.

Pausa.

Actriz: Judas.

Dramaturgo: Ni siquiera sé dónde vive Romain Rolland. Y aunque lo supiera... ¿qué puede importarle?

Actriz: ¿Y mi hermana?

Dramaturgo: Vendré a buscarla esta noche.

Actriz: ¿Y a dónde la vas a llevar? ¿A la pensión Bolívar?

Dramaturgo: A lo mejor, nací cincuenta años antes de lo debido... O a lo mejor se me extravió el mundo. En ocasiones veo el mapa de Australia, Elvira, por hablarte de un lugar lejano, y pienso que allí debe existir otro como yo, en alguna calle de Sídney, un fabricante errático, un vendedor de soluciones, un australiano falsificador. Me acerco a la gente y cinco minutos después estoy explicando algo... como si me dieran pena. La gente me ruboriza, Elvira, y en lugar de hablar, respondo, explico y reparto pedazos de mundo, con la única intención de que me perdonen. Y me provoca gritar: ¡qué

mal viven...! ¡Qué mierda de vida viven, por no vivir, por no vivir medio metro más allá...! ¡Nadie me pide explicaciones! ¡Nadie se interesa por mis explicaciones, y yo pido perdón por ser testigo de esa tontería...! Así pasó con María Luisa... ¿Qué hacemos, Pío? ¿Cuándo nos vamos, Pío? ¿Cuándo nos casamos, Pío? Y yo cerré los ojos y me vi en la calle de Gato Negro con los libros y la infinita seguridad de estar equivocado... Entonces le dije que iba a escribirle una carta a Romain Rolland, para que ella pensara que Romain Rolland hablaría con Stalin y Stalin era el koljosz de remolachas en Ucrania. ¿Qué estupidez, verdad?

Actriz:

Vivimos tan mal, Pío Miranda, con los helechos y los canarios, y el *Ecce Homo* detrás de la puerta... Vivimos tan mal...

Se congela la imagen y sobre ella El día que me quieras, de José Ignacio Cabrujas y de seguidas los créditos y luego un lento fundido a negro, al tanto que estamos escuchando a Carlos Gardel cantar «El día que me quieras».

Cesa la música de «El día que me quieras».

Al oscurecerse la pantalla, se ilumina el escenario y ya está la foto de Isaac Chocrón. A los pies de la foto, hay varias piedras de diferentes colores.

Se vuelve a escuchar la sirena. Luego silencio. Se escuchan tres sonidos chirriantes que salen de un altoparlante. Breve silencio y se oye una voz que viene del exterior al través de un altoparlante.

Voz:

¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! A todas las personas que aún pueden estar en los predios o en el interior del recinto, se les alerta que en treinta minutos vamos a implosionar todo el inmueble. ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! ¡Abandonen el recinto que en treinta minutos lo vamos a implosionar!

Se vuelve a escuchar la sirena.

Cesa el sonido de la sirena.

Ahora, tras el retrato, sale la actriz, como el personaje Eloy, de la obra La Revolución de Isaac Chocrón. Viste un smoking lustroso y un poco raído, como el de un mesonero de tercera categoría. Se desplaza con pasitos rápidos de un lado a otro. Recibiendo y contando a un público imaginario.

Se oscurece el área donde está la fotografía de cuerpo entero de Isaac Chocrón y a cuyo pie hay piedras de diferentes colores.

Actriz:

(Como el personaje de Eloy, de la obra La Revolución, de Isaac Chocrón. Al público) Buenas noches... mucho gusto... buenas noches... un placer... ¿ya están todos aquí? Sí, creo que sí... en seguida comenzamos. (Gritando) ¡Ah!, Miss Susy, ¿vamos a comenzar? ¡Ya están todos aquí! (Baja el tono) Enseguidita viene... debe estar dándose los últimos... ustedes saben cómo son las estrellas... ¡Si lo sabré yo que trabajé con él casi quince años...! ¡Una vida...! De ciudad en ciudad, en todos los night-clubs, nómbrame una ciudad,

nómbrenme cualquier night-club, ¡allí estuvimos!
¡Qué tiempos! ¡Qué vida! Un remolino... Podría
escribir un libro que nadie creería. Bueno, hoy
en día por supuesto que lo creerían. ¿Qué no se
cree hoy en día? Pero hace años hubiese parecido
una... una estrambótica... una excentricidad...
¡una estrambótica excentricidad! ¡Como platillos!
¡Plam! ¡Plam! (*Gritando*) ¡Bueno! ¿Qué pasa? ¡Esto
es para hoy, no para mañana, Gabrielito!

Dramaturgo: (*Como el personaje Gabriel, de la obra La
Revolución, de Isaac Chocrón. Desde adentro*) Voy,
voy.

Actriz: Gabrielito. Gabriel. Como el ángel. Era muy bello.
Parecía un ángel. A veces lo llamaban Gabriel, a
veces Gordi, gordito, después que le vinieron los
kilos. (*Imitándolo*) «Si no fuera por estos kilos, yo
no sé qué sería de mí». (*Tono normal*) Pero no eran
los kilos. Era lo que tenía aquí en la cabeza. Eso
nadie se lo puede negar. (*Imitándolo*) «¡A ver! ¿Qué
tal? ¡Ríanse! ¡Para eso pagaron!» (*Tono normal*)
¡Privilegiada! ¡Una inteligencia privilegiada!

Dramaturgo: (*Afuera. Gritando*) ¿Quieres hacerme el favor de
no hablar tantas pendejadas? ¡Sí!, te estaba oyendo,
¿o es que crees que soy sordo?

Actriz: ¿Qué estás haciendo allí afuera?

Dramaturgo: (*Desde afuera*) Cargando un rifle.

Actriz: ¿Un qué?

- Dramaturgo:** *(Desde afuera)* ¡Un rifle!
- Actriz:** ¿Vas a matar un león?
- Dramaturgo:** *(Desde afuera)* No. Voy a matar a un ratón.
- Actriz:** ¿Un qué?
- Dramaturgo:** *(Desde afuera)* ¡Un ratón! Deberías ir donde un médico. Ya estás casi sordo.
- Actriz:** Los médicos lo que hacen es preguntar. ¿Dónde está el ratón?
- Dramaturgo:** ¿De qué color eres?
- Actriz:** Parezco gris. Por eso sirvo para mesonero.
- Dramaturgo:** *(Desde afuera)* ¿Gris claro o gris oscuro?
- Actriz:** ¿Pero cuándo vas a salir? Gabriel, te están esperando. ¡Qué fastidio!
- Dramaturgo:** Primero dime tu tono de gris.
- Actriz:** *(Riéndose)* Gris perla.
- Dramaturgo:** ¡Qué delicado! ¡Así me gusta! ¡Que el ratón que vaya matar sea gris perla! ¡Estoy listo, ahora ya puedes anunciarme!
- Actriz:** Señoras y señores, madames y messieurs, ladies and gentlemen, herren un damen, la empresa esta noche se enorgullece... en presentarles... la sin par... la temperamental... la inigualable... ¡Miss Susy!

- Dramaturgo:** *(Entrando, vestido con el traje rosado por encima de la camisa y el pantalón, y con un rifle en la mano)* ¡Manos arriba, mariposa!
- Actriz:** *(Al público)* ¡Ay, no tiene remedio! Le encanta un trapo.
- Dramaturgo:** Manos arriba o no las volverás a subir más nunca.
- Actriz:** Ponles las manos arriba a tus ratones.
- Dramaturgo:** Cuento hasta tres y disparo.
- Actriz:** Por mí puedes contar hasta mil. Yo me voy.
- Dramaturgo:** Uno. No quisiera matarte de espalda, Actriz.
- Actriz:** No te creo.
- Dramaturgo:** ¿Qué importa pretender con tal de creer en lo que se pretende? ¿No me entiendes? Óyeme, existe una urgente, muy urgente, necesidad de que volvamos a ser personas pensantes. Es muy urgente.
- Actriz:** ¿Por qué? ¿Qué va a pasar? ¿Una revolución?
- Dramaturgo:** La revolución ya está pasando, Eloy, está pasando. ¿No la ves? ¿No la sientes? Muévete o te va a triturar, te va a pisar, vas a quedar como colilla de cigarro besando el suelo.
- Actriz:** ¡Déjate de politiquerías!
- Dramaturgo:** Muy bien, quédate con el montón. Defiende tus frituras y tu reputación y que aquí no pase nada. Ni siquiera tu vida.

Actriz: ¡Si pudieras verte! Con esa cara pintarrajeada y vestido de hombre, pareces un payaso.

Dramaturgo: Un payaso que se parece a ti, ¿no, Eloy?

Actriz: Me moriría de la vergüenza si te parecieses a mí. Sería capaz de...

Dramaturgo: ¿Matarte?

Actriz: De matarte a ti.

Dramaturgo: ¡Atrévete!

Actriz: ¡Cómo te gustaría! Te fascina ser mártir.

Dramaturgo: Valdría la pena morir instantáneamente y por una causa.

Actriz: Mi causa, ¿no?

Dramaturgo: Tuya, toda tuya.

Actriz: La víctima. Te encanta ser la víctima.

Dramaturgo: Podrías, ¡por fin!, enredarte en algo.

Actriz: Por supuesto; en los barrotes de la cárcel.

Dramaturgo: Saldrías en los periódicos.

Actriz: Sin duda. En las páginas rojas.

Dramaturgo: Sería mucho pedir que te pusiesen en las de espectáculos. Pero a lo mejor pueden meter tu foto en las sociales. «Veterano mesonero, favorito de muchas anfitrionas quisquillosas, mata a su...»

- Actriz:** ¡A su nada!
- Dramaturgo:** Muy bien fraseado, Eloy, me encanta. «Mata a su nada por motivos...» ¿Qué prefieres? ¿Pasionales? Sí, ya sé, eso no porque te llamarían ladrón sin haber robado. ¿Profesionales? Suena muy bien, Eloy: «Mata a su nada por motivos profesionales».
- Actriz:** ¿Y no sería preferible que tú solo fueses la noticia?
- Dramaturgo:** Te estoy ofreciendo compartirla.
- Actriz:** Y yo te cedo la exclusividad. ¿O es que crees que no me he dado cuenta de tu nuevo jueguito? Si lo que usted quiere es morir, Madame Chan, mátese usted misma y sea usted únicamente la noticia. A lo mejor la noticia apareció en las cartas.
- Dramaturgo:** Pero no te exaltes. No se trata de que quiera yo ser la noticia. Lo que quise ofrecerte fue el papel de protagonista, pero si insistes en seguir escogiendo papeles secundarios, yo respeto tu preferencia. La respeto y puedes ser tú el muerto. Yo te mato.
- Actriz:** Realmente que no hay nada más terrible que una marica despechada. Se los digo yo. Como, según tú, porque ninguno de nosotros sabemos con certeza si es verdad, como según tú los famosos muchachos, las beldades, se esfumaron, ahora pretendes armar un melodrama con tu supuesta desgracia. Pero, Miss Susy, si a usted siempre todos los hombres la han dejado. Si a todas las maricas del mundo todos los hombres del mundo las han dejado. Ese es el drama.

- Dramaturgo:** Deja la mariquera a un lado. Estamos hablando de algo más fundamental.
- Actriz:** ¿Qué hay más fundamental en ti que la mariquera?
- Dramaturgo:** Soy un ser.
- Actriz:** Un ser marica.
- Dramaturgo:** Es inútil que trates de irritarme. No lo lograrás.
- Actriz:** Y es inútil que niegues tu condición. Nadie te lo creerá.
- Dramaturgo:** No la estoy negando. Solamente estoy poniéndonos en este momento no como dos maricas, sino como dos seres ansiosos de probar que están vivos a través de la muerte de uno de los dos.
- Actriz:** ¿Cómo es la cosa?
- Dramaturgo:** Si tú me matas a mí o si yo te mato a ti, ambos estamos valorizando nuestras vidas.
- Actriz:** ¿Valorizándolas acabando con ellas?
- Dramaturgo:** Exacto. En forma violenta.
- Actriz:** ¿Quieres que te diga algo? Creo sinceramente que toda esta soledad tuya aquí, todo ese pasarte el día sin hacer nada pensando en lo que es el mundo y en lo que, según tú, debe ser el mundo, está resultando una revolución, pero no allá, sino dentro de ti.
- Dramaturgo:** Me agrada ver que aún te quedan algunos miligramos de inteligencia. Esa revolución dentro

de mí ha sido provocada por la revolución allá afuera, esa que tú no quieres admitir. Y no me pasa a mí nada más. Les pasa a muchos.

Actriz: (*Sigue caminando*) Me voy. Yo no juego a vaqueros desde que era niño.

Dramaturgo: Mentira. Entonces jugabas con muñecas. Date vuelta, muñeca.

Actriz: (*Sigue caminando*) Dispara.

Dramaturgo: Sí, voy a disparar, pero no a ti primero. Aquí hay suficientes balas para algunos de los presentes y la última será para ti.

Actriz: (*Gira y comienza a acercarse Gabriel*) Gaby, baja ese rifle. Se pueden asustar.

Dramaturgo: ¿Asustar? No seas bobo. Míralos cómo se quedan tranquilos, inmóviles. ¿Cómo se va a asustar una gente acostumbrada a ver y oír todo tipo de armas? Para ellos, un tiro es igual que un cohete de año nuevo. (*Suelta un tiro al aire*)

Actriz: ¿Estás loco? Dame ese rifle. Aquí puede Suceder algo.

Dramaturgo: Precisamente. A eso vinieron. A que suceda algo y ya que tú no has querido ser ni homicida ni víctima, yo seré el homicida y uno de ellos la víctima. ¿Qué tal domino la terminología criminal?

Actriz: (*Tratando de quitarle el rifle*) ¡Dámelo!

Dramaturgo: Apártate o puede haber un accidente y no queremos que suceda un accidente. Eso sería vergonzoso.

Actriz: (*Forcejeando con él*) ¡Suelta ese rifle! ¡Suéltalo!

Dramaturgo: (*Dándole con la culata del rifle en el estómago y la Actriz, pegando un grito y agarrándose el estómago, cae al suelo. Dramaturgo se le acerca, le pone un pie encima de una nalga, y toma pose de cazador*) ¡No te muevas, Eloy, no estoy jugando!

Actriz: (*Muy suave*) ¿Pero qué te pasa, Gaby?

Dramaturgo: (*Suelta a la Actriz*) ¡Qué no me pasa! Me pasa que me he pasado para el otro lado, ¿entiendes? (*Al público*) ¿Entienden? Me he pasado... junto a los bienaventurados... que padecen persecución... por causa de la justicia... porque de ellos es el reino de los cielos.

Actriz: (*Moviéndose muy ligeramente hacia el Dramaturgo*) Te ha dado por la religión. Tú nunca fuiste religioso.

Dramaturgo: Uno nunca es nada. Ya te lo dije antes. Lo que nos rodea es lo que nos hace ser cosas.

Actriz: (*Moviéndose otro poquito*) ¿Y a ti te hace ser un asesino?

Dramaturgo: Asesino o ladrón o cualquier otra cosa que convulsione.

Actriz: (*Moviéndose otro poquito*) Eso te pasa porque tú has sido estrella. ¿Recuerdas al público gritándote

una y otra vez? ¡Miss Susy! ¡Miss Susy, Miss Susy!
Eras el centro de atracción con todos los reflectores
rodeándote, y ahora...

Dramaturgo: ¿Ya no llamo más la atención? ¿Y por eso cojo un rifle y lo apunto a quien sea? No, Eloy, tengo este rifle en mis manos... Si te sigues moviendo vas a terminar como un conejo boca arriba. (*Pausa corta*) Tengo este rifle en mis manos porque con él vibro, con él en mis manos, todos vibramos. ¡Nos sentimos vivos!

Actriz: Qué obsesión tienes con eso de sentirse vivo.

Dramaturgo: Sí, una gran obsesión, no sólo de sentirme sino de hacerlos a todos ustedes sentir.

Actriz: Ya lo has logrado.

Dramaturgo: No me adules.

Actriz: En serio, Gaby, ya lo has logrado.

Dramaturgo: No completamente. Quiero más.

Actriz: Entonces mátanos y así tendrás todo lo que puedas querer.

Dramaturgo: No te preocupes. Aquí pasará algo. Pero primero quiero atrapar ese momento, ese instante antes de que pase, y verlos, vernos, con los ojos espantados y las narices hinchadas y las bocas abiertas, aguardando, templados como una pandereta, esperando...

Actriz: ¡Pum! ¡Pum! Y tú disparas y nosotros caemos muertos. (*Se acuesta como muerto*)

Dramaturgo: Muy bien. No eres mal actor. A lo mejor no serviste para transformista, pero hubieras podido servir para actor. ¿Te gustaría ser actor? Al menos, gozarías maquillándote. Contesta. ¿Te gustaría actuar, sentir los reflectores en la cara? ¡Te he dicho que contestes! ¿Qué te gustaría ser en lo poco que te queda de vida? ¿Cómo te gustaría cambiar? Di. Hazlo. Cambia. No esperes. No te importe el qué dirán o las consecuencias. Cambia. Ahora es el momento de la media vuelta. Llegó el momento. ¿Qué quieres hacer, carajo? (*Acercándosele*) Ah, te estás haciendo el muerto. El difunto Eloy. (*Lo toca con el rifle*) ¡Arriba, soldadito, arriba! ¡Párate! ¿Qué te pasa? (*Se agacha*) Párate que pareces la Dama de las Camelias. (*Lo agarra por los hombros y enseguida la Actriz da una voltereta, tratando sin lograrlo de agarrar el rifle que ha caído a poca distancia*)

Dramaturgo: (*Vuelve a tomar el rifle*) No me has creído...

Actriz: ¿Cómo? ¿Qué dices?

Dramaturgo: No me has creído...

Actriz: Perfecto. Diste en el clavo. No te he creído. No te hemos creído.

Dramaturgo: ¿Por qué?

Actriz: ¿Es que había algo en qué creer?

Dramaturgo: Yo...

Actriz: ¿Tú? ¿Por qué tú? Vamos, señores, vamos saliendo. Esto ha terminado. *(Comienza a salir hacia la calle)*

Dramaturgo se dispara con el rifle.

Actriz: *(Corre hacia Dramaturgo que yace muerto. Al público)* Por favor, señores, salgan rapidito. Aquí no ha pasado nada. Esto es parte del espectáculo. Por favor, váyanse a sus casas, tranquilitos. Sin atropellamiento. Por favor, salgan rápido. Aquí no ha pasado... ¡Fuera! ¡Fuera! *(Y arrastra despacio el cuerpo de Dramaturgo hacia la oscuridad de atrás)*

Se oscurece el área donde están la Actriz y el Dramaturgo, y todo queda en penumbras.

Se escucha un yesquero encenderse. Sobre esa luz, vemos a Isaac Chocrón que, con el yesquero, ilumina su propio retrato. Se ilumina exclusivamente el área donde está Isaac Chocrón frente a su retrato.

Isaac: *(Al público)* Desde que tengo uso de conciencia, y eso me lo decía siempre mi familia heredada, con quien vivía, lo único que a mí me interesaba, me atraía, era escribir. Para mí escribir es un apostolado. Para poder escribir tengo que enredarme. A mí me parece que lo más importante es tener una curiosidad total por el mundo que lo rodea a uno y tener sentido del humor. No hacer tragedias ni dramas, sino buscarle la parte humorística a las cosas, la ocurrencia. Yo escribo

de lo que sé, de lo que veo y de lo que vivo... Yo no escribo para guardar en un cajón, lo que me encanta es que después me retroalimento con la opinión de la gente. A mí lo que me gusta cuando estreno o publico es no decir más nada, callarme la boca y que sean los demás los que encuentren. Con la edad y la experiencia yo me he vuelto cada vez más desnudo, sin metáforas, sin monólogos, sin grandes parlamentos. Yo aprendí una cosa, que en una obra es tan importante el silencio como el texto. Yo soy escritor, yo no soy político. Y yo soy judío, de modo que yo sé vivir en la diáspora. Cuando yo digo ese chiste quiere decir que yo vivo en mi propia diáspora que es mi casa, mi familia elegida, el Ávila, mi escribidera, y eso me da fuerza para obviar y deprimirme menos con cosas que yo sé que tendrán un final. (*Se agacha, toma una piedra, amarilla, brillante. Se levanta. Observa la piedra. Al público*) Nada es eterno, empezando por la vida del hombre. Todos vamos a morir, todo va a cambiar, ningún estado de cosas es eterno. Lo único que puede ser eterno son algunos puntos culminantes de la creación artística, la obra de Shakespeare, por ejemplo, es la Biblia laica. No me da miedo la muerte. Me parece un fin inevitable. No tengo miedo. Ni de morir ni de vivir. (*Coloca la piedra, encima de su retrato, tal cual la costumbre judía para honrar a sus muertos. Sonríe a la foto. Sonríe al público*) Uno tiene la responsabilidad civil de hacer lo que públicamente pueda por el lugar del mundo donde uno vive. Aunque no hay nada más solitario que escribir, quiero seguir escribiendo.

Cualquier cosa. Lo que sea. Tal vez, una historia de amor. (*Saca el yesquero, enciende el cigarrillo y comienza a caminar hasta el fondo para salir. Se detiene. Se gira al público*) Me encantaría no morir antes de haber escrito una oración perfecta. O casi perfecta. Con predicado, sujeto, bien redondita. (*Sonríe. Fuma. Se aleja hasta desaparecer en la oscuridad del teatro*)

Ahora, en oscuridad total, se vuelve a escuchar la sirena. Luego silencio. Se escuchan tres sonidos chirriantes que salen de un altoparlante. Breve silencio y se oye una voz que viene del exterior al través de un altoparlante.

Voz:

¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! A todas las personas que aún pueden estar en los predios o en el interior del recinto, se les alerta que en quince minutos vamos a implosionar todo el inmueble. ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! ¡Abandonen el recinto que en quince minutos los vamos a implosionar!

Regresa el sonido de la sirena y mientras esta suena, el Dramaturgo y la Actriz sacan de un baúl, la fotografía, de tamaño natural y que sea capaz de sostenerse de pie, de Gilberto Pinto. Mientras la Actriz limpia, con ternura, la fotografía, el Dramaturgo aprovecha y corriendo va hacia un baúl y saca una peluca de mujer, un frac multicolor, medio circense, payasesco, con su respectivo sombrero de copa, y se lo entrega a la actriz. Esta observa, pero no agarra el vestuario. El Dramaturgo, confundido, deja el ves-

tuario a los pies de la Actriz y corre hacia un baúl, saca un ring para neumático, ensangrentado, una panela de hielo, grande, de utilería, ensangrentada por varias partes y se los lleva a la Actriz. Ella lo mira indiferente y no hace el mínimo gesto por tomarlos. El Dramaturgo sigue sin comprender. Deja todo a los pies de la Actriz. El Dramaturgo corre y saca de un baúl una pesada camisa negra, terrorífica, grande, con hombreras, como blindada con un chaleco metálico.

Cesa la sirena.

La Actriz va presta hacia el Dramaturgo y le jala la camisa. El Dramaturgo se resiste.

Dramaturgo:

Pero qué te pasa.

Actriz:

Yo voy a interpretar a Tulemón González.

Dramaturgo:

¡Imposible!

Actriz:

¿Por qué?

Dramaturgo:

Porque el dramaturgo Gilberto Pinto escribió *Los Fantasmas de Tulemón* para que ese personaje lo interpretase un hombre. Además, tú acabas de hacer el personaje de Eloy, que es hombre.

Actriz:

Y tú acabas de hacer a Miss Susy.

Dramaturgo:

Miss Susy no es una mujer.

Actriz:

Ay, Dios del Sinaí, si Isaac estuviese aquí, te diría que no comprendiste la obra.

Dramaturgo: Sí la comprendí. Claro que Gabriel es Miss Susy, una mujer cuando actúa y es lo que ha querido ser siempre y... y... mira, no me enredes. Tulemón es un personaje hombre.

Actriz: ¿Y?

Dramaturgo: Pues que es del sexo masculino.

Actriz: Te voy a decir algo y que no se te olvide jamás. Aquí, en Venezuela, en la escena, las actrices tenemos el sexo que nos da la gana.

Dramaturgo: ¡Touché!

El Dramaturgo le entrega el vestuario a la Actriz y se lo ayuda a poner.

El Dramaturgo se dirige hacia un lateral con los implementos y vestuarios que se negó tomar la Actriz. El Dramaturgo se coloca un frac celeste.

De repente la Actriz comienza a toser y respira con fatiga, como si se hubiese enfermado con un ataque de asma. Se lleva las manos al pecho, en signo de dolor en el corazón.

El Dramaturgo, con el vestuario de «frac celeste» corre hacia la Actriz y trata de hacerla respirar.

Actriz: (Como ella misma) Pero suéltame. ¿Qué te pasa?

Dramaturgo: (Como él mismo) Eso te pregunto yo, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Actriz: *(Como ella misma)* No, claro que no, ¿por qué lo dices?

Dramaturgo: *(Como él mismo)* ¿Cómo que por qué lo digo? Tosías y tosías y te agarraste el pecho y vi que casi te asfixiabas. Me preocupé. Por eso te lo pregunto. Pensé que tenías algo, así, de repente, como una enfermedad del corazón.

Actriz: Quien tiene una enfermedad del corazón no soy yo. Quien se asfixia no soy yo. La tos no es mía. Es de Tulemón González, quien está enfermo y, en una parte de la obra, casi le falla el corazón y por poco se asfixia. Estaba preparándome porque hay momentos en que lo ataca la tos, en su encierro, en su guarida donde se esconde para no ser linchado por haber sido el Jefe de los Esbirros y Torturadores de la dictadura.

Dramaturgo: Cierto, cierto. La tos. Hay varias didascalias del maestro Pinto donde lo acota. Pues bien. Empecemos. *(Transición. Hacia el público, en el personaje de frac celeste)* He aquí a Tulemón. Un hombre solo. Tal vez a pesar suyo. Le veremos pensar y repensar sobre su vida pasada, presente... futura.

Actriz: *(En el personaje de Tulemón)* En esta maldita ratonera terminarán por confundirse el día y la noche. Siempre sombras. Y una hora es igual a la siguiente y a la otra.

Dramaturgo, quien se ha puesto un birrete, una venda en los ojos y lleva en una mano una balanza, símbolo de la justicia.

Dramaturgo: Tulemón es como el símbolo de todos esos años oscuros, porque, apartándonos de tonterías, hay que convenir en que era el hombre fuerte de ese tremendo engranaje. Como quien dice, su dinamo. Y el que no la vea, es porque está ciego. El pueblo se sentirá más tranquilo si logramos echarle mano. Tulemón tiene muchas cosas a las cuales responder.

Actriz: *(En el personaje de Tulemón)* ¡Bah! Responsabilizarme sería lo de menos. Además ¿Quién lo va a hacer? Muchos de esos hombres importantes, jueces, políticos, militares, empresarios que hoy se llenan la boca hablando de libertad, fueron mis colaboradores gratuitos. Es más, se atropellaban por servirme. Por eso en este país la responsabilidad siempre ha estado de capa caída. Así que lo que les interesa a los políticos es el efecto que mi captura causaría en el pueblo. ¡Demagogos! Los conozco demasiado bien.

Dramaturgo se ha despojado del birrete, de la venda en los ojos y de la balanza, y lleva puesto ahora un sombrero de copa verde.

Dramaturgo: *(Como si estuviese en un mitin por una candidatura pública)* Y ahora, conciudadanos, derrocada al fin la dictadura, la justicia y el progreso vuelven a ustedes como el ave Félix que se sacude las cenizas de la ignominia y echa a volar garbosa por los caminos generosos de la patria.

Actriz: *(Siempre como Tulemón. Burlándose)* ¡El ave Félix! ¡Ignorantes! ¡Siempre los mismos cerdos! Parece que estuviésemos condenados a no liberarnos de ellos.

Dramaturgo se ha despojado del sombrero de copa verde, y ahora lleva uno blanco.

Dramaturgo: *(Como si estuviese en un mitin por una candidatura pública)* Porque como dijo nuestro excompañero de partido Simón Bolívar: «Los rusos parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miseria en nombre de la libertad» y ustedes, aunque no lo eran, son americanos. Y como dice el dicho: ¡América para los americanos!

El dramaturgo se pierde tras un baúl y dejamos de verlo.

Actriz: *(Exceso de tos)* ¿Qué hora será? ¿Las cuatro? ¿Las cinco? ¿Las seis? Las sombras se han hecho más densas. Recuperaré mi poder. Volveré a reinar sobre los hombres y las cosas. ¡Ilusos, no son más que unos ilusos!

Ahora el Dramaturgo está parado sobre un cubo, tiene una camisa que es sólo flecos y está llena de tierra y con restos de sangre. Es un cadáver.

Dramaturgo: Soy Ramón Urbaneja. De profesión chofer. Soy responsable de haber participado en un conato de atentado en contra del dictador. En la madrugada, ellos, los esbirros, llegaron y me llevaron. Querían saber los nombres de mis cómplices.

Actriz: *(En Tulemón. Al público. Sonriente. Tranquilo)* No tengo nada que ver con eso. Yo sólo ordené detenerlo. Si la comisión se excedió fue asunto de ellos.

Dramaturgo: Me desnudaron y me hicieron perder el conocimiento a peinillazos. Cuando abrí los ojos, vi ante mí a Tulemón. Sonreía.

Actriz: *(En Tulemón, al Dramaturgo)* Eres guapo, Ramón Urbaneja. Mejor así. Será agradable doblegarte.

Dramaturgo: Me aplicó electricidad en la ingle, en los testículos, en el ombligo. Yo no hablé. Sufrí varios desmayos.

Actriz: *(En Tulemón. Para sí)* Quiero ver el cielo, pero no debo abrir ni una ventana. Tengo que dar la impresión de que aquí no vive nadie. Debo permanecer en este agujero. Nada de luz, nada de ruido. Nada de mirar al cielo porque me andan buscando. En fin será menester quedarse quieto.

Dramaturgo: Luego... los cables en el ano. Grité tanto que pensé que la vida se me escapaba por la boca.

Actriz: *(En Tulemón. Para sí. Buscando en el cielo)* Parece que es menos importante el cielo que la vida. Y, sin embargo... qué hermoso era. Por las mañanas azul, a veces blanco cuando amenazaba lluvia, blanco como un lienzo... otras, moteado, con nubecillas que parecían raciones de algodón de azúcar.

Dramaturgo: Todo mi cuerpo estaba lacerado, desmembrado... ¡era como un cuerpo ya entregado a la descomposición posterior a la muerte!

Actriz: *(En Tulemón)* ¡Quiero ver el cielo! *(Pausa breve. Al público, cómplice)* Por la noche, cuando no es invierno, el cielo es azul marino, casi negro...

engrapado de luceros. Son como gigantescas luciérnagas. (*Sonríe. Al Dramaturgo*) Quien me oyera hablar no lo creería. (*Al público*) Deben tener otra imagen de mí.

Dramaturgo: Tulemón me hizo parar, descalzo y desnudo, sobre un ring de auto. Los pies me sangraban y cada vez que me bajaba me caía a manguerazos, me echaba agua helada y me volvía a montar en el ring. Luego, él, Tulemón hizo que los esbirros me sentaran en una panela grande... de hielo. Me desmayé varias veces.

Actriz: (*En Tulemón*) Quiero ver el cielo. Fuera del cielo no hay nada limpio, esa es la verdad.

Dramaturgo: Mi cuerpo era una masa sanguinolenta. Las moscas pululaban por sobre mí. Cada vez, por órdenes de Tulemón, eran más violentos. Una noche comenzaron a empalarme, pero Tulemón intervino porque no le parecía un suplicio de buen gusto. Un día Tulemón me miró y dijo...

Actriz: (*Cerca del Dramaturgo. En el personaje de Tulemón. Luego de observarlo de arriba abajo con satisfacción sádica*) No hay nada que hacer con contigo, Ramón Urbaneja. (*Se dirige a otros esbirros que él solo ve*) Tú, tú y tú, sí, ustedes tres. Llévense a Ramoncito Urbaneja... de vacaciones. (*Ríe para sí*)

Dramaturgo: Me introdujeron en una camioneta y me llevaron...

Actriz: *(En Tulemón)* A los enemigos hay que ponerlos en sitio seguro. ¡Hay algo mejor que dos metros de tierra encima! ¡Un hombre no es una semilla, no retoña! *(Ríe. Tose)*

Dramaturgo: Era de noche. Nos detuvimos al borde de una carretera. Sólo recuerdo el silencio y el canto de los grillos. Era como una inmensa paz.

Actriz: *(En Tulemón)* ...daría con gusto mi mano derecha por... comerme una langosta fría con mayonesa... o unos buenos mejillones. Todo rociado con Chablis. Con un Chablis a punto.

Dramaturgo: Comenzaron a cavar. Hasta mí llegaba claramente el sonido de los picos hiriendo el vientre de la tierra. Aún vivo, me arrojaron a la fosa. Sentí la tierra sobre mí como un fuerte aguacero. Fue como una liberación... como un descanso... ¡Era la paz y eso fue todo! He muerto por la justicia, he muerto por la dignidad... ¡He muerto feliz... creo que ha sido más que suficiente! *(Sale tras un baúl)*

Actriz: *(En Tulemón. Al público)* ¡Protesto! ¡Protesto! ¡Protesto! Este juicio está viciado. ¡Protesto! ¡Protesto! El testimonio de un muerto es un supuesto indemostrable. Su declaración no puede usarse como prueba. Ese hombre era un delincuente. La ley contempla un castigo para los que insurgen contra los poderes legalmente establecidos. Yo tenía un orden de cosas que hacer respetar, ¡no era justo que lo hiciera!

Dramaturgo sale tras un baúl, nuevamente con el birrete, la venda a los ojos y la balanza en sus manos.

Dramaturgo: Tulemón, Tulemón, comprende. Era un orden de cosas que perjudicaba al pueblo.

Actriz: *(En Tulemón, al Dramaturgo)* ¡No me interesa! Yo creía en la dictadura ciegamente, porque ese orden me favorecía. En cambio el pueblo no me ha dado sino sinsabores. Todo lo que me rodeaba era pueblo. Jamás recibí de ellos una palabra de aliento. Lo que les molesta es la tortura.

Dramaturgo se retira tras algún baúl.

Actriz: *(Al público)* Todas las grandes civilizaciones la han usado: aztecas, griegos, romanos, nazis, comunistas. Los pueblos son como potros indóciles... Hay que fustigarlos para que cojan paso. Los mismos que se pegaban a mí, pasan ahora por amantes de la libertad. Y el pueblo, ese hatajo de imbéciles se traga esa píldora. Abriré la ventana, así me quemén hasta los mismos sesos. La abriré, sí... al menos llegará hasta mí el olor del sexo y del alcohol.

Dramaturgo entra con el frac celeste, banda presidencial de Venezuela y un sombrero de copa mitad verde y mitad blanco.

Dramaturgo: Tulemón, Tulemón, trabajo nos dio localizarlo. Tulemón, su situación es difícil, una vez descubierto se arrojará sobre usted todo el peso de la ley.

- Actriz:** *(En Tulemón)* Ya me había resignado a ello.
- Dramaturgo:** Sin embargo, hay una posibilidad de evasión. La única.
- Actriz:** Dígala.
- Dramaturgo:** Que usted acceda a trabajar para nosotros, los nuevos mandatarios. Para sostener el nuevo sistema democrático, se precisa de sus servicios.
- Actriz:** *(En Tulemón)* Yo creí en el antiguo orden de las cosas, en el de la dictadura.
- Dramaturgo:** Bueno, le explico. Este orden es muy parecido. Le será fácil amoldarse. Al principio, usted actuará secretamente. Aconsejará, organizará. Después ya encontraremos una fórmula. No es difícil hacerles tragar al pueblo una medicina desagradable. Usted bien lo sabe, pero a la final, terminarán aceptando lo que se les imponga.
- Actriz:** *(En Tulemón)* Eso es correcto. Está bien. Acepto.
- Dramaturgo:** Es usted un hombre inteligente. Tulemón.
- El Dramaturgo se sienta y la Actriz se va acostando sobre sus piernas, hasta que, al terminar su monólogo, parecerán una estatua de la piedad.*
- Actriz:** *(En Tulemón, mientras monologa, y se va colocando en posición para la estatua)* Todo va y viene. El mal y el bien, el odio y el amor, la riqueza y la miseria... como si anduvieran montadas en un carrusel, yendo y viniendo. Y nosotros de pie, esperando a

que retornen. Porque nada se va por completo. En una u otra forma retorna... como el verano, como las nubes. Y ahí, cada cual, tarde o temprano, volverá a lo suyo.

La iluminación se va hacia total penumbras donde se encuentran la Actriz y el Dramaturgo, al tanto que se ilumina un espacio donde está de pie y sobre un cubo, o un cilindro, Gilberto Pinto.

Gilberto:

¿Cómo que no vamos a estar metidos en la política si el teatro es política? Cuando tú montas una obra comercial, insulsa, estás haciendo política, te estás poniendo de acuerdo con la idea de que este país está bien y no hay más nada que hacer. El teatro comercial sólo busca el dinero de los espectadores y es producto de la contracultura, es totalmente evasivo, no puede ser que en una obra el problema sean las vaginas de las mujeres, hay problemas superiores. Un arte escénico blandengue, que no representa al hombre de su tiempo, que no interpreta sus grandes desafíos, tiene pocas posibilidades de despertar la atención de su colectividad. El teatro debe explorar, objetivar y expresar las preocupaciones de esa colectividad. Y sobre todo, tiene que ser un arte vigoroso, irritante. Los dramaturgos tenemos que tener habilidad e inteligencia para plantear cada uno de los problemas que hay en nuestras comunidades. Y aquí reitero que los problemas que nos atañen a ciudadanas y ciudadanos son problemas que también le atañen al gobierno y al mundo. Entonces se necesita la dialéctica. La democracia necesita alguien que la

cuestionone para que así puedan funcionar las cosas. Y el teatro puede contribuir muchísimo cuando lleva a escena esos problemas que acosan a la sociedad en general o en particular. El verdadero teatro es un transformador de transformadores. Uno, como dramaturgo, escribe para aquel que está interesado en hacer evolucionar el país, para darle ideas, para recordarle los fracasos de la política universal, para reconsiderar la historia, en fin, para propiciar todas esas transformaciones que necesita un Estado. El teatro me abrió los ojos y me hizo ver una perspectiva que yo no había notado. Si la sociedad estaba dividida en clases, el teatro también estaba escindido en clases. Fue entonces cuando pensé y me asumí desde la clase social a la cual pertenecía: era un pobre más, por supuesto. Ha sido mi juego y decidí desde el principio jugarlo con limpieza y creo que lo he hecho hasta ahora a partir de mi manera de ver al teatro. Haré teatro donde sea, en los sindicatos, en los portones, en las casas de vecindad, en cualquier parte. Al teatro no lo van a matar. Yo seguiré escribiendo, haciendo teatro, porque a los 80 años de edad qué más voy a hacer. Me quedé hasta hoy y eso me ha formado como ciudadano, como hombre de cultura, como hombre civilizado. El teatro me sacó de la jungla. Haré como mi personaje de *El Hombre de la Rata*: «¿Saben lo que voy hacer? Me dedicaré a andar delante de mí, siempre derecho, hasta conseguir un lugar donde pueda vivir, trabajar y amar en paz. Un lugar en donde los hombres se quieran y se respeten, en donde el amor no traiga como lastre

la traición, en donde el trabajo sea digno y sirva para algo. Si algún día lo encuentro les avisaré. Y si no, ¡vendré a decirles que no existe y que debemos luchar hombro con hombro para hacerlo...! Tal vez entonces nos liberaremos de la angustia». (*Gilberto Pinto mira hacia un área en penumbras y me pregunta*) ¿Qué me dices tú, dramaturgo, colega y amigo Rodolfo Santana?

Se va oscureciendo el área donde se encuentra Gilberto Pinto, al unísono que se va iluminando un área donde se encuentra Rodolfo Santana, al lado de su propio retrato.

Rodolfo:

Pienso, creo, y sostengo que el teatro es una realidad probable. La posibilidad de representar lo cotidiano bajo otras perspectivas, en un marco donde el tiempo funciona con musicalidad y los personajes siempre poseen algo extraordinario que los hace enfrentar lo terrible. El teatro se nutre de la experiencia humana. La historia del hombre es el surco de donde brotan las obras. El teatro contribuye al desarrollo social en la medida que presenta —sin temor a los riesgos— nuevas estaturas al proceso de crecimiento de los pueblos. La teatralidad engloba las distintas formas en que la realidad es macerada para exponerla, en una fábula, en términos no solamente creíbles, sino hermosos. La gradación del lenguaje, elementos de rítmica interna, síntesis de las acciones, forman parte de la teatralidad. Los jóvenes pueden encontrar en el teatro amplios campos para diversificar su lenguaje y lograr capacidad crítica. Tengo la fortuna de escribir, crear, sólo

en las formas y propósitos que me interesan y que, siempre, intentan abordar historias que más allá de su calidad y la necesaria diversión que ofrezcan, se vinculen a conflictos sociales, políticos y humanos. Asimismo, tengo la certeza que dentro de 25 años, el hombre estará inmerso en el socialismo. Lo estará por convicción y necesidad, pues vivimos los últimos años del derroche consumista. El hombre se verá obligado a profundizar en las raíces socialistas, su humanismo, si quiere encontrar respuestas a la sobrevivencia. Soy un obricida, la realidad cambia... mis personajes también. El país se transforma, mi amor por él también. El conflicto humano se reinventa y yo lo imito. Para mí, vivir es hacer todo lo posible por contribuir a un mundo mejor.

Se oscurece el área donde está Rodolfo Santana y este sale entre la penumbra.

En penumbras se vuelve a escuchar la sirena. Luego silencio. Se escuchan tres sonidos chirriantes que salen de un altoparlante. Breve silencio y se oye una voz que viene del exterior al través de un altoparlante.

Voz:

¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! A todas las personas que aún pueden estar en los predios o en el interior del recinto, se les alerta que en cinco minutos vamos a implosionar todo el inmueble. ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! ¡Abandonen el recinto que en cinco minutos lo vamos a implosionar!

Se escucha la sirena. Se ilumina el proyector y se puede leer: «a empresa perdona un momento de locura» de Rodolfo Santana. Así permanece por unos segundos hasta que se ilumina toda el área escénica.

En una silla metálica, gris, ya está sentado el Dramaturgo, como el personaje Orlando Núñez, de la obra La empresa perdona un momento de locura de Rodolfo Santana. Viste una raída braga y un casco de obrero. Queda con vista al público y de espaldas a la Actriz. Esta, en el personaje de la psicóloga, se encuentra exquisitamente vestida de blanco. Es rubia. Se encuentra sentada tras un lujoso escritorio, donde hay diferentes carpetas. A un lado y recostado al escritorio: un inmenso muñeco de trapo, vestido de smoking y que tiene colgado sobre el pecho un cartel que dice «Señor González, presidente de la compañía».

Cesa la sirena.

El Dramaturgo, en su personaje de Orlando Núñez, se le nota inquieto, muy nervioso. Una que otra vez intenta mirar hacia atrás para saber qué está haciendo la Actriz, pero su miedo puede más y no termina de hacerlo. La Actriz, en su personaje de la psicóloga, se da cuenta y le es completamente indiferente y escribe en los expedientes.

Actriz: *(Sin mirarlo. En el personaje de la Psicólogo) ¿Está nervioso, señor Núñez?*

Dramaturgo: *(En su sitio. Casi salta de la silla. Sin atreverse a mirarla. En el personaje de Orlando Núñez) ¿Nervioso?*

Actriz: Sí. Usted está nervioso. (*Se levanta y camina hacia el centro*) Venga por aquí.

Dramaturgo: ¿Adónde?

Actriz: Venga. Colóquese así. (*Arquea su cuerpo y coloca sus manos en las caderas, de frente al público*)

Dramaturgo: (*Sorprendido ante la iniciativa de la psicóloga. Ríe*)
¿Y eso?

Actriz: (*Abandona su posición y va hacia Orlando obligándolo prácticamente a adoptar la postura indicada*) A ver, las manos en la cintura. Doble las rodillas. El cuerpo hacia atrás.

Dramaturgo: (*Extrañadísimo*) ¿Y esto para qué es, señorita?

Actriz: Es un ejercicio de bioenergética.

Dramaturgo: ¿Bio qué?

Actriz: Bioenergética. Le ayuda a eliminar la tensión.

Dramaturgo: Sí. Pero me están empezando a doler los riñones.

Actriz: Doble más las rodillas. El cuerpo más arqueado. Bien. (*Se coloca al fondo, de manera que el Dramaturgo no pueda verla*) Ahora cuénteme cómo es su casa.

Dramaturgo: (*Permanece en la postura sugerida*) Así lo que parezco es un maromero.

Actriz: Nada de eso. Está perfecto. Vamos... su casa.

Dramaturgo: Señorita... ¡Pero si casi no puedo ni hablar!

Actriz: Abandone la resistencia, señor Núñez. Encuéntrese con lo más profundo de usted mismo y cuénteme.

Dramaturgo: *(Resignado. Con dificultad)* Usted sí que tiene cosas, de verdad.

Actriz: Lo escucho, señor Núñez.

Dramaturgo: *(Con dificultad)* Bueno... yo vivo en un rancho. ¿Usted sabe qué es un rancho?

Actriz: No, cuénteme.

Dramaturgo: Me lo imaginé. Usted nunca ha vivido en un rancho.

Actriz: Sígame contando, señor Núñez.

Dramaturgo: Yo vivo en un rancho, ¡pero tiene ya dos habitaciones y de ladrillos! Esas habitaciones las hice yo mismo, poco a poco. Compraba algo de arena, el cemento, algunos ladrillos y las iba levantando. Era un poco fastidioso, porque mientras se construía no podíamos utilizar aquel espacio y nos arrinconábamos mucho. Pero por otro lado era bonito. Primero una pared, luego otra, otra y otra. *(Sintiéndose mal abandona la postura y protesta)* ¡Ah no! ¡Qué va, señorita, a mí me duele mucho la espalda!

Dramaturgo se dirige a la silla y se sienta, cansado.

La actriz anota en la hoja clínica.

Luego de una pausa.

Actriz: ¿De dónde es usted?

Dramaturgo: (*Orgulloso*) De Pejugal.

Actriz: Eso es en el interior, ¿no?

Dramaturgo: Bien en el interior del país. En el fondo, diría yo. Una vez escuché una leyenda sobre un pueblo perdido en el que nadie entraba ni salía. El que escribió eso era de Pejugal, seguro. (*Rememorando. Con cierta ensoñación*) Mucho monte... Monte, vacas, montañas. A veces pienso que los vientos se dan vuelta allí para regresar al mundo... Pejugal, mi pueblo...

Actriz: ¿Cómo llegó a la ciudad?

Dramaturgo: (*Molesto*) Me trajo la recluta. Un día llegó el ejército y a planazos se llevó a todos los muchachos varones. Así, sin preguntar nada. A los coñazos a defender a la patria. Nadie se explicaba cómo llegaron. Nos recogieron como ganado y nos metieron al cuartel. Nos enseñaron a marchar, disparar fusiles, limpiarles las botas a los tenientes y capitanes y... bueno, a medio leer también. Cuando terminé el servicio intenté regresar a Pejugal, pero no encontré la ruta.

El Dramaturgo se le levanta, camina, disimuladamente hacia el escritorio, para saber qué escribe la psicóloga. La Actriz anota en el expediente médico. Al darse cuenta que el Dramaturgo trata de ver lo que anota, cierra de un golpe el expediente y

lo mira de manera fulminante. El Dramaturgo se aparta, apenado. La psicóloga vuelve a abrir el expediente y sigue anotando.

Actriz: (*Anotando. Indiferente*) Dígame, señor Núñez...
¿Se la lleva bien con su mujer?

Dramaturgo: (*Tenso. En guardia, pendiente*) ¿Tengo que contarle mis cosas...? ¿Mis cosas íntimas? Ese no es el problema. ¿No cree?

Actriz: (*Dejando de escribir*) Escuche, señor Núñez. Yo no soy una chismosa ni nada que se le parezca. No me interesa su vida privada. Sólo quiero determinar las causas que lo indujeron a hacer lo que hizo, el por qué agarró un martillo y empezó a golpear las máquinas de esta empresa y a gritar que había que matar al dueño, al señor González. El por qué vociferaba que el señor González era su enemigo irreconciliable. La causa por la cual decía lleno de rabia que un patrono y un obrero eran como gato y ratón, agua y aceite. A nuestra Empresa le interesa saber el porqué, alzando el martillo amenazante, afirmaba que su patrón, el señor González y usted, eran soldados y enemigos. Nuestra Empresa está sumamente interesada en saber por qué aseguraba que había llegado la hora de enfrentar al señor González en lucha a muerte. Y mientras gritaba todo eso, destrozaba a martillazos las máquinas y también incitaba a los demás obreros a ir contra el señor González.

Dramaturgo: Me volví loco. ¿Fue eso, no? Es lo que yo creo.

Actriz: ¿Loco? No lo sé. Pero digamos que a nuestra empresa le interesa saber por qué se volvió loco, como dice usted. Uno no se vuelve loco así como así.

Dramaturgo: *(Intenta argumentar)* No, pero...

Actriz: Todo influye: el hogar, la edad, la salud, las relaciones... Por eso, señor Núñez, le pido que responda a mi pregunta. ¿Se la lleva bien con su mujer?

El Dramaturgo camina por la escena tratando de hilar su respuesta.

Dramaturgo: Pues sí me la llevo bien con ella. Llevamos veintidós años de casados, yo y la María Antonia y nunca nos hemos disgustado seriamente.

Actriz: ¿Pretende hacerme creer que en veintidós años de matrimonio nunca ha tenido un disgusto grave con su esposa?

Dramaturgo: *(Piensa)* Bueno, ahora que usted lo dice. Tuvimos una agarrada grande. Pero eso fue hace ya muchos años.

Actriz: ¿Cuál fue la causa?

Dramaturgo: *(Pausa corta)* Se negaba a acostarse conmigo. ¿Qué le parece?

Actriz: ¿Por qué razón?

Dramaturgo: Siempre estaba enferma de algo. Que si le dolía el hígado, las muelas, el pecho. Yo le preguntaba

qué era lo que tenía que hacer conmigo y... y... y mi calentura. Usted me perdonará señorita, pero se me... Bueno, se me paraba en todos lados. En el autobús, en la fábrica. Y ella nada que quería acostarse conmigo. (*Imitando la voz de su esposa*) «Mira Orlando, yo no quiero acostarme contigo para no tener más hijos, ¿Oíste?» (*Ahora como Orlando. Enseriándose*) ¿Usted se imagina esa vaina, señorita? Así que yo debía cortarme las bolas. (*Como si reclamara a María Antonia*) ¡Mira chica! ¿Tú lo que quieres es tener un buey en la casa? ¡No joda...! (*A la Actriz*) Me quiso obligar a usar esas... gomas. Esas gomitas... Mire, eso es como una especie de... de globito, ¿sabe...? alargado... Y hasta creo que no era de mi medida porque me apretaba. Olía a caucho. Vienen en unos paqueticos aceitosos.

Actriz: Los conozco.

Dramaturgo: (*Ve a la psicóloga con malicia*) ¿Usted? (*Para sí*) Está bien... bueno, déjeme seguirle contando cómo fue la cosa: me quité la tal gomita antes de metérselo a la María Antonia sin que ella se diera cuenta. (*Ríe*) Eso fue un...

Actriz: ¿Sí?

Dramaturgo: Me da pena con usted señorita... Me da pena decirle que fue un polvo increíble.

Actriz: (*Sonriendo. Tratando de ser complaciente*) No se preocupe. Yo lo escucho con mucha atención y no me avergüenza. Es mi profesión.

- Dramaturgo:** (*Inquisitivo*) ¿Cuál, señorita?
- Actriz:** Escuchar...
- Dramaturgo:** Ah, menos mal, yo pensé que...
- Actriz:** ¿Cuál de sus hijos es el que usted más quiere?
- Dramaturgo:** (*Tajante*) A todos los quiero igual.
- Actriz:** Pero menciona mucho a... ¿Cómo se llama?
¿Antonio?
- Dramaturgo:** Ah... sí. Antonio. Toñito. Él fue el primero que
tuve con María Antonia. Me encariñé con él. Era
inteligentísimo, señorita.
- Actriz:** ¿Era?
- Dramaturgo:** Murió. Trabajaba como un demonio y entregaba
todo el dinero a la madre. Esas cosas que rara vez
pasan. Un hijo modelo. Estudiaba de noche y llegó
a segundo año de Economía en la universidad. ¿Se
imagina? ¡Estábamos orgullosos de Antonio!
- Actriz:** ¿Cómo murió?
- Dramaturgo:** ¡Mire, señorita, lo mató la policía! Pero no era
ningún delincuente. Era un gran muchacho.
Responsable y serio. Pueden atestiguarlo muchos
vecinos, si usted lo desea.
- Actriz:** ¿Existen opiniones contrarias a la suya?
- Dramaturgo:** (*Visiblemente afectado*) Opiniones contrarias.
¡Opiniones contrarias! (*Subiendo el tono*) ¡Los

malditos periódicos me lo sacaron retratado como un ladrón! ¡Hijos de puta! No lo iba a conocer yo al pobrecito. ¡Coño, murió por sus ideas!

Actriz: ¿Cuáles eran las ideas de Antonio?

Dramaturgo: (*Defendiéndolo*) Las de él. ¡Muy tuyas! Y ahí estaba: en la página roja, tendido en la calle, con su cabeza destrozada y una pistola en la mano. Asaltante de bancos. Mi Antonio asaltante de bancos. ¡Malditos periódicos! Ni por un minuto me lo creí. Menos la María Antonia que se volvió como loca. No comió en cinco días. (*Pausa corta. Marcadamente adolorido*) Lo velamos. Y algunos vecinos nos veían con ironía. Se burlaban de mi hijo. Modelo y ladrón, según ellos. Los eché de la casa y nos quedamos la familia y el Antonio en la urna. Muerto por sus ideas. Equivocadas, pero ideas. ¡Locas, pero ideas!

Actriz: ¿Qué ideas señor Núñez?

Dramaturgo: (*Muy alterado*) ¡Políticas, señorita! ¡Ideas políticas! ¡Coño, usted sí pregunta! ¿No podemos terminar esta joda? ¡Me está revolviendo las tripas! (*Encimándose sobre ella*) ¡Parece un policía, con su cara de mosquita muerta! ¡Muy bonita y decente, pero malandrosa y echadora de vaina! ¡No me joda más!

Actriz: ¿Otro ataque, señor Núñez?

Dramaturgo: (*Arrepintiéndose, por lo bajo*) Señorita... señorita.

Actriz: (*Represiva*) No creo que la compañía esté dispuesta a soportar otro de sus ataques. Queremos ayudarlo, pero si insiste en ahogarse no podemos hacer nada.

Dramaturgo: (*Vuelve a sentarse*) Señorita... ¿Es que usted no entiende? No, usted no entiende... ¿No se da cuenta cómo mataron a Antoñito, como a un perro? Por meterse en política... en política... Antonio se metió en la política desde liceísta. Un día me lo llevaron preso por estar en manifestaciones en la embajada de los yanquis... Bueno... él era anti yanqui... pero eso... eso no tiene nada de particular, ¿no le parece? Yo, por ejemplo... soy anti portugués.

Actriz: (*Ríe*) ¿Anti portugués? ¿Y por qué es anti portugués?

Dramaturgo: Los portugueses se han tomado todos los abastos, bares, restaurantes, panaderías, y juegan con los precios, además de quitarnos el trabajo a los que somos de aquí. Si algún día llegaran a preparar una manifestación contra la embajada de Portugal, yo participaría. Aunque me llevaran preso.

Actriz: ¿Y por qué Antonio era anti yanqui?

Dramaturgo: Decía que los yanquis eran los dueños de medio mundo, incluyendo este país. (*Ríe y luego como si estuviera conversando con Antonio*) ¿Pero tú eres loco muchacho? ¡Ay Antonio, no seas bruto! ¿Cómo se te ocurre? Bueno, vamos a ver, muéstrame un yanqui. ¡Enséñame un bar, una panadería o una venta de perros calientes atendida por un yanqui! ¡Una sola! ¡Anda, muéstramela!

¿Qué estás esperando? (*Pausa corta*) Jamás pudo hacerlo. El enemigo invisible, le decía yo. Y le jodía la paciencia al pobre Antonio. Me divertía diciéndole que los portugueses eran yanquis disfrazados de portugueses. Él se orinaba de la risa y me insistía en que los yanquis dominaban a los jefes de empresas.

Actriz: ¿Ah, sí?

Dramaturgo: Ajá. De empresas como ésta. ¡Qué bolas! (*Ríe. De pronto cambia. Poseído. Como si fuera a desanudar algo misterioso*) O sea, déjeme que le explique. Antonio decía, que el jefe del señor González era un yanqui, que no se veía pero que estaba ahí. Y de esta manera, ellos, los yanquis, dominaban hasta al presidente de la república, a los generales, obispos, al cardenal. Bueno, a tutilimundi. Total, como si fuera una película de misterio. (*Ríe*)

Actriz: ¿Qué opinaba usted de esas ideas?

Dramaturgo: No las entendía. Muchas de ellas me parecían ateas y anticristianas y se lo dije. Algunas veces se puso insolente cuando se refería a mí. Miento... miento, discutíamos. Antonio nunca se me puso insolente. (*Pausa corta. Atribulado*) Al día siguiente del entierro, varios hombres tocaron la puerta del rancho, en la madrugada. Me saludaron con mucho respeto y me dijeron que eran amigos de Antonio. Con lágrimas en los ojos me repetían una y otra vez que Antonio era un héroe. Yo lloré. Y la María Antonia gemía como un perrito, agarrada a la puerta del rancho para no caerse, en la madrugada,

frente a unos rostros serios que también lloraban y me decían que se había perdido un gran hombre. *(Pausa corta)* Un gran hombre. *(Alzando la voz, como reclamando)* Les dije de llamar a los vecinos para que les repitieran lo mismo, pero se negaron. *(Bajando nuevamente el tono)* Hubo muchos abrazos, muchas despedidas. Y se marcharon luego, llenos de pena. Al otro día, frente a mi rancho, y en muchas paredes del barrio, aparecieron unos letreros que decían: «Antonio Núñez, héroe de la revolución, tu muerte será vengada».

Actriz: ¿Sufrió usted mucho cuando murió?

Dramaturgo: ¿Sufrió? Sufro, señorita. Me duele como el carajo...

La Actriz se levanta y toma el muñeco y se lo acerca al Dramaturgo.

El Dramaturgo hace transición y comienza a despojarse de la indumentaria de obrero. La Actriz, extrañada, ahora habla como ella.

Actriz: ¿Qué pasó? ¿Por qué no sigues haciendo de Orlando Núñez?

Dramaturgo: No puedo. Ya no puedo seguir, ya no puedo seguir haciendo a Orlando Núñez.

Actriz: ¿Por qué? Ahora venía la parte donde Orlando Núñez tiene que pegarle al muñeco.

El Dramaturgo se desploma en la silla, desolado. La Actriz suelta el muñeco y va hacia él y se para a su lado.

Dramaturgo: No puedo continuar, discúlpame. No puedo seguir haciendo de Orlando Núñez.

Actriz: Pero... ¿por qué? Lo estabas haciendo muy bien.

Dramaturgo: Es que Rodolfo, más que mi amigo, era mi hermano.

Actriz: Sí, lo sé, por eso con más razón debes hacerlo, para homenajearlo y a sí...

Dramaturgo: No puedo, no puedo, no puedo. Entiéndeme. Mira... Es que... es que desde ese día... Es que, desde ese día cuando Dios rozó con el dedo el pecho de Rodolfo Santana deteniéndole el corazón en plena calle donde cayó, estoy como Orlando Núñez cuando la psicóloga le pregunta si sufrió mucho cuando murió Antonio. Pues yo te contestaría lo mismo. ¿Sufrió? Sufro, la partida de Rodolfo, aún me duele como el carajo. *(Llora. Ella lleva la cabeza de él a su vientre y lo acobija con sus brazos y manos, como una madre. Pausa. Él se levanta lento. Camina hasta quedar de frente en el escenario)* Desde que Rodolfo Santana murió, desde ese día, se enmudecieron mis aplausos. Sí, desde ese momento, las palmas de mis manos no encuentran el camino, sí, desde ese día, sobre las palmas de mis manos, no sé qué hacer con mi próximo aplauso. No hay madera que lo cubra, no hay tierra encima de él, desde hacía mucho tiempo ya se había ido a todos los escenarios del mundo.

La Actriz se acerca y lo besa en la frente.

Actriz: Jamás oí un agradecimiento tan cargado de amor, que un dramaturgo dijese sobre otro dramaturgo. Gracias.

Se acercan al retrato de Rodolfo Santana.

Actriz: De ti, Rodolfo, dijo el poeta Freddy Nández, que siempre estuviste resistiendo en la última barricada donde, todavía hoy, se libran los más fieros combates pues ahí reside, en el imaginario, la cumbre y al mismo tiempo el abismo, del ser social.

Dramaturgo: Y luego agregó: «Rodolfo Santana es un espíritu ganado para los grandes acontecimientos».

Actriz: ¡Inmortal Rodolfo Santana y hoy estás tan vivo como todas esas intensas, prodigiosas e innumerables obras que escribiste!

Dramaturgo: ¡Grande maestro Rodolfo Santana!

Colocan el vestuario, y por último el muñeco, a los lados de la foto gigante de Rodolfo Santana.

Se recuperan.

Se vuelve a escuchar la sirena. Luego silencio. Se escuchan tres sonidos chirriantes que salen de un altoparlante. Breve silencio y se oye una voz que viene del exterior a través de un altoparlante.

Voz: ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! A todas las personas que aún pueden estar en los predios o en el interior del recinto, se les alerta que en un

minuto vamos a implosionar todo el inmueble.
¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! ¡Abandonen el
recinto que en un minuto lo vamos a implosionar!

Se escucha la sirena.

Cesa la sirena.

La Actriz y el Dramaturgo están de pie. Se miran.

Dramaturgo: Quiero decirte, antes que todo esto se derrumbe sobre nuestras cabezas, que para mí ha sido un honor haber actuado contigo estos cincuenta años seguidos. En estos cincuenta años, a tu lado, ya conseguí el cielo.

Actriz: Y yo te diré, que haber actuado contigo en estos cincuenta años e interpretando lo más memorable de nuestra dramaturgia venezolana, me devolvió al Edén, y que a tu lado, no hay Paraíso Perdido.

Se abrazan.

Se toman de las manos. Se giran hacia el público.

Al unísono: Nuestra última reverencia, es para ustedes.

Al unísono hacen una reverencia al público. Vuelven a erguirse y quedan tomados de la mano, esperando la debacle. Están de pie, dignos, sin miedo.

Se vuelve a escuchar la sirena.

Se deja de escuchar la sirena.

Voz: ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! Diez segundos y contando para implosionar. ¡Diez...! ¡Nueve...! ¡Ocho! ¡Siete!

De repente se comienza a oír una gran algarabía de protestas.

Voz: ¡Atención! ¡Atención! ¡Ustedes los manifestantes, retírense del edificio! ¡Seis! ¡Cinco!

Aumenta la algarabía.

Voz: ¡Atención! ¡Atención! ¡Esa multitud abandone inmediatamente el edificio! ¡Cuatro! ¡Tres!

Se abre el gran baúl y desde ahí comienzan a entrar decenas de jóvenes, hombres y mujeres, con vestuarios de distintas obras, inclusive las que se representaron. Todos dicen no y salvemos al teatro. El escenario deberá quedar cubierto por jóvenes actores y actrices vistiendo sus atuendos de distintas obras.

Voz: ¡Atención! ¡Atención! ¡Suspendan la implosión! ¡Aborten la implosión! ¡Están entrando miles!

Dramaturgo, Actriz, jóvenes actores y actrices dan vivas.

Voz: No canten victoria. Ahora nos vamos, pero en algún momento volveremos.

Actriz: Y aquí estaremos nosotros, esperándolos.

Dramaturgo: Defendiendo nuestro teatro, nuestra memoria, nuestro sentir, nuestra historia.

Actriz: No seremos baúles cerrados que muchos años después, alguien desenterrará y se alarmará por habernos dejado sepultar. No seremos baúles cerrados, donde se arrincona el sentir de un país, de todo un pueblo. Sino baúles abiertos donde todos tomarán las obras de nuestros dramaturgos y las montarán, y se sentirán orgullosos de los que fuimos, de lo que somos y de lo que seremos.

Dramaturgo: Porque un teatro, es más que un edificio. Un teatro es más que el teatro, porque él alberga las tres más grandes instituciones de una civilización.

Actriz: Un teatro, es más que un teatro, porque una de esas instituciones que alberga, es una iglesia. Sí, una iglesia. Pero no cualquier iglesia. Es una iglesia donde los espectadores, no importa cualquiera sea su religión, entran y son uno solo, sin divisiones, sin dogmas, y todos creen que lo que sucede en el escenario es verdad. Una verdad que puede hacerlos mejores al salir de ella y hacerlos sus propios dioses, solidarios, humanistas, donde cada uno de nosotros cabe para hacer del vivir, del hoy y del mañana, el más esplendoroso instante sobre la tierra, que nunca, jamás, sabrá de fronteras.

Dramaturgo: La segunda institución que alberga el teatro, es una biblioteca porque cuando montamos la obra de un dramaturgo, estamos conociendo el pasado, sus costumbres, sus dolores, sus alegrías, sus vivires. Cuando montamos la obra de algún dramaturgo, podemos conocer de su fuente viva y desde los griegos hasta nuestros días, qué pensaban, qué

sentían, cómo existían. Pero no es cualquier biblioteca el teatro, es una biblioteca viviente, colmada de sentimientos. Es una biblioteca que vemos, oímos, que nos estremece. Es una biblioteca escrita con la inteligencia del corazón.

Actriz:

Y la tercera institución que alberga un teatro, es una asamblea de ciudadanos libres. Sí, una Asamblea, no nacional, sino mundial. Porque aquí, y en cualquier parte del planeta donde existe un teatro, sucederá el mismo milagro, pues los espectadores, al salir de ver la obra, cualquier obra, irá hablando de ella con otra persona y está podrá estar de acuerdo o no con lo que ha visto. Y eso hace del teatro algo más grandioso aún, porque lo ha convertido, luego de la función, en una asamblea de a pie, en un diálogo permanente entre iguales y así, hablando, comentando la obra, llegarán a sus casas, pensándola, comentándola, buscando un consenso para ser habitantes más dignos de este planeta tierra y de este instante que llamamos vivir.

Dramaturgo:

Pero atención, nosotros los actores, los dramaturgos, todos los que hoy estamos aquí, no podemos solos. Hace falta el participante más importante, ustedes, sí, ustedes, el público, el soberano, que son el sentido de nuestra existencia y hacia dónde va dirigida nuestra creación, nuestra entrega, y todo nuestro amor. Con ustedes y para ustedes estamos aquí. Y solamente su aplauso, nos hace nacer de nuevo. Gracias.

Actriz: ¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo terminamos esto?

Dramaturgo: Como siempre. ¡Bailando!

Actriz: Así es. Bailemos, bailemos, porque afuera, sino existiera el teatro, un mundo fiero, muerde. Todos juntos, bailemos.

Se ilumina la pantalla y vemos la foto de Hugo Blanco, y bajo este su nombre. Se escuchan los acordes de «Moliendo café» en el arpa de Hugo Blanco. Todos bailan, felices, mientras cae el telón.

Índice

Desiertos del paraíso	7
Hay que comerse a Rita	71
El despiadado reguetón de Candy Chush	143
Baúles... del adiós	227

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos del
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes de mayo de 2016
Caracas-Venezuela*

